

EL PUEBLO
PERDIDO

LA SABIDURÍA
DE LA LUCHA

Mario Tronti

traficantes de sueños
mapas

Colabora con la cultura libre

Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una [donación](#)
(si estás fuera de España a través de [PayPal](#)),
[suscribirte](#) a la editorial
o escribirnos un [mail](#)

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

El pueblo perdido © 2019, Nutrimenti, srl.
La sabiduría de la lucha © 2021, DeriveApprodi, srl.
© 2025, de esta edición, Traficantes de Sueños.




creative commons

Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)


Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

 * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

 * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

* Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

* Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

* Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
- Los derechos morales del autor
- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

* Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Primera edición de *Il popolo perduto. Per una critica della sinistra*, Roma, Nutrimenti, 2019.

Primera edición de *La sagesza della lotta*, Roma, DeriveApprodi, 2021.

Primera edición en castellano: febrero de 2026

Título: *El pueblo perdido. Para una crítica de la izquierda*

Autores: Mario Tronti y Andrea Bianchi

Título: *La sabiduría de la lucha*

Autor: Mario Tronti

Idea, traducción y edición: Carlos Prieto del Campo

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13. C. P. 28012. Madrid

Tlf: 915320928

mail:editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-19833-54-9

Depósito Legal: M-3610-2026

El pueblo perdido

Para una crítica de la izquierda

Mario Tronti con Andrea Bianchi

La sabiduría de la lucha

Mario Tronti

Idea, traducción y edición

Carlos Prieto del Campo

traficantes de sueños

mapas

Índice

El pueblo perdido. Para una crítica de la izquierda	11
1. ¿Qué pensar?	15
2. La «forma-mundo»	21
3. La idea de Europa	41
4. La anomalía Italia	65
5. Pueblo	107
6. ¿Qué hacer?	135
La sabiduría de la lucha	173

El pueblo perdido

Para una crítica de la izquierda

Mario Tronti con Andrea Bianchi

Un discípulo preguntó al maestro: «¿Cómo debe ser un sermón para que sea eficaz entre los fieles?». El maestro respondió: «Debe tener un comienzo arrebatador y un final un tanto sobrecogedor. Pero la regla principal es esta: entre el principio y el final debe transcurrir el menor tiempo posible».

Dichos de los Padres del Desierto

1. ¿Qué pensar?

PARA ORGANIZAR ESTE DISCURSO, destinado a comprender cuáles han sido las causas que han llevado a la izquierda, en la totalidad de sus articulaciones partidistas, de las componentes llamadas moderadas a las denominadas radicales, a su actual punto de crisis, que ha supuesto la pérdida de su pueblo y, por consiguiente, la pérdida de su identidad, de su capacidad de ser reconocida y de su fuerza, hemos elegido un modelo, que hunde sus raíces en una época lejana de la política italiana.

En otro tiempo existía el secretario de sección en el Partido Comunista Italiano, que era quien presentaba su informe a la asamblea del *attivo* [activo]. ¿Qué era el *attivo*? Eran los miembros del partido de la zona, los militantes inscritos que, tras el debate y las conclusiones, hacían circular las directrices y las orientaciones al pueblo del territorio o del lugar de trabajo. El informe tenía un esquema único, que era igualmente utilizado por el secretario nacional para informar al Comité Central y que sucesivamente se replicaba en todas las demás instancias del partido. Se comenzaba por la situación internacional, luego

se pasaba a la situación de Italia, después se abordaban los problemas locales y, por último, la situación actual del partido, las tareas de organización de las luchas y los objetivos concretos perseguidos, todo ello inserto en este contexto específico considerado en su totalidad.

Seguiremos este itinerario, esperando que el lector haya captado desde el primer momento el distanciamiento irónico, benévolo y algo malicioso de este prolegómeno.

Hoy las expresiones son diversas y diversos son los tránsitos de un argumento a otro. Ya casi no se utiliza la locución «situación internacional». En la era de la globalización es la palabra «mundo» la que generalmente enuncia el problema. Nosotros utilizaremos «forma-mundo»: tal vez demasiado refinada intelectualmente para la impronta que queremos dar a esta charla, pero esperemos que ello nos sea perdonado. Después, ahora, para saltar de lo global a lo local, rechazando lejos de nosotros la espantosa expresión posmoderna de «glocal», tropezamos inevitablemente con ese escollo entre el mundo e Italia que se llama Europa. El caso italiano es de nuevo hoy objeto de atención por parte de los comentaristas extranjeros, presentando una nueva forma de la anomalía italiana: en este sentido afrontaremos el problema. Una reflexión sobre lo que entendemos aquí por el concepto político de pueblo se impone con perentoriedad y urgencia. Por último, a partir de lo que queda de la palabra «partido» y de lo que la palabra «política» aún consigue decir, pasaremos al ataque, porque el tiempo de la espera diplomática ha terminado, porque posicionarse en una de las posiciones existentes ya no es suficiente y porque

resulta urgente abrir una vía de salida a este estancamiento subalterno. Esto puede y debe hacerse ante todo con un trastrocamiento de las culturas presentes en el seno de una renovada batalla de ideas con el objetivo declarado de dar forma a un nuevo espíritu hegemónico de parte, rediseñando la unidad y las diferencias del pensar y del actuar, respecto al pasado y contra el presente.

Este uso de la expresión «forma», del cual ya hemos abusado, será recurrente. Por un motivo preciso, porque una de las tareas de la política es la de dar forma a los procesos. Las leyes del movimiento de este orden social, declinadas en su definición ideológica, dicen que hay que soltar las riendas al caballo loco de la economía y de su hermano el sector financiero, hasta el momento juntos y bien hermanados en un frente único, *dominus* de la situación. «Dicen», porque luego, cuando lo necesitan, piden a la política y al Estado que tiren de esas riendas. Aquí y ahora, sin embargo, esos procesos son espontáneos, inesperados, a menudo imprevisibles. Esta es una sociedad que tiene en su cuerpo por razones históricas el signo de los más variados comportamientos anárquicos: es la fuerza vital real, que impulsa su desarrollo y es la enfermedad verosímilmente mortal, que provoca sus crisis. Si no das forma a estos procesos, no solo no puedes controlarlos, sino que ni siquiera puedes conocerlos. Y si no los conoces, permaneces subalterno a ellos. La forma es el pensamiento, que conoce la realidad de las cosas, es la teoría, que hace el análisis determinado de la situación determinada.

Hay otro motivo diferente para privilegiar la expresión de la que estamos hablando: el respeto de las

formas, el cuidado de la confrontación en la disponibilidad de la escucha, la elección de la confrontación nunca gritada, siempre razonada, la consideramos una obligación del discurso, una obligación ética, que va unida a la elección de actuar en conformidad, una decisión práctica civil. En adelante, llamaremos fuerzas de transformación a las que se oponen a los modos de vida dominantes actuales. Frente a ellas, están las fuerzas de la conservación total y las fuerzas de la simple innovación, que, sobre todo en los últimos tiempos, se han fusionado en una línea de ataque quizá por esto vencedora. Y esta es una de las condiciones de fondo, que no se ha comprendido. De hecho, es hora de empezar a comprender el bloque histórico, que se ha configurado, desde la década de 1980, entre conservación e innovación.

Última consideración preliminar: esas fuerzas de transformación tienen, más que las otras, un deber de cuidado de las formas institucionales, de respeto de las reglas comunes de conducta pública, que quiere decir cultivo cotidiano de esa civilización del diálogo entre puntos de vista opuestos. Civilización, precisamente, de la confrontación, que es, por otro lado, el terreno más adecuado para el desenvolvimiento del buen conflicto. El estado presente, en este terreno, se halla en plena degradación. No vemos en otros países lo que está ocurriendo aquí entre nosotros, esto es, el paisaje devastado que ofrece el actual panorama político. La última anomalía en el caso italiano nos ha dado *l'uomo qualunque* [el hombre cualquiera] en el gobierno. Lo definimos como se presentó entonces, en la inmediata posguerra, con el símbolo que recuerdan los mayores, el del ciudadano aplastado bajo una prensa de imprenta.

El *qualunquismo* es una vieja tara plebeya, no del pueblo, sino de la población italiana. Entonces, los grandes partidos populares, que sabían de política, liquidaron el fenómeno en un corto periodo de tiempo. Hoy, los pequeños partidos, los movimientos, los partidos personales, ese *qualunquismo* en realidad lo sufren, porque de hecho lo interpretan y así lo reproducen sin darse cuenta de que la ola acabará por arrollarlos, porque es una ola salvaje, informe y carente de reglas. La totalidad de la acción y del debate políticos parecen informes. Basta con ponerse delante de cualquier tertulia televisiva para comprobarlo. El parloteo de los comentaristas se hace eco del murmullo de fondo, al menos más simpático, que se oía subir desde el bar de debajo de casa.

¿Es un panorama demasiado desolador? Si es así, se corregirá en el transcurso de la conversación, pero este es el enfoque necesario. El optimismo es consolador, el pesimismo es provocador. La provocación intelectual es más productiva para el conocimiento y más punzante para la acción. La política necesita probablemente unos cuantos fustazos en la grupa. Abramos al menos a nuestros hijos y nietos el camino, creíble y posible, de un periodo de posguerra de reconstrucción sobre los escombros que hemos sido capaces de acumular.

2. La «forma-mundo»

PRELIMINARMENTE, hablando de la que tú, profesor, llamas «forma-mundo», es preciso diseñar un marco, un «frame», siguiendo la afortunada definición de George Lakoff, el lingüista que con su libro Don't Think of an Elephant: Know Your Values, Frame the Debate removió hace más de veinte años a los Demócratas estadounidenses incapaces de reaccionar a la propaganda de la doctrina Bush. Ayer Bush, hoy Trump... ¿Vamos de mal en peor, no crees?

El marco que tiene todo en su interior es la política. Otros podrán escoger otro marco. Del lado de la política –el lado desde el que escojo conscientemente hablar– es la condición del mundo que más nos interroga. Los asuntos internos de los países específicos, dejando de lado los grandes Estados-continente, son de tal miseria, con sus litigios de pasillo, que espantan toda curiosidad. Si en la legislatura de la década de 1990 formé parte de la Comisión de Asuntos Constitucionales constituida en el Senado, en la última legislatura opté sin vacilación alguna por incorporarme a la Comisión de Exteriores por esta razón. Es el mundo

«grande y terrible» el que sobre todo nos llama a reflexionar. Allí suceden cosas inéditas: ahí se verifica la guerra de movimientos. Aquí todo se repite: refriega de posiciones. ¿Constituye este macrodesplazamiento del eje global del Atlántico al Pacífico una novedad? Sí, si miramos solo a la historia moderna. Si asumimos la «larga duración» es solo un retorno. Civilizaciones que nos han precedido nos están sobrepasando. Reaparecerá a menudo este criterio de la mirada en nuestro diálogo: estoy realmente convencido de esta regularidad del movimiento de la historia humana entre lo nuevo, que seguramente avanza en el presente, y las mismas cosas que retornan, en otra forma, del pasado lejano. Captar, si queremos llamarla así, tal dialéctica histórica es tarea de la política. Tarea actualmente eludida, porque todos los actores políticos –digo todos– se afanan por hacerse percibir como absolutamente modernos, mientras en verdad, dicho para entendernos, no se puede ser modernos más que *relativamente*.

Por este motivo, desde el punto de vista del método de la investigación, es inevitable hoy armarse de geopolítica. Se trata de una materia abstrusa: una disciplina hermenéutica, que ha nacido reaccionaria por las necesidades de reparto de los espacios entre las potencias nacionales e imperiales europeas. Después se ha corrompido por la terrible ideología dicha de la sangre y el suelo. Depurada de estas escorias, debe utilizarse con realismo. El espacio es una categoría de lo político. Hoy más que ayer, si es cierto que el Estado-nación se reproduce de modo ampliado como Estado-continente en Asia, en las Américas y es de esperar –rápido por favor, porque se está haciendo tarde– en Europa.

En el contexto espacial y en el arco temporal que actualmente nos atañe, la poca luz que vemos ante nosotros proviene de los últimos resplandores del ocaso de Occidente. Un largo, extraordinario, entusiasmante y controvertido acontecimiento humano, este de la modernidad occidental. Lo ha sido durante toda su historia. Lo ha sido también, a los mismos altos niveles, en su interminable fin que ha atravesado trágicamente la totalidad del siglo xx. Ahora, pero es un ahora que quiere decir los últimos decenios de cuya mano se ha cambiado de siglo, el acontecimiento no muere, sino que se agota, se degrada, se consume día tras día, sin dejar entrever ninguna «época» en el horizonte, excepto quizá el artificial tiempo distópico de máquinas inteligentes, que mandarán a hombres estúpidos.

¿Quieres decir, profesor, que con el cierre de una época –aquella que esquemáticamente se denomina con el siglo que le ha servido en gran parte de contenedor, el siglo xx– no se percibe, ni siquiera en el horizonte, nada más?

Vivimos en un tiempo sin época. Existe nuestro tiempo, falta, sin embargo, la época: esa contingencia capaz de alzarse y permanecer para el futuro, de hacer futuro. Al menos aquí entre nosotros, quiero decir en Europa, la historia se ha hecho pequeña, prevalece la crónica, lo cotidiano, el parloteo, el lamento, la banalidad. El progresismo es hoy la cosa más alejada de mí. Rechazo con firmeza la idea de que cuanto sucede de nuevo es siempre mejor y más avanzado que lo que había antes. Se ha publicado en italiano recientemente un pequeño volumen de Robert Musil titulado *L'uomo tedesco come sintomo* (Edizione Pendragon, 2014), que recoge una serie de

apuntes contemporáneos a la redacción de *El hombre sin atributos*. Una de estas reflexiones habla del progreso como algo muy similar a un sueño. Tú sueñas que estás sobre un caballo, el caballo camina, trota, galopa, corre. En un determinado momento corre tan rápido que no sabes cómo desmontarte, porque la bestia no se para nunca. Y entonces el sueño se transforma en una pesadilla. El progreso tiene sentido únicamente si tiene un fin. Si no tiene un fin y, añadido, si no le das un fin, pierde paulatinamente el sentido. ¿Para ir adónde y para hacer qué cosa? La vieja pregunta quiere una nueva respuesta. Por esto estoy buscando nuevas armas para la vieja guerra. Armas intelectuales, se entiende: para esa guerra civil, en el sentido de civilizada, que fue la guerra de clases. Lo culturalmente correcto y su primo carnal, lo políticamente correcto, han realizado al alimón un desarme unilateral de las ideas antagonistas, que ha puesto a reparo seguro lo que se denominaba, por buenas razones y no al albur, el orden constituido, esto es, el normal estado de las cosas presentes.

Por utilizar la metáfora de Musil, ¿hoy no sabemos hacia dónde galopamos y quizá tampoco por qué lo hacemos?

La profecía spengleriana ha sido frenada por la gran historia del siglo xx. Concluida esta, se ha abierto una vorágine hacia la nada. El desenvolvimiento de un resultado final para el ocaso de Occidente no ha tenido una causa histórico-política, sino una razón económica-financiera. Es probable que una globalización de esta traza fuese inevitable en la lógica del último capitalismo. Pero entonces deberíamos considerar inevitable también el fin del primado occidental en el mundo. Y en consecuencia

dotarnos de nuevas lentes para leer el futuro de la historia-mundo.

En este *ahora*, sobre la globalización económico-financiera se juega el destino político de los Estados-nación. O estos comienzan al menos a mostrar signos de una superación de sí mismos, en forma de delegación a una autoridad política superior, o seguirán siendo consejos de administración de las leyes del movimiento mercantil, únicas soberanas en la gestión de los seres humanos, los productos y las monedas. Obligatoria la lectura del libro de Rita di Leo, *L'eta della moneta* (Il Mulino, 2018), que contiene la descripción del castillo-mundo adquirido, precisamente, por los hombres de la moneda que han prevalecido sobre los hombres de la espada, sobre los del trabajo y sobre los de los libros. Siguiendo esta vía, «los hombres de la política han sido apeados de sus propias funciones y ya no son solicitados ni desde arriba ni desde abajo». Hoy vuelven a proliferar, entre las personas ilustradas, aquí y allá, las ideologías cosmopolitas. La fascinante utopía del gobierno mundial no es practicable, como sucede con todas las utopías, pero como todas las utopías sirve para plantear el problema de un proyecto del futuro. En este sentido entendía Kant la idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita. Europa, como ejemplo, podría encontrar aquí su misión, no de renacimiento, sino de verdadero nacimiento. Hablaremos de ello más adelante. En resumen, o se da una forma política al mundo o tendremos este mundo sin forma. Porque una cosa debe estar clara: la economía, tanto más una economía financiarizada quizá a golpe de algoritmos, es algo informal. La naturaleza imita al arte, ha dicho

alguno. Quizá sería más cierto decir que la historia imita al arte. Expongo aquí una idea loca: para vigilar a la globalización económica haría falta una globalización política. No nos queda sino la locura para contestar la malvada razón que nos oprime. La ruptura de todas las formas, en todas las artes y en todas las ciencias, con la cual el siglo xx desde su infancia, en sus primeros diez años, ha impuesto una cultura de la crisis a la conciencia burguesa del siglo xix, precisamente esa ruptura ha anticipado la caída de todas las otras formas, comenzando por las formas políticas tradicionales. Pero esto ha sucedido, porque esta ruptura había alcanzado el alma de las personas. Recomiendo a todo el mundo, pero especialmente a los jóvenes, leer y releer ese intenso texto genial del joven Lukács, *El alma y las formas*. Será Husserl posteriormente quien sistematizará la crisis de las ciencias europeas. Todo cuadra. Es tarea del pensamiento reagrupar los fragmentos dispersos de realidad. Y cuando esta realidad es la historia, la tarea le corresponde al pensamiento político.

Pero, ¿no ha sido la globalización, únicamente económica, «adoptada» de algún modo también por las clases dirigentes progresistas de las democracias maduras?

La globalización tal y como es gusta mucho y sirve enormemente a las élites cosmopolitas de la empresa, del comercio, del saber. Es su verdadera forma-mundo. Ahí operan y ahí viven. Viajan con sus cuerpos y sus mercancías y hablan en ese latín católico, en el sentido de universal, en el que se ha convertido la lengua inglesa. Pero como dice la canción de Battiato: en el día del juicio no te salvará el inglés. Y aquí observamos el fenómeno histórico de la otra

parte: el 99 por 100 respecto al 1 por 100. Era hermoso este eslogan, simbólico ciertamente no estadístico, de los movimientos que fueron. Las poblaciones nacionales esta globalización la sufren. De hecho, la viven, pagándola en las condiciones de su vida cotidiana. Es verdad: la globalización ha sido motor de desarrollo en los países una vez subdesarrollados, sacando de la pobreza a millones de personas. Pero únicamente ahí donde ha encontrado clases dirigentes e instituciones idóneas, que han permitido un buen uso político de la misma: en los grandes países de Asia, en algunos de América Latina. Ha quedado al margen, no por puro azar, gran parte del inmenso continente africano.

¿Sostienes que la globalización ha funcionado en aquellos países que hoy son con toda razón los países del desarrollo, mientras se registra una total ausencia de movimiento de lo que por comodidad podremos definir «nuestro Occidente»? Y, sin embargo, nos hallamos frente a una cuestión social inédita, el aumento de franjas de pobreza en los países ricos. ¿Qué es esta nueva pobreza, cómo ha surgido, cómo puede ser derrotada? ¿Por qué en el mundo «rico» la globalización ha excluido en vez de haber incluido? ¿Por qué ha producido inseguridad social generalizada? Dilucidar estas respuestas puede ayudarnos a comprender la naturaleza de tantos desplazamientos de opinión y de tantos comportamientos de masas.

Lo digo sintéticamente, luego intentaré explicarlo. Una forma-mundo sin política –y quiero decir sin dirección política– ha producido y reproducido una pulsión antipolítica global.

Mientras Obama era hijo de las magníficas suertes progresivas de la globalización, Trump es hijo

del periodo de crisis general de ese acontecimiento. El fin del capitalismo de tracción industrial ha sido presentado e interpretado como el advenimiento de un mundo nuevo, cargado de oportunidades inéditas para todos, tecnológicamente fascinante, socialmente liberador, políticamente liberado de su contradicción fundamental, la que rige entre obreros y capital. Desde 2007-2008, la irrupción de la crisis ha desmentido esta *fake news*. No porque no fuera cierto el dato estructural verificado, sino porque era falsa la narración ideológica que lo enmascaraba. Profundizaremos posteriormente sobre cómo los progresistas europeos y los Demócratas estadounidenses se han bebido con alegría este vino espumoso hasta acabar un tanto ebrios. Las réplicas habituales de la historia nos han dicho que el capitalismo impulsado por las finanzas globalizadas y revestido de paños más elegantes, era un monstruo no menos violento, quizá incluso más depredador, que su tosco predecesor sucio de carbón y de hierro. El ejemplo está ahí: no han disminuido las desigualdades, las desigualdades tan solo han cambiado. En el lugar de las viejas, las nuevas. La nueva cuestión social está aquí. Esta especie de proletarización del estrato medio jamás se había visto. El capitalismo industrial, sobre todo en la fase fordista-taylorista-keynesiana, había contenido esta profecía marxiana, que ahora se ha difundido masiva y rápidamente. El impacto sobre el sentir común, popular, ha sido intensísimo. La consecuencia más inmediata ha sido una especie de plebeyización de la opinión pública, que expresaba una radicalización del malestar social, transformado en sufrimiento humano en los estratos bajos y medio-bajos de la población. La irrupción contundente de Trump, cuyo efecto fue abortar el radiante camino progresista del

presidente negro a la presidenta mujer, viene de ahí. Cuanto hoy es definido como populismo, de derecha, es un producto nacido aquí entre nosotros en los pliegues, esto es, en algunos países, de esta incierta Europa. Trump lo ha reproducido de manera ampliada. Y ha agravado mucho el problema. Porque ha mostrado que la pulsión antipolítica no es propia únicamente de los países atrasados, sino que puede presentarse en el seno de los atrasos de los países más avanzados. Como es sabido, las perturbaciones atlánticas acaban por llegar aquí, entre nosotros, quizá un tanto atenuadas. Después sucede, como suele, que los países más frágiles, que tienen menos defensas naturales, acaban por ser las primeras víctimas. El caso italiano de nuevo *docet*, esta vez en negativo.

En suma, para extraer determinadas conclusiones provisoriamente, el empuje objetivo e incluso positivo de la globalización se ha topado en un cierto momento con la aparición imprevista y ahora entendemos que previsible, de la larga, lenta y profunda crisis, financiera primero, económica después. La dimensión mundial es la dimensión natural del capital, como nos enseñó una vez también en este sentido un cierto Marx. Lo que ha sucedido es que la globalización del desarrollo se ha trocado en globalización de la crisis, surgida en este caso de los fabulosos Estados Unidos y llegada a nuestros modestos hogares. Todo esto en medio de un proceso de reconversión capitalista, esta sí, de proporciones verdaderamente históricas. Pienso que el fenómeno de esta desindustrialización posmoderna sea la causa primigenia y el motor móvil de todo cuanto ha sucedido después. Ante este dato debía recitarse la letanía, utilizada

para tantísimas ocasiones fútiles: *nada será como antes*. El fin del mundo industrial ha tenido la misma potencia profundamente transformadora y explosiva que el fin del mundo campesino. No porque desaparezcan de un golpe los protagonistas de esas épocas, que siguen existiendo residualmente durante mucho tiempo y permanecen olvidados y solos. En los grandes países que han conocido una nueva y vigorosa industrialización, observamos el fenómeno inédito de obreros que aumentan sin que nazca una clase obrera. El hecho es que la pérdida de centralidad de esas presencias, con sus modos de conflicto, con sus formas de vida, con su historia encarnada en el trabajo, con sus tradiciones colectivas de solidaridad, ya no permite hacer sociedad. Pero, ¿sin ellos puede hacerse todavía sociedad? ¿Podemos denominar como formas sociales aquellas en las que vivimos, aquí, ahora, nuestras vidas de individuos, incluidas nuestras vidas de trabajo?

Hoy tenemos por todas partes masas, infinitas, enormes cantidades de individuos no ligados entre ellos. Un intelectual muy ligado a ti, Alberto Asor Rosa, tras volver a publicar cincuenta años más tarde (1965-2015) uno de sus escritos más célebres, Scrittori e popolo, ha sentido la necesidad de acompañar ese texto con un nuevo ensayo titulado «Scrittori e massa» en el que analizando la realidad cultural italiana pone en evidencia la «soledad» del individuo-escritor (monadas que no interactúan, porque falta el adherente social). ¿Cómo distinguir, pues, entre pueblo y masa?

Muy oportuno este recordatorio del deslizamiento de pueblo a masa que hace Asor Rosa. Ese mundo de ayer, ciudad y campo, como se decía, mundo rural

y mundo industrial, estaba formado por figuras humanas que se relacionaban entre sí. No había una conexión sentimental, como se acostumbra a decir hoy, se trataba de una conexión social, que nacía del reconocimiento de una forma de vida en común, cementada por un punto de vista de parte propio, a su vez alimentado por la organización colectiva de las luchas contra los respectivos patrones. Esa era una sociedad no solo para ellos, digamos, obreros y campesinos, sino también para los otros, es decir, para todos. Era la lucha de clases la que mantenía unida «la insociable sociabilidad», para decirlo con Kant, del mundo burgués. No es el fin cierto, verificado, objetivamente inevitable, de esa condición humana el que ha puesto en crisis las razones de cuanto hoy se denomina izquierda. No. Por el contrario, es no haber partido de nuevo de ahí para proyectar y comenzar a practicar una condición humana colectiva sucesiva. Lo cual no podía suceder si no en la forma de un ejército de nuevo modelo [*new model army*] del trabajo capaz de ocupar subjetivamente la transición de la industria a la posindustria, organizando las figuras de los nuevos trabajadores que esa fase producía. El presupuesto indispensable, culpablemente ausente, era una dirigencia política que asumiese para sí la herencia histórica del movimiento obrero y popular. He llegado a pensar, tras una larga reflexión, que esta omisión de intervención sea *die Schuld* –término usado recientemente para indicar conjuntamente la culpa y la deuda– del estrato político poscomunista.

Asumo mi pequeña parte de responsabilidad para poder decir esto: no se debía hablar de nuevo inicio ni de refundación de lo ya visto, sino por el

contrario «buscar una vez más» instrumentos inéditos y motivaciones diversas sobre el antiguo camino, largo de siglos, donde se había depositado el patrimonio de todas las aspiraciones, las esperanzas, las pasiones y las revueltas de las clases subalternas. Había que tirar ciertamente la corteza muerta de los fracasos, pero para hacer resaltar de la mejor de las maneras posible el núcleo vivo de las tentativas. Era quizá –y digo quizá, porque ninguno de nosotros puede permanecer tranquilo en su propia verdad– el único modo para conservar juntas la profesión política y la vocación popular de la propia parte. Sin la suma de estas dos cosas, el resultado es cero.

Es decir, ¿la izquierda no ha conservado a buen recaudo la memoria o, dicho todavía más precisamente, la «propia» memoria?

He pensado, reflexionado y escrito mucho durante los últimos años sobre este tema de la memoria. Es un argumento que siento intensamente mío. No tengo dificultad en reconocerlo como una consecuencia natural de una estación de la vida, para decirlo con palabras bíblicas, «saciada de días». En la edad tardía es verdad que se vive de recuerdos: a veces de manera curiosamente obsesiva. Siento continuamente hablar mal, en particular en el discurso político, de las actitudes nostálgicas. Es preciso distinguir. No todo del pasado ha de ser rechazado u olvidado. Nuestro pasado próximo es el siglo xx. Veo en torno a mí muy extendidas las ganas de echarlo a la hoguera, como algunos hacían en un tiempo con los libros incómodos. Y el siglo xx es el libro de un siglo incómodo. Grandes tragedias históricas pero también grandes empresas humanas, colectivamente

humanas, de las que se ha perdido hoy la capacidad. Y gran pensamiento del que se ha perdido hoy la posibilidad. Distinguir, pues, siempre del pasado lo que debe ser conservado y repensado y lo que debe ser rechazado, pero no olvidado. En uno y otro caso la memoria es indispensable. No he hablado de ello y no hablo, sino solo de este modo. Convierto en política, o si se quiere utilizo en política, el recurso de la memoria. En política la memoria es un arma. Me refiero a mi parte que es la de los oprimidos y explotados, la de los humillados y ofendidos, como se expresó un grandísimo e infeliz escritor. He dicho en alguna ocasión que hoy, para esta parte, el recuerdo del pasado es actualmente más revolucionario que cualquier posible proyecto para el futuro. Porque el futuro está en su totalidad en manos de quien hoy manda y, por consiguiente, nos ha sido prácticamente sustraído. Mientras que el pasado, la memoria de las luchas, de las organizaciones, de las tentativas, también las fracasadas, de las esperanzas, también las defraudadas, los asaltos al cielo rechazados al infierno, todo esto nadie nos lo puede quitar. Debo mucho, por esto, al pensamiento subversivo de Benjamin. He utilizado, para esto, el trabajo intelectual de un gran burgués inteligente como Warburg.

Estoy convencidísimo de una cosa; y si nadie la comparte, me encojo de hombros y me digo: paciencia. En el fragor de la batalla de las ideas deberíamos hoy, con gesto fuerte, alzar la bandera de una reivindicación orgullosa de nuestra historia. ¿Qué historia? La historia, siempre lo digo así, del movimiento obrero. Hemos cometido el error de dejar que se cerrase esta historia dentro de horizontes restringidos: un trozo del siglo xx, esos setenta años que han

girado en torno a la tentativa de construcción comunista del socialismo. Por lo cual, derrumbado ese proyecto, se ha archivado la totalidad de esa sucesión de acontecimientos. Pero se trata de una historia larga, de larga duración, porque se mide en siglos. Parte de finales del siglo XVIII, primera revolución industrial, marca su presencia en la totalidad del siglo XIX, con experiencias de lucha y de organización todas dignas de ser reevaluadas, llega al siglo XX, atravesando el siglo como protagonista, dictando el orden del día de la política y, a través de esta, haciendo historia. Podía hacerlo, porque venía de lejos y se asignaba el fin de ir muy lejos. El movimiento obrero nace con la industria, con el capitalismo industrial. Ahí dentro se realiza la transición de proletariado a clase obrera, de clase en sí a clase para sí, de clase a conciencia de clase por medio de la organización. El capitalismo industrial para superar esta contradicción interna suya ha debido superarse a sí mismo: andando al encuentro de sus nuevas contradicciones que hoy le afligen. Sobre estas últimas debería centrarse hoy el conflicto. Pero ello podría hacerlo solo quien se hiciese conscientemente heredero de esa historia: formas de lucha, experiencias colectivas, *solidarity for ever*, todo el poder a los soviets, y primero mutualismo, asociacionismo, cooperación, y después sindicato y después partidos hasta el intento de hacerse Estado. Y patrimonio ideal, sistema de pensamiento, rigurosa teoría, concepción del mundo y de la vida, todo ello descubierto, practicado, elaborado con pasión y realismo, dos dimensiones dignas de reunir dentro de cada uno de nosotros. Un camino luminoso, que todas las sombras que se han acumulado después no logran oscurecer. Yo no comprendo, verdaderamente no comprendo y me atormento por ello, por qué,

si no en el momento dramático del hundimiento, al menos en los largos años sucesivos, no hemos puesto las cosas en este plano.

¿Para qué sirve, políticamente, exhumar esa historia en un tiempo que ni siquiera la reconoce?

Sirve entretanto, lo hemos dicho, para aprender cómo se lucha. Y no solo. El pasado es más fuerte que el futuro para combatir el presente. El pasado ha sido, está ahí, es algo real. El futuro es una *fiction*, que puede contarse como se desee. He citado a Benjamin. Dice todo en la VI de sus tesis sobre la historia: «El don de reencender en el pasado la chispa de la esperanza se halla presente solo en el historiador, que se halla profundamente atravesado por la idea de que ni siquiera los muertos estarán a salvo si el enemigo vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer». He aquí nuestra culpa de estos años y de estos decenios: no hemos puesto a buen recaudo nuestro pasado. Y, por consiguiente, aquí radica el principio de método sobre el que trabajar: hoy, dada la actual relación de fuerzas, la memoria tiene una carga antagonista, una potencia disruptiva, mayor que cualquier utopía.

Y no lo decía a humo de pajas: no solo el siglo xx. Pero aquí se plantea un tema teórico-político fuerte: la relación existente entre movimiento obrero y modernidad. El Movimiento obrero y la Modernidad, ambos con mayúsculas, porque tienen la misma dignidad. La irrupción de ese sujeto histórico ha cambiado el destino de la edad moderna, la ha dotado de otro sentido, de otra forma, de otra dirección, de otra dignidad. Ha recogido del polvo la bandera de la liberación humana que la modernidad

había proyectado espléndidamente en sus inicios y que la salvaje acumulación originaria de capital, que todavía hoy grita venganza, no solo ha dejado caer, sino que no ha dejado de pisotearla desde entonces hasta nuestros días. La edad moderna en los dos últimos siglos, los de su madurez, ha sido el campo de batalla del enfrentamiento entre capitalismo y movimiento obrero al hilo del cual se han indicado dos destinos alternativos para el futuro del ser humano, al menos en Occidente. Y el hecho de que de estos dos destinos alternativos uno haya vencido y el otro haya perdido, uno de ellos todavía presente y dominante, el otro desaparecido y olvidado, esto, ya lo hemos dicho, pero lo debemos decir de nuevo, ha sido una tragedia para la humanidad entera. El solo hecho de la lucha entre estos dos campos daba un sentido a la historia que después parece haber perdido cualquier otro. En este contexto de historia a medio, largo plazo debe ubicarse el desenlace final de este asunto. De 1989-1991 se comprende poco o nada, si esa transición, si ese momento de época, no se coloca en este contexto. Al margen del mismo no se percibe, y de hecho no se ha percibido, detrás del acontecimiento de liberación, también el punto de catástrofe ahí acontecido. La historia la escriben los vencedores solo cuando los vencidos renuncian a escribir su propia historia. En 2004, recién llegado a la presidencia del Centro per la Riforma dello Stato, he propuesto cambiar el logo de la institución y he escogido el famoso cuadro de El Lissitzky, *Golpea a los blancos con la cuña roja*. Bueno, hoy sabemos que la cuña roja se ha roto contra ese círculo blanco. No solo debe saberse, sino que también debe elaborarse ese luto, porque de otro modo lo arrastramos en el inconsciente y nos condiciona, ¡y de qué manera!

todo el pensar y el hacer de estos años. Un acontecimiento trágico, eso ha sido 1989 y todavía más 1991. Veo temerosamente ausente en la sensibilidad de juicio de la izquierda de hoy esta dimensión trágica de la historia humana. Se ha teorizado la ligereza, mientras precisamente el curso histórico giraba de modo pesado sobre sí mismo en el intento de estabilizar de ese modo el viejo orden, introduciendo, es preciso decir que precisamente por esta vía, las necesarias novedades, pero solo para sí, para sus exigencias de nuevo orden. La desorientación política de masas, visible en los flujos salvajes del consenso, que golpean hoy igualmente a clases dirigentes y a masas de pueblo, tiene ahí sus orígenes profundos.

Tendremos ciertamente oportunidad de volver más adelante sobre estos argumentos. Ahora, en este momento, quiero esforzarme en mostrar mi propio estado de ánimo, que está detrás y en el fondo de la totalidad de este discurso. También el pensamiento, cuando es pensamiento práctico, tiene sus estados de ánimo. Entonces conviene explicitarlo desde estas observaciones iniciales. Decía que he trabajado mucho durante estos últimos años sobre el tema de la memoria. He escrito y he hablado sobre ello. No he citado a Warburg al azar. Me he enamorado de su proyecto realizado de un *Atlas de la memoria* sobre los temas y la forma de la tradición clásica. Y he imaginado realizar un *Atlas de la memoria obrera* sobre los temas y las formas de esta tradición moderna, una *Mnemosyne* de imágenes comentadas de la vida y de las luchas de las clases oprimidas a escala mundial, al menos desde la primera revolución industrial en adelante. En la soledad política en la que me encuentro cuando pienso estas cosas no tengo ni los

recursos ni las fuerzas siquiera para plantear el trabajo. Y digo esto, porque me parece haber señalado el pecado original de la crisis de esta cosa vaga, incolora e insípida que hoy se llama izquierda. Uso estos términos, porque me viene en mente una expresión cáustica de esa hermosa cabeza que fue Lucio Colletti mientras ha sido marxista. Una vez le pidieron que expresara su juicio sobre Ralph Dahrendorf y la respuesta fue la siguiente: lo encuentro insípido, como la sopa de las monjas. Así es como nos encontramos. Nos proponemos investigar la causa primera de la actual *Christenheit* de los exsocialdemócratas, que no tienen nada que ver con la gran socialdemocracia clásica, y de los excomunistas italianos, tan solícitos ambos en su determinación de cancelar toda traza de sí mismos, que de ellos en el momento presente no ha quedado realmente nada. En mi opinión, la razón originaria radica en haber roto con la propia historia, que era una sola, común, gloriosa y trágica, como es siempre trágica toda gloria humana, con la larga historia del movimiento obrero. Una fuerza popular que pretende ser alternativa, una fuerza política que pretende protagonizar la transformación, y que no tiene, o directamente rechaza, en la propia imagen, el patrimonio recibido como herencia de esa historia, no para reproducirlo, sino para «superarlo», con todo el profundo significado que tiene filosóficamente el concepto hegeliano de «superación», es una fuerza que no podía resultar creíble y apreciable para esa parte de la sociedad, que debía representar y movilizar. Y de hecho no lo ha sido y no lo es. La obligación de quienes habían sido los protagonistas durante el siglo XX de la política inspirada en el movimiento obrero era la de transmitir a las nuevas generaciones esa memoria. Ello habría

producido clases dirigentes nuevas a partir de esa historia, cultivadas no en el mito del progreso imparable, siempre dispuestas a seguir lo nuevo que avanza, sino versadas en la pasión de las antiguas luchas libradas en condiciones desde luego muy distintas.

En el debate en la izquierda estas reflexiones que haces, profesor, me parece que no solo se hallan muy aisladas, sino que son explícitamente contestadas...

No tienes que recordármelo, lo veo con total claridad. No me desanimo por tan poco. Y además estoy acostumbrado a ello. Hoy al hablar de política cuenta más el índice de audiencia que el valor de las ideas. Pero de este modo acabas por decir únicamente lo que se quiere escuchar. Esto dibuja la figura del pragmático o del demagogo, no del político. Lo que cuenta para mí es cómo haces política, esto es, cómo haces oposición, cómo haces gobierno, cómo haces organización de la parte a la que perteneces. Y previamente a todo esto, más esencial que todo esto diría yo, cuenta cómo vives, dónde vives, en medio de quién, cómo estás en este mundo, cómo te propones, cómo eres percibido, de modo que quienes tú defienes y por quienes combates te reconozcan como uno de ellos. Todo depende de si piensas y actúas con ese ánimo o con un ánimo extraño, o directamente sin ánimo alguno. Con frecuencia el poeta dice mejor que el pensador la motivación interior. Eliot, en el último de los *Four Quartets*, *Little Gidding*: «Hemos cogido de los vencidos / lo que tenían que dejarnos, un símbolo». Ni pragmática ni demagógicamente, sino simbólicamente debe estar presente entre su pueblo el político de la transformación.

Benjamin, de nuevo, ha dejado escrito y yo lo he leído, y creo haberlo leído con provecho, que el verdadero recurso revolucionario radica más en los «antepasados sometidos», que en los «descendientes liberados». Veo en torno a mí tantos de estos descendientes liberados, políticos e intelectuales, y los encuentro perdidos. No existe dentro de ellos «el fuego de la mente», como recitaba el título de un buen libro que describía una galería de subversivos civiles y humanos, muy humanos. En los momentos de abatimiento me sucede que veo en imágenes, como en una película —el cine ha documentado tanto esto—, esas figuras de dirigentes y militantes, personas del pueblo verdadero, que no se resignaban ante la explotación y la opresión y que por ello luchaban no para sí mismos, sino por los demás, por los más próximos y por todos, pagando en persona por ello. Y entonces, cuando no me ve nadie, confieso que dejo correr libres las lágrimas de los ojos. No es melancolía de izquierda, es la furia de un hombre por la rabia de que se haya producido este vacío que asesina la pasión. Y golpeo mis puños sobre las rodillas, por no poder hacer otra cosa...

3. La idea de Europa

EN CADA CITA ELECTORAL, se densifican nubes cada vez más plomizas sobre el cielo estrellado de Europa. Tú, profesor, te colocas en el lado europeísta de la barricada. No resulta un azar que la mayor parte de tus intervenciones en el Senado en la legislatura apenas concluida hayan sido dedicadas al tema de Europa y, en particular, a un proceso de reformas que no puede posponerse más. Recuerdo una ellas en la que hablaste de «malestar europeo».

Sí, recuperé esa expresión, «malestar europeo», de un artículo publicado en el *Corriere de la Sera* de Claudio Magris, testigo prestigioso de la civilización literaria de la *Mitteleuropa*. El presidente del gobierno, Paolo Gentiloni, había hablado durante esa sesión de «momento de transición» y de «fase contradictoria» de la Unión Europea. Dije que era necesario añadir al malestar social también cierto tipo de malestar existencial, que se había manifestado en la pertenencia europea a una consistente escala de masas. La situación que se ha producido desde entonces ha acentuado este aspecto. Estamos frente a un momento de crisis del proyecto de construcción

de Europa, certificado por un fuerte sentimiento popular. Las elecciones al Parlamento Europeo de la primavera de 2019 deben afrontarse como un acontecimiento estratégico decisivo. Es preciso que nos preparemos para combatir esa batalla con una determinación fuerte y con lúcida inteligencia. El peligro soberanista antieuropeo está ahí. Debemos preparar una decisiva respuesta movilizadora.

¿No es quizá demasiado tarde para restituir a la ciudadanía confianza y esperanza en la Unión Europea?

Permíteme dar un paso atrás en la historia con una apelación, que parece extravagante, pero que, por el contrario, nos hace penetrar en el núcleo del problema. «Alemania ha dejado de ser un Estado»: así decía el inicio de ese texto político que Hegel escribió entre 1799 y 1802, que no concluyó y que no publicó, porque los acontecimientos que acaecieron en el paso de la Revolución francesa a la era napoleónica, no hicieron inmediatamente realizable ese proyecto, en parte similar al de *El príncipe* de Maquiavelo, explícitamente citado, de un primado de la política para acometer la unificación del país. A menudo le sucede al filósofo ver desmentidos en lo inmediato sus análisis prácticos, para verlos después recuperados en un tiempo sucesivo del que resulta imposible vaticinar la duración. Quién sabe, querido Andrea, si no sea este el destino que espera también a este libro nuestro.

Aconsejaría a los europeístas convencidos, entre los que sin duda alguna me coloco, una operación intelectual: leer este texto de Hegel y sustituir la palabra Alemania por la palabra Europa. No todo coincidiría, especialmente lo referido a las propuestas

concretas, pero respecto a los puntos importantes de la dirección general de las cosas la correspondencia resulta en verdad elocuente. Comienzo yo para ver si funciona. Uso el texto recogido en *Scritti politici* de Hegel, editado por Claudio Cesa (Einaudi, 1974). Entretanto un apunte de método. El fin y el objetivo en este caso es «comprender lo que existe». Advierte el filósofo: «Resulta difícil para los hombres elevarse al hábito de conocer la necesidad y de pensarla: entre los acontecimientos y la libre interpretación de los mismos, la mayoría interpone toda una caterva de conceptos y de fines, y pretende que lo que sucede debe ser conforme a estos». Advertencia importante. Veo un europeísmo aquí y allá que es o retórico o pragmático, ambos en conflicto con la percepción que el ciudadano común tiene de la Unión Europea tal y como es hoy, vista y sufrida como la férrea guardiana de las cuentas, también de lo que tienen en sus propios bolsillos. Una imagen que en vez de crear una pertenencia común produce, por el contrario, reacciones diversas de indiferencia, desconfianza, escepticismo y hostilidad.

Antes de continuar hago una declaración de principios, que vale también para el resto de nuestro discurso y que posteriormente tendremos la oportunidad de articular mejor. Se trata de un posicionamiento intempestivo, que me crea muchas incomprendiciones. Pero es el mío y no es de hoy. Hegel, en este caso, es mi maestro de política más que de filosofía. Dice así y yo lo sigo: «Dada la extensión de los Estados modernos es absolutamente irrealizable el ideal a tenor del cual todo hombre libre deber tomar parte en las deliberaciones y en las decisiones sobre las cuestiones políticas generales. El poder estatal

debe concentrarse en un punto, sea para la ejecución, que atañe al gobierno, sea para la decisión relativa». Si existe un criterio en virtud del cual tomar partido a favor o en contra de una determinada formación política es si esta tiene una idea y una práctica de la democracia representativa o su contrario. Hoy ese contrario se denomina con el nombre impropio de democracia directa, pero se quiere decir democracia inmediata, esto es, puro y simple rechazo de la mediación, que no es sino rechazo de la política en su acepción moderna. Y, por consiguiente, constituye una posición no noblemente conservadora, sino malvadamente reaccionaria. Como tal debe ser tratada, manteniendo firme la distinción fundamental existente entre conservación y reacción.

Pero, retomando el hilo, ¿por qué dice Hegel «Alemania ya no es un Estado», si nunca lo había sido? ¿Y podría decirse que Europa ya no es un Estado, si nunca lo ha sido? Pienso que entre el «ya no» y el «no todavía» existe, debe existir, una relación dialéctica que el pensamiento debe cultivar. Así el discurso sobre el pasado puede hacer referencia a la perspectiva futura. Se está diciendo que «debe». No sé si los padres fundadores de la idea de Europa, políticos de nivel, hayan pretendido poner fin, tras la conclusión de las guerras civiles europeas, a la parábola moderna del Estado-nación. Me agrada creerlo. Se trataba de una idea de alta política. Quizá ha faltado un Hegel que la pensase. A la postre esa idea ha tenido de hecho una realización de baja política. Se ha partido de poner en común las materias primas para llegar a poner en común el dinero. Se creía que, una vez creada esta estructura, emergería en consecuencia la superestructura política. Una

idea de materialismo histórico vulgar. Todo lo que se ha conseguido ha sido que, a modo de guinda sobre el pastel, tengamos un Parlamento cojo en el que cada nación escoge a sus representantes en Europa y no a los representantes de Europa.

No olvidemos que el mundo estaba dividido en dos como una manzana y que Europa occidental sufría y mucho la injerencia estadounidense...

Cierto, estábamos en medio de la Guerra Fría y de la ocupación estadounidense, primero militar, después económica, luego cultural, a la que no agradaba una excesiva autonomía de lo político de la «vieja» Europa. Nos socorre de nuevo el texto de Hegel. «Igualmente, aunque todas las partes ganarían si Alemania (*Europa*) se convirtiese en un Estado, sigue siendo cierto que un acontecimiento similar no ha sido jamás fruto de la convicción, sino de la fuerza». Y tras un extraordinario elogio precisamente de nuestro Maquiavelo, evoca, siguiendo la figura de Teseo, del cual ya Plutarco había escrito que «de un pueblo hasta ese momento desunido [...] hizo una sola ciudad»: «A los poderosos prometió un gobierno republicano y democrático en el cual él habría figurado solo como comandante supremo del ejército y custodio de las leyes, mientras que por lo demás todos habrían gozado de iguales derechos». Es evidente, que en nuestros tiempos y en grandes Estados, en una constitución democrática «la participación sería una organización». Como puede observarse, comento yo, el filósofo prusiano tenía las ideas más claras que nuestros demócratas contemporáneos. La participación sin organización «en nuestros tiempos y

en grandes Estados» es imposible y puedo añadir, lecciones de hoy, también absolutamente peligrosa.

He abusado de las citas hegelianas, pero no puedo dejar de citar esta última, que habla de nosotros, si sustituimos la figura personal de Teseo por la de una clase dirigente, que se halla al mando político de los procesos: «[...] debería tener tanto carácter como para aceptar de buen grado el odio que atraen Riche-lieu y otros grandes hombres, aquellos que rompen los particularismos y las singularidades de los hombres». Y ahora me toca pedir disculpas por este excursus clásico. He abordado el problema desde lejos. Demasiado. Pero dejando de lado que solo sé hacer esto, existe también otro motivo para haber procedido así: nadar en la historia es el modo, tal vez es el único, para no anegarse en la crónica de actualidad.

Ocupémonos entonces de la Europa de hoy, tal y como es, tal y como la perciben las opiniones públicas del continente, y tal y como debería reconstruirse, desde una posición de izquierda, política y culturalmente. ¿Por qué, en tu opinión, las fuerzas que más convenientemente se ocupan hoy de Europa son, dicho de modo grueso, de derecha? ¿No te parece paradójico que quien desea demoler Europa se encuentre cotidianamente trabajando en la tarea, mientras quien se imagina otra o bien se afana inútilmente o con demasiada frecuencia cae en una retórica vacua?

Haces bien en traerme de nuevo al aquí y al ahora. Hazlo con frecuencia, te lo ruego, porque tiendo como ves a dispersarme demasiado. Aproximémonos entonces al tema. En el fondo, debemos hacer las cuentas con el presente que nos toca vivir. Estamos en la situación en que entre la idea de Europa y la realidad de Europa se ha creado un foso que

no únicamente separa, sino que *de facto* opone. Esta Europa no se ha hecho amar por sus ciudadanos y muchos de ellos ahora la traicionan. Otros amores: *liaisons dangereuses* con fuerzas y figuras decididamente poco recomendables, pero que son las únicas que hablan y actúan contra. Se trata de la nueva derecha, pero no aquella minoritaria de hace algunos decenios, nostálgica del pasado, sino de la derecha pura y dura, dotada de una vocación mayoritaria y de pretensiones de futuro. Otra de sus novedades es su correspondencia atlántica, la que por lo demás amaba practicar la vieja izquierda y que ahora ha abandonado. Es del *America first* de donde viene «primero los italianos». Del muro de la frontera mexicana viene el cierre de los puertos italianos. Del *outsider* Trump, la búsqueda de un gobernante que no haya hecho nunca política. La elección de Trump ha sido una experiencia traumática para la razón del mundo que viene de Occidente. Y determinante para nuestras suertes nacionales y continentales sobre las cuales se ha invertido poco pensamiento y prácticamente ningún tipo de acción.

Paréntesis. Efectúo aquí una observación personal, de aquellas que molestan a los demócratas progresistas. Si el santo Obama, tras dos mandatos, pone Estados Unidos en manos del demonio Trump, algo no debe haber funcionado en su misión salvífica. ¿O no es así? En realidad, si años de gobierno orientados por el centro-izquierda provocan una reacción de masas absolutamente en contra y precisamente por este motivo malamente orientada, ¿no merece el asunto que nos sentemos un momento para plantearnos la pregunta oportuna, esto es, dónde nos hemos equivocado? Cierro paréntesis.

Se perfila una derecha-mundo dotada de características realmente similares. En común tienen algo que me muestro indeciso a definir bien como un contradictorio inconsciente colectivo o bien como un aparato ideológico consciente: con su afirmación de ser hoy el cambio, haciendo no impresionantes retornos al pasado, sino directamente impresionantes saltos hacia atrás. Palabras nuevas para cosas que no pueden ser más viejas. Soberanismo es un término limpio para hacer, rehacer, esa cosa un tanto sucia que ha sido el nacionalismo. El rechazo del migrante esconde esa cosa todavía más sucia que es el racismo. La guerra de los aranceles, por un lado, la antimonedas común, por otro, señalan un retorno al proteccionismo y, por consiguiente, al aislamiento. Y todos en coro no predicán otra política que la antipolítica.

La verdad es que la idea de Europa, después de los visionarios padres fundadores, no la ha cultivado nadie. ¿Y sabéis en el fondo por qué? Expreso también aquí una opinión personal, que sé que nadie comparte. Porque ello no agradaba a los estadounidenses. La actitud que ahora expresa Trump respecto a Europa blandiendo el *hard power*, el resto de presidentes, republicanos o demócratas, la expresaban utilizando el *soft power*. Después, por otro lado, pero también conectadas con esta situación, nos topamos con las culpas de las clases dirigentes nacionales europeas a las cuales esta realidad Europa –Europa como es hoy– les basta y les sobra para tener al menos a resguardo (visto que no son capaces siquiera de desarrollar) producciones, consumos, tráfico y, sobre todo, en estos momentos, juegos financieros. Se podría utilizar la fórmula: «Europa ya no es un Estado» para decir que esta Europa realizada ya no

es Europa, como le sucedió al socialismo, que cuando se encontró realizado ya no era socialismo.

Hay un texto bellísimo de Romano Guardini, *Europa, realtà e compito* (1962). Aquí el objetivo es «destino», este profundo concepto pleno de significado tal y como lo ha declinado el pensamiento moderno: no el hado de los antiguos, sino una misión que debe cumplirse, pero que está, sin embargo, encarnada en las fibras del sujeto llamado a realizarla. Tarea trágica, porque encuentra ante sí, en contra de sí, las potencias de la historia, que la obstaculizan, que la impiden. La Europa política, una *supranacionalidad* estatal, naturalmente federal, es hasta la fecha la isla que no existe. No cabe duda de que la idea se ha presentado como utopía. Basta recordar el asunto mal gestionado de la fallida Constitución europea. Recuerdo, entre otras cosas, el debate superficial en torno a si se evocaban en la Carta las raíces cristianas de Europa. Pero el problema no era el de una certificación escrita. El problema era reconocer por parte de todos, íntimamente, que el sentir común del cristianismo, con independencia de que fuese católico, protestante, ortodoxo, era un legado espiritual que unía, no que dividía. Quizá el único que unía y no dividía. Lo había comprendido y expresado trágicamente el papa Ratzinger. No se dota de espíritu a una acción con la secularización. Existe una sacralidad en la idea de Europa. Novalis: *Christenheit oder Europa*, Cristiandad o sea Europa. Pero, ¿qué había que hacer para que Europa se convirtiese en «una utopía concreta» por utilizar la fórmula de Ernst Bloch, esto es, en un proyecto visionario realizable? Quizá abordándola desde lejos, con pequeños pasos graduales, pero declarados como lo que eran, esto es,

un camino político hacia un fin político. Que no habría debido ser necesariamente alternativo al que se ha seguido, una ordenación previa de la base económica y monetaria, que podía estupendamente acompañarlo. Ahora vemos que no ha bastado un Parlamento europeo dividido por grupos de electos inscritos en partidos europeos, que no existen a escala nacional. ¿Qué elector de las elecciones europeas sabe que está votando por el Partido Popular o por el Partido de los Socialistas y de los Demócratas «europeos»? Vota en las elecciones europeas como vota en las elecciones nacionales. Las europeas son prácticamente elecciones de medio mandato verificadas en el seno de las naciones. Tan solo hacía falta introducir una Comisión política al lado de la Comisión económica, que es lo que es la Comisión Europea, y colocarla en el lugar del Consejo europeo tal y como existe hoy, organismo protagonista de repetidas reuniones consultivas inútiles de los diversos jefes de gobierno. Un gobierno político de Europa no digo que no se haya realizado, digo que ni siquiera se ha prefigurado. Un embrión de poder ejecutivo no ha sido ni siquiera entrevisto. ¿Cómo puede hablarse de un destino común europeo sin asumir como propio ese principio bismarckiano, que dicta el primado de la política exterior? ¿Puede existir una Unión Europea sin un único aparato de defensa, sin un ejército común? Una Europa que se siente segura bajo el paraguas de la OTAN, pagándolo con la ahora inveterada costumbre de las bases estadounidenses instaladas en su territorio, ya solo por esto se condena a ser una provincia del imperio. ¿Cómo queréis que una Europa así caliente los corazones de sus ciudadanos?

Si no te he comprendido mal, profesor, estás diseñando un internacionalismo europeo, que debería contraponerse a los egoísmos soberanistas nacionales. ¿Es así?

En mi tradición de pensamiento, que es la del movimiento obrero, la categoría de internacionalismo ocupa un puesto central. Conozco el gran tema teórico de la «soberanía política», que los soberanistas de hoy no saben siquiera qué demonios es. Ese objetivo/destino del que hablábamos antes debería consistir en una transferencia de soberanía política de un pueblo nacional a un pueblo europeo, de un pueblo-nación a un pueblo-Europa. Proceso que puede gestionarse únicamente como una transición, proyectada a través de pasos graduales, pero conscientemente dirigida a un fin, llevada adelante con cautela, pero con la fuerza de la convicción. Porque convencer a la Europa política, únicamente puede hacerlo una fuerza supranacional creíble, prefigurada por clases dirigentes que piensan, sienten y operan ya a esa altura: clases dirigentes nacionales dotadas de una mentalidad política y culturalmente europea.

Y aquí radica, sin embargo, el problema de los problemas. El proyecto de una estatalidad europea era una idea-fuerza de tal potencia que habría tenido necesidad de una subjetividad política, armada de pensamiento y dotada de una superlativa capacidad de acción. Exactamente lo que ha faltado. ¿Se puede retomar, en las condiciones actuales, ese camino y ese fin político? Yo digo: al menos probemos. Es necesario, sin embargo, no defender Europa tal y como es contra los antieuropeos, sino comenzar a hablar de la otra Europa. A los soberanismos nacionales antieuropeos contraponer un soberanismo

europeo. Es precisa, no obstante, una larga marcha para llegar no solo a una *Konstitution*, a una Carta, sino a una *Verfassung*, como *Grund*, como fundamento de un sentir común y un vivir solidario de un pueblo europeo. Un alma para un Estado supranacional. La precondition es desde el primer momento pensar y practicar «una autonomía de la política» del continente Europa en las condiciones de la presente forma-mundo. Los procesos no deben forzarse, deben gestionarse. Y ser gestionados con lucidez. Si hemos llegado a estos retornos identitarios nacionalistas y directamente a estas reivindicaciones separatistas en el seno de las naciones, tal vez se ha producido en una u otra medida una mala gestión del proceso de unidad europea.

Se ha infravalorado, por ejemplo, el peso histórico de la tradición que traía consigo la realidad del Estado-nación, gestionando y defendiendo una retórica europeísta, discrepante, decíamos, con una percepción extendida, que de la indiferencia se encaminaba a la hostilidad. El límite de los innovadores, un límite de concepción de la política, es siempre el no saldar las cuentas con el peso de la tradición. Atentos, porque esta después se venga y trastroca lo nuevo que avanza. O al menos lo hace retroceder. ¿No estamos asistiendo precisamente a esta situación? Esta soberbia construcción, por otro lado, únicamente europea, que ha asistido desde el siglo XVI al encuentro entre Estado y nación, se ha asentado profundamente en la cotidianidad no solo de los pueblos, sino de los ciudadanos. Intento no utilizar el término «patria», que conlleva adherencias de ambiguas acentuaciones y que se ha utilizado en realizaciones peligrosas. Pero existe en el hombre común,

en el ciudadano normal, este sentimiento de pertenencia a una tierra, a una lengua, a una historia. Se ha hablado de la soledad del individuo global. Entre la persona sola y el mundo grande y terrible, debe existir algo concretamente próximo a lo cual aferrarse cotidianamente. La globalización de los procesos acentúa esta necesidad de proximidad. Se trata de una observación banal, pero hace comprender más quizá que una demostración científica. Asistimos todos al mundial de fútbol y a los juegos olímpicos. Observad esas gradas repletas de hinchas, venidos de lejos, acalorados y coloridos, envueltos en su propia bandera, tal vez con la mano sobre el corazón en el momento de entonar el himno nacional. Me he llegado a emocionar al ver las plazas del pueblo catalán, entre el entusiasmo y las lágrimas, por una reivindicación de algo que se sentía como propio y de lo que se veía expropiado. No puede negarse un sentimiento de este tipo sin ofrecer otro a cambio. ¿Es tan solo futurible un sentimiento europeo de esta intensidad o puede transformarse en un proyecto racional sobre el cual trabajar, por el cual luchar?

La parábola del Estado-nación, la Europa de los Estados-nación, ha traído aparejadas guerras, pero también civilización. Ha hecho historia e historia larga. No se supera con un Tratado de Maastricht, con un Banco Central en Frankfurt, con una Comisión económica en Bruselas y tampoco con un Parlamento en Estrasburgo. Se trata, repito, de una larga, lenta, proyectual predisposición de un pueblo europeo. Hablaremos más adelante de pueblo. Pero esa construcción de pueblo, de la cual ha hablado Laclau, ¿puede ser el gran *envite*, la gran apuesta, digna de ser intentada a escala supranacional y supraestatal,

no como cancelación de lo negativo, sino como superación positiva de la nación y del Estado? Lo planteo como problema. Y sé bien el grado de complejidad que presenta la solución de su realización y lo difícil que es incluso de decir, siendo por el momento impracticable, repleto de discrepancias entre el necesario forzamiento desde arriba y la igualmente necesaria lessinghiana educación de la humanidad en el zócalo de una realidad social, desde luego hoy y quizá también mañana, hostil y confusa. Si existía una fuerza política, quizá la única en grado de cargarse sobre las espaldas esta misión, esa era la izquierda europea, que hemos calificado de heredera fallida de la historia del movimiento obrero, que tenía tras de sí, precisamente, esa extraordinaria tradición de internacionalismo proletario. Este grito originario, productor de tantas luchas heroicas: proletarios de todos los países, uníos, ¿podría traducirse en el proyecto: pueblos de las naciones europeas, unificaos? Está bien. Releguemos esto al libro de los sueños. Pero recordemos que «el sueño de una cosa», inserto en el corazón de masas politizadas, ha sido también capaz en el pasado de mover montañas.

Entonces, volviendo a poner los pies sobre la tierra, comencemos por levantar la mirada.

Pero, ¿cómo puede concretamente la izquierda europea transferir pertenencia, identidad, participación de los Estados-nación a ese Estado-continente, que Europa podría ser y hoy no lo es?

Charles Maier, en *Leviathan 2.0: Inventing Modern Statehood* (2014) [*Leviatano 2.0. La costruzione dello stato moderno* (Einaudi, 2018)], nos recuerda que hoy forman parte de la ONU ciento noventa y tres

Estados. Y fija dos grandes ciclos de *State building*: 1750-1850 y 1850-1980. Tras ello, de nuevo la década de 1980 como punto de inflexión, comienza un tercer ciclo caracterizado por «un gobierno carente de una esencia estatal», la que ahora se denomina *governance*, dotado de «un sentido fluido del territorio» y, sin embargo, situado en una perspectiva, apenas aludida y todavía incierta, orientada hacia la formación de una «comunidad transnacional». Así pues, se trata de un proceso objetivo de superación de la tradicional estructura histórica nacional-estatal. Cuando un proyecto subjetivo puede inscribirse en una tendencia objetivamente en curso, su realización práctica conquista una posibilidad concreta. Repito mi *refrain*: es indispensable leer el conjunto con ojos políticos. Después del Estado-nación no solo se entrevén, sino que entran decididamente en el campo geopolítico Estados-continente entre América y Asia. ¿Puede Europa permitirse no elevarse a esta altura de presencia en el mundo? ¿Puede continuar enviando por el planeta la ridícula fotografía de veintiocho, hoy veintisiete, presuntuosos jefes de Estado, reunidos además para no decidir nada?

Ha sido un error la ampliación de la Unión Europea. No ha fortalecido la idea de Europa, la ha debilitado. Ha introducido otras pequeñas patrias en un proyecto de superación de las grandes patrias, otras identidades nacionales en contraposición a una forma de poder supranacional. Y se ven las consecuencias. Hoy se ha hecho todavía más difícil decidir sobre el destino de Europa. En la ampliación no ha habido pensamiento estratégico alguno, únicamente la baja política de favorecer y robustecer una corona de Estados-colchón sometidos a la

hegemonía euro-estadounidense en las fronteras europeas con Rusia. No resulta casual que ello lo hayan querido *in primis* Gran Bretaña y Estados Unidos. Y ahora tenemos el Muro de Visegrado en vez del Muro de Berlín. Contra qué peligro, no se logra comprender. El verdadero peligro lo hemos corrido nosotros, encontrándonos con países antieuropeos, ahora legitimados, presentes en el quehacer cotidiano de las políticas europeas. Sin embargo, se debería haber comprendido que en las condiciones modernas las pequeñas naciones son más peligrosas que las grandes, porque en un número cada vez mayor de casos, para sentirse y estar a la altura, aquellas adoptan malas copias de la política de potencia y, en consecuencia, se comportan como críos que se ponen a jugar con las armas de los adultos. Pero diría que el peligro mayor hoy proviene de esa forma de nación, no nueva por lo demás, que se identifica con una etnia, a su vez reconocida en una religión. Se trata de una forma degenerada del Estado-nación, que siempre presuponía un pueblo no una raza o una secta. Europa ha conocido de sobra las guerras de religión e incluso esta Europa de hoy ha sabido desde hace tiempo y sabe hoy cómo defenderse de ellas. La Europa real es, no obstante, un modelo de convivencia civil entre Estados, naciones, culturas, fes. Quiero decirlo, antes de afrontar en seguida mi idea de Europa. En la crítica, no quiero confundirme con ninguno de los preocupantes sentimientos crecientes de hostilidad, escepticismo, indiferencia. Mejor esta Europa que ninguna Europa. No se parte de cero. Diría que nos encontramos a mitad de camino. Somos nosotros quienes debemos indicar a las nuevas generaciones, por utilizar la fórmula de una

gran mente europea, Carl Gustav Jung, «la vía de lo que ha de venir».

Aquí se requiere una vasta, razonada y apasionada operación de educación política en la idea de Europa, similar a la que se verificó sobre la idea de nación, que no se enfrentó a resistencias precisamente menores. Y volver a partir de las nuevas generaciones, que son ya, diría por instinto, generaciones globalizadas. Hay jóvenes que circulan por Europa gracias al programa Erasmus y hay jóvenes, todavía más numerosos, que trabajan en los países del continente desempeñando tareas en ocasiones humildes y actividades en ocasiones muy cualificadas y presentes directamente en el ámbito de la excelencia. Pero, atención, las jóvenes generaciones no deben ser evocadas retóricamente como un recurso ya listo para superar las resistencias de las generaciones más viejas. Los propios jóvenes deben ser preparados, guiados, orientados sobre esta nueva dimensión material e ideal, en la escuela, en la universidad, en el trabajo, en la vida cotidiana de la sociedad civil, en la palestra de la lucha política.

*Pero no has aclarado todavía cuál es tu idea de Europa...
¿Cómo puede salvarse Europa de lo que se ha denominado
el ocaso de Occidente?*

«Mi tiempo [...] mientras lo expresaba, yo era fundamentalmente infeliz». No sé cuántas veces he citado esta frase de Thomas Mann, pronunciada en la Universidad de Chicago en 1950. Quizá por este motivo: porque dice incluso demasiado bien sobre mi humor intelectual, más o menos de siempre. Pero, ¿por qué me vuelve a la cabeza precisamente en este momento este razonamiento? Porque estoy a punto

de hablar de «mi Europa». Cómo es hoy no me gusta. Y ello se ha comprendido de lo dicho hasta ahora. Sin embargo, en absoluto, no querría haber nacido en otro lugar que en este querido viejo continente o viejo mundo, si el nuevo mundo es aquel otro del cual Dvořák enviaba «a los amigos de Bohemia» la carta de su Sinfonía número 9. Europa tierra de en medio, entre oeste y este, Occidente y Oriente, civilización occidental y civilización oriental; entre norte y sur, desarrollo y subdesarrollo, ciudad y campo, civilización urbana y civilización campesina. En medio de todo. Conteniendo en su interior casi toda la historia humana. De la antigüedad a la modernidad, atravesando mil años de Edad Media, que solo una vez salidos de la escuela y liberados de las Luces, hemos podido apreciar en su esencial grandeza. Pensemos en esos pueblos demediados, que disponen en su caja de herramientas de comprensión del mundo y de la vida únicamente la modernidad. Y es obvio a quien me refiero. Aquellos que tienen, como propia tradición, una historia solo moderna. Comprendo que les quede solo la posibilidad de inventarse lo posmoderno. Por esa vía, ¿qué pueden llegar a saber del misterio eterno del ser humano? Y así, de Grecia a Alemania pasando por Roma: esta es Europa. Y es también el *itinerarium mentis*, no puedo decir *in Deum*, pero ciertamente *ad hominem*, que no me arrepiento de haber seguido intelectualmente. Mi *Heimat* [patria] cultural está ahí, en *Mitteleuropa* [Europa central]. Si París fue la capital del siglo XIX, Viena lo ha sido para los inicios fulgurantes del XX. Hay dos libros muy queridos para mí de Massimo Cacciari, *Geofilosofia dell'Europa* (Adelphi, 1994) y *L'arcipelago* (Adelphi, 1997), espléndidos en su tratamiento de los tiempos en los cuales se podía hablar de Europa

como de un principio-esperanza. Pero no es de esto de lo que quiero hablar, aunque me gustaría tanto hacerlo. Estamos discutiendo de política activa.

La Europa política «que ha de venir» la veo así: como está escrita en un normal mapa geográfico. Si en el oeste hay una frontera de mar, al este no hay una frontera de tierra. Y al sur, nuestro Mediterráneo es, más que un mar, un gran lago. Esto para decir que Europa no es cierto que haya sido formada por el mar, como oigo repetir. Hay un *continuum* que la liga a otro continente. Lo que ha hecho decir a Paul Valéry que Europa es «un pequeño promontorio de Asia». Puede ser que quien dijo «del Atlántico a los Urales» quisiese con ello al menos retardar la única Europa posible en un tiempo de guerra fría. Hoy, de modo intempestivo, se practica con ridículas sanciones económicas la continuación de esa guerra con otros medios. Ahora son la economía y las finanzas la continuación de la guerra. A corto plazo parece que de ese modo se producen menos daños a la humanidad. Pero, a fin de cuentas, a largo plazo se corre el riesgo de sufrir daños no menores. En ocasiones he dicho: Europa debe volver la vista hacia Oriente. Pensaba incluso en China. Sería un giro saludablemente regenerador. Lo pienso así y digo lo que pienso: Europa sin Rusia es un *nonsense*. Me conforta el parecer de un atento observador de las cosas internacionales, aquí entre nosotros, como Sergio Romano. Y un maestro de geopolítica como Henry Kissinger ha razonado sobre ello. Es necesario salvar a Europa del ocaso de Occidente: esta es la profunda verdad. Y no puede haber espíritu libre europeo sin el intenso sentir del alma rusa.

Advierto. Estoy haciendo un discurso al margen de la contingencia y orientado a un lejano futuro posible. Aquí y ahora, sobre estos temas, la confusión reina al máximo nivel, mientras el pensamiento se halla en niveles mínimos. Estamos ahí, en ese hiriente relámpago de Kierkegaard, que veo citado aquí y allá sin extraer las debidas consecuencias: «La nave está en manos del cocinero de abordó. Y lo que transmite el megáfono del comandante ya no es la ruta, sino lo que comeremos mañana». Todo se juega en el brevísimo plazo en función de conveniencias, que no son siquiera políticas de carácter general, sino políticas electorales de carácter particular. Las derechas antieuropeas simpatizan con Estados Unidos y con Rusia, cuyo interés en estos momentos es disgregar Europa. Pero los Estados Unidos de América no pueden reducirse a Trump, al igual que Rusia no puede reducirse a Putin. Y no estoy hablando de estos países de este modo. Los contemplo como mundos de civilizaciones diferentes, potencialmente en antagonismo histórico por su propia naturaleza geopolítica, que los enmaraña en la competición, por asuntos transcurridos que han dejado su traza, por universos de cultura que cada uno de nosotros ha sensiblemente introyectado. Todas cosas que propician que nos inclinemos hacia una u otra parte. Y yo sé dónde estar. No hago de ello una guerra de civilizaciones. Pero siento intuitivamente una llamada de pertenencia. El hecho de que Rusia haya sido, durante varios decenios de mi siglo xx, la única alternativa al modo de vida estadounidense no ha acontecido por una casualidad de la historia. Me atrevo a decir que ni siquiera el acontecimiento de 1917 explica todo. Todo provenía de raíces más profundas. He dicho: el alma rusa. No me viene a la mente decir el alma

estadounidense. Porque ese mundo me sugiere solo la presencia de un cuerpo. E incluso de un cuerpo sin alma. Y cuanto esta ha circulado por sus venas, venía regularmente de la *Kultur* europea, como ha sucedido en la gran migración de la intelectualidad europea en fuga y en busca de refugio del nazismo y del fascismo. Lo sé, son sensaciones, que pueden ser fácilmente contradichas documentalmente.

Pero no estoy haciendo aquí la cuenta de los méritos y de los deméritos. Será un límite, un defecto, pero es que yo tengo, registro, siento, *in interiore homine*, más misticismo ruso que pragmatismo americano. También quizá porque sé que con las brasas del primero se ha encendido la llama de una fractura de mundos y con las cenizas del segundo se han apagado todas las posibles lumbres.

Pero veo que de nuevo me he dejado llevar y me he alejado de nuestro razonamiento. Me corrijo, no retrocediendo sino precisando. Los lectores y lectoras inteligentes ya lo habrán comprendido. Quizá merece la pena, sin embargo, hablar claro para evitar equívocos. También aquí no quiero confundirme con la pacotilla de las pseudoteorías que giran por el planeta –la fantásica aproximativa Cuarta Teoría Política es entre estas un inquietante ejemplo–, sobre todo no quiero tener nada que ver con los extravagantes personajes que las representan y que llegan también a circular entre nosotros: aquellos que vienen de la América profunda o de la Santa Rusia, los Bannon, los Dugin. Cabezas confusas para proyectos confusionarios. Critico la democracia liberal en sus realizaciones, no en sus principios. Al mismo tiempo me opongo absolutamente a toda forma de democracia iliberal. En este sentido, me mantengo

totalmente en el seno de las trayectorias, confines, lenguajes del pensamiento político moderno. Y dentro de las instituciones que este ha magistralmente generado. Puedo considerarme también un tradicionalista, pero situado en el zócalo de las fronteras de la modernidad más avanzada. La mía es una netamente precisa tradición del siglo xx, toda política: partidos y Estado, Estados y partidos en el centro, después alrededor puede haber alguien más.

Volvamos, sin embargo, a los discursos que más nos interesan. Uso con frecuencia las resolutivas categorías schmittianas de tierra y mar. Eurasia es tierra. Ese antiguo mundo campesino originario, que ha evolucionado y se ha desarrollado en gran ciudad, en civilización urbana. Un largo camino que ha depositado historia. El mundo anglosajón es mar. Es comercio, tráfico, naves, más que producción de bienes, intercambio de mercancías, es dinero. Es verdad, la revolución industrial ha nacido en Inglaterra, pero se ha transferido de inmediato al continente. Y no de modo casual, la clase obrera inglesa y la estadounidense no han llegado jamás a formar parte del gran ejército organizado del movimiento obrero europeo. Cosa que supo hacer magistralmente el proletariado ruso. Son enseñanzas que no deben olvidarse. En la desenfrenada imaginación teórica, carente sin embargo de fantasías, que no logro verdaderamente contener, he dicho también que el trabajo es tierra y el capital es mar. Detrás y antes que el obrero está el campesino, detrás y antes que el capitalista está el comerciante. El mercado anticipa la industria, como la guerra de los campesinos anticipa la lucha de clases.

Hoy, si la política se decidiese a servirse también, digo también, de los recursos ofrecidos por el pensamiento simbólico, podría leer el Brexit como un *kairòs*, la ocasión acaecida para un cambio de concepción estratégica en la construcción europea, la indicación de una trayectoria digna de ser seguida, algo totalmente distinto del camino seguido hasta el momento. Y la propia irrupción en el mundo, con todas las de la ley, de un Trump procedente de Estados Unidos debería interpretarse por lo que quizá es: el fin de la ilusión de una *Progressive Age* de vuelta, que el cometa obamiano había prometido a los demócratas europeos, ya estupendamente predispuestos a seguirlo en las suertes innovadoras, en realidad devastadoras (nos referiremos a ello más adelante), de sus Terceras Vías. No hay esperanza de una Europa política, si no comenzamos a concebir más grande el Atlántico, si la *Kultur* europea no se emancipa de la *Zivilisation* estadounidense. Se trata de un punto central. Para no entregar el gobierno a los falsos soberanistas y a los denominados populistas, esto es, a las nuevas derechas de hoy, existe una única vía, por lo demás obligatoria: hacer emerger clases dirigentes nacionales dotadas de una mentalidad autónomamente europea, armadas de una política realista al servicio de una guerra de independencia o, si queréis, una lucha de liberación del atlantismo.

¿Es Europa o la isla de utopía?

Lo sé. Estamos remitiendo a algo sustancialmente imposible, tantas son las contraindicaciones que en mi opinión se yerguen potentes. Europa está ligada con cadenas de hierro productivo-económico-financieras a Estados Unidos. Y existe un sentir común,

una larga costumbre ideológica entre las clases dirigentes de las dos orillas del océano, las cadenas doradas de la democracia realizada. Pero para remitirnos al discurso ahora mismo pergeñado, la hartura es realmente absoluta ante estos ballets chismosos de la cotidianidad política, danzados al estilo de una babélica confusión de las lenguas: las derechas son filorrusas, las izquierdas son filoestadounidenses, Trump se deja ayudar por Putin, Putin echa una mano a los nacionalistas antieuropeos. No estoy dictando un «qué hacer». Estoy diciendo un «qué pensar»: porque, como decíamos al comienzo, hace falta una revolución de la cultura política, una estación de pensamiento político constituyente, que ponga las cosas históricamente en orden, con los conflictos justos entre antagonismos verdaderos, con élites creíbles para pueblos conscientes. Cuando nos toparamos con el bloqueo de los hechos, no queda otra que partir de nuevo de las ideas. Y precisamente las ideas más locas a veces producen una sabiduría práctica. La Rochefoucauld: «Quien vive sin locura no es tan sabio como se cree».

4. La anomalía Italia

ES IMPORTANTE DEFINIR el marco en el cual moverse y en su interior disponer las teselas del mosaico. De lo contrario se corre el riesgo de perder el diseño de conjunto y el punto de vista. Has partido de lejos, profesor, de la que en un tiempo se definía como la «situación internacional» y tú prefieres llamar la «forma-mundo»; a continuación has esbozado «la idea de Europa», ese espacio vital nuestro, que corre el riesgo de implosión, si no se piensa de nuevo hasta sus mismísimos cimientos... Estamos ahora en el corazón de nuestra conversación, nuestro país y la actuación de las fuerzas políticas en el mismo, ante todo las de la izquierda, para combatir la antipolítica y los soberanismos. Partamos de una definición sintética para abordar sin contemplaciones el campo de análisis: ¿existe una anomalía Italia?

Ya ha sido dicho, recuerdo un editorial de Galli della Loggia, que se expresaba en estos términos, pero es oportuno repetirlo: la Italia de hoy se presenta como el *bel paese* convertido en políticamente horripilante. Al menos así es como me imagino que debe manifestarse a Europa y al mundo. El *bel paese* no solo por

sus virtudes paisajísticas y sus riquezas artísticas, sino también por la cualidad y la intensidad de la vida política. Con nuestro Maquiavelo hemos desencadenado la gran aventura de la política moderna. Y tras controvertidos siglos de guerras, de paces y de regímenes, hemos reencontrado con la Italia republicana esa tradición ilustre: éramos el país de la política. Derribados el fascismo y la monarquía con una lucha de liberación, teníamos clases dirigentes investidas de autoridad capaces de escribir una Constitución histórica y clases populares organizadas en partidos que la leían como si la hubiesen escrito ellas: para mí este ha sido el verdadero milagro italiano. La demonización de la denominada Primera República, que sé dejó pasar sin combatirla o, mejor, participando todos en el rito satánico, ha sido el pecado original del cual ha provenido toda la degradación subsiguiente. Circula esta *fable convenue* de la inestabilidad política de entonces. O no se sabe de qué se está hablando o, más probablemente, se dice conscientemente algo falso. Durante cuarenta años hubo tan solo un partido en el gobierno y tan solo un partido en la oposición: más estabilidad que esta... La sucesión de los distintos agrupamientos de gobierno era producida por la dialéctica interna de un partido de corrientes, la Democracia Cristiana aplicaba de este modo ese criterio de la circulación de las élites descubierto por Michels. Los ministros y los subsecretarios se alternaban en las funciones de gobierno y de partido, asegurando así la continuidad de un estrato político profesional. La inestabilidad ha llegado después, cuando han comenzado a sucederse vertiginosamente partidos inventados, coaliciones improvisadas y leyes electorales aproximativas al hilo de una falsa alternancia que en vez

de hacer circular las élites destruía la precedente para sustituirla por otra, nueva, más improbable que la precedente. Y así se perdía la profesionalidad de la política y con ella la severa seriedad de la política hasta el ridículo panorama actual, al que ya nos hemos referido, del *uomo qualunque* a la guía del gobierno, victoria póstuma de Guglielmo Gianini. Hay innumerables recriminaciones que hacer a aquella clase dirigente, sobre todo si atendemos a la deriva de la década de 1980, pero, por favor, si comparamos los políticos de ayer con los de hoy, tenemos que abrir dos cuentas distintas.

Un plano inclinado que desde la Primera República ha empujado a la política y a las clases dirigentes políticas hacia la degradación. Un periodo amplio, un arco temporal que abarca varios decenios. ¿Cuáles han sido los momentos cruciales, las etapas, que han marcado este descenso?

No soy un historiador. No estoy en condiciones, pues, de reconstruir minuciosamente los pasos dados a través de las sucesivas repúblicas fantasmáticas. Existe toda una publicística, elaborada a diversos niveles más o menos creíbles, fácil de consultar. Yo me muevo por impresiones de pensamiento. Es la definición justa: relámpagos para iluminar el lado oscuro, y oscurecido, de lo real para intentar comprender sin la preocupación acechante de querer hacer comprender. Thomas Mann, a propósito de sus escandalosas *Betrachtungen eines Unpolitischen* (1915-1918) [*Consideraciones de un apolítico*, 2011], un libro de formación para mí, hablaba de «una sensibilidad en absoluto subversiva, sino únicamente sismográfica e indicadora, que se me presentaba como otra forma, más tranquila e indirecta, de sabiduría

política». Mi modo de proceder es similar. Diversa a este respecto es la existencia de un punto de vista conscientemente de parte, que no pretende, no digo encontrar, sino ni siquiera buscar una verdad para todos, porque he aprendido vía prueba y error, que en una sociedad dividida una verdad para todos es una mentira, es decir, es lo contrario de la verdad.

Ejemplo. Me siento en condiciones de poder sostener esta tesis: hoy no hay solo una crisis de estrato político, hay también una crisis de sentimiento popular. Y es la primera la que ha provocado la segunda. Digamos en todo caso que hay un doble nivel de la primera que se dice «crisis de la política». Fácil individuar el primer nivel, la deslegitimación de hecho del estrato político en general y en su conjunto en cuanto tal. Fácil, visto el deporte de masas, similar al juego de bolos, que se juega desde hace muchos años en la sociedad civil, que se ha hecho jugar en realidad a los ciudadanos de la sociedad civil. El juego premia a quien, con una sola bola lanzada, derriba más bolos políticos. No quiero repetirme. Reenvío al discurso que he hecho no sé cuántas veces durante estos años, en el Parlamento y fuera de él, sobre el virus de la antipolítica inyectado con esmero desde arriba día tras día en las venas que corren por los estratos inferiores de lo social. Hasta convertirlo en una epidemia resistente a cualquier tipo de vacuna. Difícil entonces comprender la consecuencia, querida, de esta operación: una desorientación política del pueblo, que no se había visto con estas dimensiones en la era republicana. Esta no es una suposición, es un dato de realidad, respecto al cual las que se llaman indignamente «fuerzas políticas», los partidos de hoy, deben tomar nota para

suministrar los remedios a una situación, que, tan solo desde el punto de vista democrático, es intolerable. Y aquí hay que constatar que a quienes más les cuesta levantar acta de esta situación es a las fuerzas que se denominan progresistas, que se sitúan más decididamente a la izquierda: miradlas, dado que se consideran la representación natural de las instancias populares, cuando el pueblo les da la espalda, permanecen como incrédulas, no comprenden, no se convencen y murmuran sus justificaciones: no nos hemos hecho comprender, nos hemos comunicado mal, no hemos estado en el territorio, etcétera, etcétera, consolándose...

Sin detenerse jamás a reflexionar para poner sobre la mesa las razones verdaderas de una confusión provocada por ellos en su pueblo: la ausencia de una oferta política reconociblemente popular, una falta bien expresada de la propia irreconocible identidad, la generalidad aproximativa de la propia denominación ante el pueblo, los giros organizativos incomprensibles para el común de los mortales con títulos y símbolos hechos y deshechos y el devastador espectáculo cotidiano ineludible de las disputas internas no ya sobre qué hacer mientras se camina, sino en realidad sobre cómo estar sentados. La parábola del Partido Democratico (PD): de una vocación mayoritaria toda y únicamente gubernativa a una insignificancia minoritaria deshabituada a ser oposición. Los miembros del Partido Democratico, de los dirigentes centrales a los periféricos pasando por los intermedios: todos, hombres y mujeres de gestión, ninguno ya organizador u organizadora de las luchas. Y el pueblo se ha ido.

Y, sin embargo, ha existido durante mucho tiempo «el caso italiano». Profesor, has dicho que no eres un historiador, pero para retomar la cosa de nuevo, pregunto otra vez, porque sería necesario reflexionar sobre la datación de esta crisis: un periodo, una estación, un hecho. ¿Dónde ha comenzado el fin?

La anomalía italiana ha pasado del signo más al signo menos. El «caso italiano» hasta finales de la década de 1970 lo afrontaban las mejores inteligencias europeas y occidentales. Un verdadero y propio «caso de estudio». Italia era el lugar de experimentación de la política en el puesto de mando. Un partido de gobierno fuerte, un partido de oposición fuerte, bipartidismo imperfecto, pero bipartidismo verdadero. Las conquistas que han realizado los trabajadores y trabajadoras italianos con su partido en la oposición no las han visto jamás (ni siquiera de lejos) con el que ya *no* era su partido en el gobierno. ¿Cuándo ha comenzado la gran mutación, no genética, política? La mutación genética ha venido después, lenta pero profundamente, penetrando gota a gota en las vísceras de lo social. El desastre en lo alto se ha propagado en lo bajo. Y este recorrido, este derrumbamiento del terreno político en su conjunto, no ha sido visto. No ver en política es en ocasiones más grave que no hacer. Porque si no se ven los obstáculos, se va a chocar con ellos y eso hace daño.

El punto de inflexión de la década de 1980 ha sido bien comprendido por innumerables investigaciones de campo. El sistema de poder democristiano comienza a ceder acosado por un sistema de poder socialista. Dos sistemas de poder no se soportan, incluso si se alían. En realidad en la órbita del modelo organizativo italiano ha entrado el planeta del

verdadero sistema, el capitalista a escala mundo. El orden había ya sido reestablecido tras el estado de excepción de los «treinta años gloriosos». El capitalismo, con su demoniaca inteligencia, se superaba a sí mismo cuando, redimensionando la centralidad de la industria, decía adiós al proletariado elevado a clase obrera. Y obsérvese bien: después de ese enemigo histórico ya no ha habido enemigos. Debería leerse así –y sería una operación de gran inteligencia alternativa– la muerte de la Unión Soviética, el fracaso de la construcción del socialismo, la desaparición de los partidos comunistas, el propio fin de la Guerra Fría. El pequeño «caso italiano» es arrollado por acontecimientos mucho más enormes que él mismo. Después, ciertamente, nos topamos con la declinación provincial de los acontecimientos. Pero se bajan muchos peldaños. La Italia de los políticos, ya de este modo precozmente antipolítica, de los primeros años de la década de 1990 sería para olvidarla, dado los daños que ha provocado a este su pobre y entonces todavía inocente pueblo.

Los referéndums descerebrados sobre las leyes electorales han propinado un golpe mortal al conjunto del sistema político sin lograr siquiera entrever otra forma creíble de ordenamiento. Una operación única y puramente destructiva: como aquella similar y, si es posible todavía más intensa, conocida con el noble nombre de «*mani pulite*» [manos limpias]. Un tiroteo indiscriminado dispuesto para golpear indiscriminadamente a culpables y no culpables con el objetivo puesto únicamente sobre el político profesional. ¿Para sustituirlo después con qué? Con la nada de hoy. ¿Queremos reflexionar sobre esto?

Sostienes que desde finales de la década de 1980 y todavía más consistentemente durante los años siguientes se han marchitado en el pensamiento y en la acción de la izquierda política los campos en los que crecían las plantas de las garantías sociales e individuales, mientras se comenzaban a cultivar huertitos de derechos civiles sin percibir que la grama justicialista invadía e infestaba las tierras. ¿Ha sido este atajo, que algunos con triste ironía han definido la «vía judicial al socialismo», lo que ha hecho descarrilar a la izquierda?

A este respecto querría decir una cosa, también en este caso fuera del coro. Ha sido un error leer todo como una «cuestión moral». Pronuncio con renuencia estas palabras, dado el enorme afecto que, junto a una parte tan consistente del pueblo al que pertenezco, he alimentado por la persona. Pero parte de la culpa recae también sobre Enrico Berlinguer. Sí, la contingencia empujaba hacia esto y se cosecharon notables resultados de consenso. Pero la historia humana es algo enormemente complejo y contradictorio, una secuencia en ocasiones inasible de inestabilidades y repeticiones. En cada ocasión debes comprender qué es lo específico del momento. En política, que es la historia en acto, del bien puede surgir a veces también el mal. Hemos celebrado hace unos años el quincuagésimo aniversario de 1968. Fue en su momento una insurgencia indudable y enormemente positiva, pero si se observa bien, sin embargo, a medio, largo plazo hemos debido verificar consecuencias más que negativas.

¿Y cuáles serían en tu opinión las consecuencias «más que negativas» de 1968?

En este aniversario apenas pasado he sido invitado, como muchos otros, a reflexionar de nuevo sobre el evento. Contemplarlo a tanta distancia cambia el cuadro. Hoy lo veo como un salto en ese proceso de modernización, que desde principios de la década de 1960 se había impuesto en el mundo. Una primera forma de globalización que en particular ha afectado a las costumbres. Nace en Estados Unidos, explota en Francia, llega a Italia con rasgos, también aquí, anómalos. Entre nosotros tenía causas estructurales concretas. A finales de la década de 1950 e inicios de la de 1960, se produce el milagro económico, irrumpe el neocapitalismo, Italia se convierte en un país totalmente moderno, la industrialización fordista se presenta como una absoluta novedad, las luchas obreras que se verifican a partir de 1962 colocan de nuevo el conflicto en primer plano. Elemento determinante también es el *baby boom*. Presionan y cuentan las nuevas generaciones, porque los jóvenes son tantísimos. El mismo discurso sirve para los obreros: entonces eran centrales, porque eran muchísimos y se hallaban concentrados en puntos estratégicos, ahora son marginales, porque escasean y se hallan dispersos. Esta es una forma social –un capitalismo revolucionado y superviviente– en la cual lo que cuenta, en última instancia, es siempre la cantidad: empresarialmente, ¿cuántas acciones tienes?, políticamente, ¿cuántos votos tienes?, comunicativamente, ¿cuántos *followers* tienes?

La petición de entonces era: acelerar el advenimiento salvífico de lo nuevo. La pasión por «lo nuevo que avanza» nace entonces. Y tendrá larga vida. La consecuencia de todo ello será el recambio de las clases dirigentes y los participantes en 1968, que

invadirán la escuela y la universidad, la Administración pública, el periodismo, los media e importantes puestos de poder, se llevarán consigo esta nueva fe, dotada de rasgos netamente dogmáticos. 1968 fue seguramente un movimiento positivo de liberación. El límite fue su declinación libertaria. El movimiento fue dejado a su espontaneidad, fuertemente anarquizante. Basta pensar que no se distinguió entre poder y autoridad. Bien la contestación del poder, incluso invocando la imaginación, mal la destrucción de la autoridad sin la cual –dirección reconocida y apreciada desde abajo– ninguna convivencia social, incluso conflictiva, es pensable y practicable. Las fuerzas políticas, en ese momento realmente robustas en cuanto constituidas por enormes componentes populares, no encontraron la capacidad de colocarse a la cabeza de esa insurgencia para guiarla y orientarla. A partir de ese momento precisamente ha comenzado su largo, lento declive. Moro, con su aguda sensibilidad razonadora, fue quizá el único que comprendió, cuando dijo: el destino ya no está solo en nuestras manos. Las consecuencias han sido fatales. El movimiento, tras el saludable impulso del otoño de 1969 y las históricas conquistas de los derechos civiles de principios de la década de 1970, último signo positivo de la anomalía italiana, pronto degeneró. Y no hubo nadie capaz de impedir la feroz respuesta del sistema, que, con la estrategia de la tensión, típica organización de la violencia desde arriba, inauguró la terrible estación del terrorismo, violencia organizada desde abajo. El bipartidismo imperfecto, vigente durante el decenio que siguió a 1968, pareció alcanzar el máximo consenso con los dos vencedores de 1976, la Democracia Cristiana y el PCI. Una ilusión ocasionalmente real. Ahí comenzó

en realidad el descenso, que no se ha detenido hasta la caída. Verdaderamente el cadáver de Moro, simbólicamente dejado en el espacio de las dos últimas verdaderas Casas del pueblo, ha sido el punto de inflexión de la época. Para concluir diría lo siguiente: del descenso y de la caída de los partidos políticos y, por consiguiente, en consecuencia, de la política, quien ha pagado absolutamente el mayor precio, hoy podemos percibirlo a simple vista, ha sido el conjunto del área de la izquierda.

Volvería al tema de la «cuestión moral» y a la declinación cotidiana de esas dos palabras hecha en la izquierda por las clases dirigentes posberlinguerianas...

La evocación de la cuestión moral ha transmitido al estrato dirigente posberlingueriano la reducción a reivindicación ética del pensar y del actuar político, que ha hecho perder, también por esta vía, un aferramiento directo sobre la realidad verdadera. Y cuando el moralismo se ha convertido, inevitablemente, en justicialismo, los daños políticos han sido más que importantes. Ya existía la presencia de esta hegemonía *azionista* sobre la cultura política comunista. E intentaré hablar de ella más adelante, porque se trata de un punto que considero importante. Puedo estar equivocado, naturalmente, pero por lo que yo sé el nivel de corrupción del estrato político italiano no es mayor que el registrado en otros países de Europa y de Occidente. Pero esos países, con una forma de Estado fuerte, mantienen a raya las incursiones que uno de los poderes puede intentar perpetrar en otro poder. Aquí se ha dejado campo libre a una desestabilizante suplencia política de la magistratura. Y ello ha contribuido, no en escasa

medida, a crear la actual situación de deslegitimación popular de los institutos representativos y ejecutivos y de repulsa popular de todo actuar público. Las consecuencias las tenemos delante de los ojos. El gobierno carece de credibilidad, el Parlamento no disfruta de autoridad, mientras asistimos a una privatización salvaje de la vida cotidiana.

Y más en general déjame hacer una consideración amarga, que traigo de mi repertorio de radical pesimismo sobre la planta ser humano. Un estrato político es difícil que viva cincuenta años de paz sin corromperse. Para que esto no suceda haría falta una resistencia superlativa, esta sí ética en el sentido de moralidad social, por parte de sujetos capaces de trascenderse a sí mismos. Pero las largas fases de paz no producen este material humano. Resulta doloroso decirlo, pero resulta que si no lo dices, el problema no existe. El problema existe. Y el político que piensa es correcto que levante acta trágicamente de ello.

En suma, ¿justicialismo y antipolítica son las dos caras de la misma medalla?

La antipolítica es un virus que se difunde en el aire envenenado de nuestra vida pública cotidiana. Un humor negro difundido entre los estratos bajos de nuestras formaciones sociales, como la peste negra de antigua memoria, que hacía morir únicamente a la pobre gente. Se halla afectada por el mismo la absoluta mayoría de la población, población que no hay que confundir nunca con el pueblo. El terreno de incubación es una opinión pública no desorientada por su propia culpa, es un sentimiento de masas confundido y maniobrado por poderes extrapolíticos,

que hacen política, sin embargo, de modo inteligente. Existe una condición específica que es propia de la totalidad de las actuales democracias contemporáneas y se trata de un rasgo específico respecto al pasado. Asistimos, impotentes, a la personalización del poder político y a la despersonalización simultánea del poder económico. El primero, el poder político, se ve y se procura que sea visto. El segundo, el económico, no se ve y vive escondido. Toda la atención se descarga sobre el primero, así el segundo puede moverse libre a su propio antojo.

Se trata de una fotografía nítida de la Italia de estos años...

Es preciso señalar una condición específica de nuestra democracia, quizá un residuo de la anomalía italiana o de ese «caso italiano» al que acabamos de referirnos. Entre nosotros, la división de poderes contempla cuatro protagonistas. Por no mencionar el quinto, que tiene dimensión global y, por ello, avasalla a todos los demás: el Leviatán absoluto e incontrolado de la técnica. Pero en el pasillo de casa vemos poder legislativo y poder ejecutivo, por un lado, y poder judicial y poder mediático, por otro. La alianza objetiva de estos dos últimos sujetos contra los primeros se ha convertido en el palimpsesto cotidiano de la narración pública. Sobre un terreno tan delicado se debe actuar con prudencia, con habilidad, con destreza. Pero con ideas clarísimas y mucha determinación, sabiendo de qué se trata y cuál es el envite en juego. El veneno de la antipolítica, hemos dicho, ha sido inyectado desde hace mucho tiempo, gota a gota, en las venas del país. Y con fines muy precisos. El problema de lo que resta de la política es identificar la cura de la enfermedad y, posiblemente,

encontrar la vacuna más eficaz posible para prevenirla. Se trata de una verdadera y propia emergencia antropológica, pero desafortunadamente no siento, ni siquiera ahora, sonar las campanas de alarma. La izquierda no ha analizado en profundidad los contornos de este peligro. No ha comprendido y, por consiguiente, no ha disputado, el objetivo preciso que se había puesto sobre la mesa: desviar el descontento popular a un ámbito que para el poder sea seguro, porque no amenaza verdaderamente los fundamentos de las desigualdades y por ende los espacios, las razones, los sujetos en torno a los cuales y contra los cuales deben organizarse conflictos y más conflictos incesantemente. Si no encuentras trabajo, ¿es porque los parlamentarios gozan de enormes prebendas? Dos editorialistas del *Corriere della Sera* escriben un libro, *La casta* (2007), y comienza una narración que, como en otro tiempo las novelas por entregas publicadas en los periódicos, llega, al hilo de la comunicación cotidiana, a apasionar a la llamada gente, que ha ocupado el lugar del pueblo.

Hay que descifrar, y no es empresa fácil, las nuevas formas del conflicto social en ausencia de referencias, también ideológicas, a las grandes clases. Pero, ¿no es esta la tarea de un sujeto político capaz de reorientar lo que tú, profesor, llamas pueblo?

Como se desprende de todos estos discursos, yo tiendo a conceder mucha importancia a la función del sujeto en la política. Función que puede ser positiva, pero también negativa: puede tanto acelerar los procesos como retardarlos, puede abrir fases, pero también puede cerrarlas, puede hacer época, raramente, al igual que puede, más comúnmente,

gestionar la ordinaria administración de las cosas. En la tradición marxista hay demasiado materialismo, demasiado objetivismo y demasiado determinismo. Para liberarme de ellos he debido seguir una áspera trayectoria intelectual, que ha procedido a experimentar con otros planteamientos, otros métodos, otros horizontes. Ciertamente existen leyes que explican el movimiento de la economía, de la sociedad, de la humanidad. Pero ese es el dato de realidad del que debemos tomar nota, conociéndolo bien, no, sin embargo, para asumirlo, sino para disputarlo. Para quien quiere cambiar lo que una vez se denominaba el orden constituido, la política son las garras sobre la historia, la presa del ave rapaz sobre el botín, que debes saber utilizar con inteligencia, del modo adecuado y en el momento oportuno. ¿Cuánto hay de esto, cuánto ha quedado de esto, que sin duda ha estado presente en la cultura y en la acción de la que hoy se llama izquierda? Casi nada. Creo que aquí radica exactamente la razón fundamental de la derrota.

La anomalía Italia es un caso de manual para razonar sobre este tema. Cuando se habla de ella, todo el mundo parte del siguiente hecho: aquí ha existido el partido comunista más fuerte de Occidente. Partido nacional popular, de oposición gobernante, me parece la definición justa, no solo porque administraba áreas importantes del país, sobre todo en la Italia central, sino porque en el Parlamento de hecho gobernaba desde la oposición. Cultura gramsciana, política togliattiana: los comunistas italianos constituían un partido específico, bien definido, del movimiento comunista internacional. Tampoco sé hacer en este caso la crónica histórica minuciosa de lo que

sucedido después. También aquí es rica la publicística al respecto. Aconsejo la síntesis elegante e irónica, pero fiel a los hechos, contenida en un agudo librito de Francesco Cundari, *Déjà vu* (il Saggiatore, 2018). Pero vuelvo al tema. El delito de haber reducido a la izquierda italiana al rincón miserable en el que se encuentra ahora debe tener un culpable, más allá del destino cínico y tramposo. Creo haberlo encontrado. Como de costumbre habrá otros cómplices y colaboradores, pero el principal imputado que debe sentarse en el banquillo de los acusados solo es uno: el propio estrato político poscomunista. Puedo afirmarlo, porque el asunto no lo he conocido, no lo he estudiado, lo he vivido: por pertenencia, por convicción, por pasión. Así pues, se trata también de una autoacusación. Me siento yo también en el banquillo de los acusados y desde ahí respondo a las objeciones de ese severo fiscal, que es el pueblo poscomunista.

La nave de la izquierda ha perdido mástil y velas —«[...] sin timonel en gran tempestad»— y ha ido a la deriva hasta el riesgo de hoy: el hundimiento en el abismo...

Albergo una incertidumbre sobre la fecha de inicio de la deriva. Cuanto más pienso en ella, más tiendo a retrotraerla. Seguramente un punto de inflexión crucial fue la muerte trágicamente imprevista de Enrico Berlinguer. Recuerdos. Estaba entonces en el Comité central del PCI, llamado por el propio Berlinguer cuando, abandonado el compromiso histórico, el partido pasó a la denominada política de alternativa. Entonces existía un procedimiento, muy sabio y racional, para la elección de un nuevo secretario. Los miembros del Comité Central eran convocados, uno

por uno, ante una pequeña comisión, para que indicaran su preferencia. Propuse el nombre de Alessandro Natta, que aseguraba una continuidad con el periodo berlingueriano. Sobre la mesa estaba la opción por una personalidad perteneciente al ala *migliorista*, cuyo líder era Giorgio Napolitano. El problema que en ese momento dividía al partido era el tipo de relación que debíamos tener con los socialistas de Craxi. A este respecto debo decir una cosa. Si en el PCI se podía hablar, no sé en qué medida, de una izquierda y de una derecha como dialéctica no ligada a corrientes, «de sensibilidad» como se decía entonces, mi ubicación era de izquierda. El secretario, incluido Berlinguer, era como norma una persona adscrita al centro. Pero la cosa que quiero decir, y confesar, es esta. Sin acogerme a un banal sentido retrospectivo, pero vistas las réplicas de la historia subsiguiente, no sé si la elección de Natta fue la correcta. No por la calidad, el valor y también la cultura de la persona, de dotes indiscutibles, sino quizá porque, ya desde entonces, mediados de la decisiva y desaforada década de 1980, precisamente la opción centrista ya no era la adecuada. Había que decidir por una u otra de las opciones alternativas. Y debo, por honestidad político-intelectual, dejar constancia de un hecho que me parece evidente. De los escombros, ni siquiera de las ruinas, que son una cosa más seria, del terremoto de 1989-1991, con todas las consecuencias que hemos padecido, quien ha salido mejor parado, conservando hasta hoy una lucidez al menos de lectura de los acontecimientos, han sido precisamente los exponentes de esa ala *migliorista* o reformista como es más oportuno denominarla. Me he preguntado por qué. Quizá por un cultivo más intenso de la cultura política, pero sobre todo por una idea de

la política práctica, más realista, menos ideológica. Y la razón de fondo la enunciaría como sigue: en el escenario posterior al PCI, una decidida identidad socialdemócrata, cortada de acuerdo con el modelo del SPD, respecto al cual son conocidas todas mis reservas y distancias, habría tenido al menos el mérito de aportar una claridad comprensible. En cuanto a las formas que realmente han prevalecido, todas de nuevo centristas, materializadas en la forma del Partito Democratico della Sinistra (PDS), de los Democratici di Sinistra (DS), por no hablar del Partito Democratico (PD), no se ha comprendido nunca qué demonios de animal político querían poner en marcha para ofrecerlo después a los ojos de ese mundo del pueblo, que tenían la pretensión de representar. Que, por otro lado, esa opción socialdemócrata sea todavía hoy la forma válida en un contexto social y políticamente totalmente transformado, es asunto sobre el que albergo mis más profundas dudas.

Y no obstante una congoja de pensamiento me dice que quizá un lento inicio de la deriva se remonta directamente al periodo posterior a Togliatti. Existía entonces un grupo dirigente de escuela togliattiana de notable espesor político. El carisma de un líder se mide también por esto: si forma en torno a él una clase dirigente de nivel, que logra sedimentarse para cuando el líder ya no esté. Y esto se ha verificado. Bastaría el elenco de los nombres. También de Togliatti partían dos posibles líneas de conducta alternativas, que él, sin embargo, había enseñado a mantener juntas en el mismo partido. Sé que voy a decir ahora una cosa escandalosa. No la dice nadie, porque no puede decirse. La digo yo que no tengo necesidad de obtener consensos. Lo que las dos alas,

de forma diversa, no han conservado posteriormente a largo plazo ha sido precisamente el corazón de la lección togliattiana: la duplicidad. Digámoslo con claridad: la duplicidad no es otra cosa que una categoría de lo político. No la puedes descartar moralmente. Porque si lo haces renuncias a la autonomía de lo político. Y te encaminas a serios infortunios. Porque sales del dictado de la política moderna, que, entre tantas otras cosas, siempre ha contemplado la «disimulación honesta». La política debe arraigarse en valores, mejor en principios, y debe actuar por intereses, mejor por necesidades. Estoy obligado a repetir lo que ya he afirmado en otras ocasiones: la política camina sobre dos piernas, el conflicto y la mediación, que no son alternativas sino complementarias. Si utilizas únicamente una de las dos piernas o tropiezas o caes. El largo camino que quiere llegar a una meta exige el doble paso. El togliattiano «venimos de lejos y vamos muy lejos» quería decir esto. El movimiento obrero histórico tenía en el cuerpo las dos almas, la revolucionaria y la reformista. Como Goethe: «*Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust*»: dos almas habitan en mi pecho. La política es tanto Fausto como Mefistófeles. Musil decía, hermano y hermana, Ulrich y Agathe, «no divididos, no unidos». Sé también esto: además de indecible es también tremendamente complicado. Pero, precisamente, la *Beruf*, profesión-vocación por la política, no es un derecho natural innato, es una conquista personal «donde la madurez lo es todo».

En su conjunto, el estrato político comunista ha llegado sin la suficiente preparación, culturalmente sin la preparación necesaria, al *Zusammenbruch*, al hundimiento de la totalidad del propio mundo. No

se ha mostrado a la altura del desafío histórico que lo emplazaba. Esto me hace volver a pensar en los límites de la cultura propia de los comunistas italianos, en ese aparato, sin duda de alto nivel, que podemos definir gramsciano-togliattiano. Digo volver a pensar, porque son para mí reflexiones ya efectuadas y dichas, que me han llevado desde hace tiempo a buscar en otros sitios nuevos recursos, sobre todo teóricos, en la gran cultura del siglo XX, pero no solo, europea y sobre todo *mitteleuropea*. Debo decir de nuevo, sin embargo, por honestidad intelectual, cualidad que valoro sobremanera, que el drama fue humanamente vivido por todos los implicados con gran dignidad y verdadero sufrimiento en los dos congresos de disolución del PCI. Y yo lo he vivido junto a ellos.

Bueno, me doy cuenta de que estoy pontificando demasiado. Es fácil juzgar hoy desde los aposentos de un estudio lo difícil que era entonces moverse en la tempestad de los acontecimientos. No quiero transmitir la idea del intelectual sabelotodo que, a diferencia de tantos, había comprendido ya todo entonces. No, no había comprendido todo en ese momento, lo he comprendido, o creo haberlo comprendido, tiempo después. Pero después lo he pensado. Y antes, en un librito titulado *Il tempo della politica* (Editori riuniti, 1980), ya había incluido la crítica a la praxis y la cultura de los comunistas italianos. Mientras que en la década de 1980 los ensayos publicados en la revista *Bailamme*, recogidos después en *Con le spalle al futuro* (Editori riuniti, 1992; Traficantes de Sueños, 2016), documentan un afán intelectual, que de algún modo presagiaba el terremoto político. Si se ojean los ensayos, los libros, las entrevistas, los

discursos de estas décadas, me parece que no he pensado en otra cosa que en esto. Así pues, no solo puedo hablar como he hablado de ello hasta este momento con consciente «conciencia infeliz» hegeliana, sino que opto por hablar de ello aquí de modo áspero, neto, franco, en ocasiones desagradable para quien lo lee, con la intención de romper lo que en un hermoso libro fue llamado «el silencio de los comunistas», que contenía, entre otras cosas, una seria contribución de Alfredo Reichlin. Este es el momento de la reflexión profunda. En general, es necesario tocar el fondo para tomar impulso y volver a subir. Y el fondo ha sido tocado. Y es posible, necesario y urgente comenzar a subir de nuevo.

Seguramente el bienio 1989-1991 fue intenso y terrible. Pero durante el mismo se registró una intensa participación popular y se produjeron discusiones políticas apasionadas sobre la propuesta de un «nuevo inicio», avanzada por el último secretario del PCI Achille Occhetto. ¿Tras ese bienio cae el telón sobre el «caso italiano»?

No sé si fue el último acto. Sin duda alguna ahí no solo acaba algo, sino que comienza otra cosa. Y ahora es el momento de volver a hablar de ese «nuevo inicio». Sobre todo, las soluciones organizativas practicadas tras la desaparición del PCI se han mostrado improvisadas y, por consiguiente, insuficientes y por ende incapaces de asegurar, lo digo así, una «transición dentro de una tradición». Leamos bien esta fórmula, que no es, que no quiere ser, la repetición de la fórmula ritual: la renovación en la continuidad del inolvidable 1956. La transición de abandono del PCI, incluido nombre y símbolo, era debida. Pero era necesario ponerla, precisamente,

en una tradición, la de la historia de larga duración del movimiento obrero y de ella no salir, como en realidad se ha hecho. Hacía falta, en realidad, asumir el gran tema de la herencia de la cual una fuerza política con finalidades históricas no puede nunca y no debe nunca privarse. Porque aquí está la identidad, es decir, la capacidad de ser reconocido y, por consiguiente, el reclamo a la pertenencia. Me ha sorprendido una cosa que dijo una vez Ratzinger de su Iglesia: que no debía actuar por proselitismo, sino por atracción. Y, exacto, lo que ha venido a faltar en el periodo posterior al PCI es la capacidad de atracción: porque no se ha comprendido quién era el que hablaba.

He hablado del primado que asigno en política a la función del sujeto. Es el tema del partido: como Príncipe moderno, según el pensamiento genial de Gramsci, como subjetividad colectiva, según la práctica del movimiento obrero. Aquí radica el gran vacío tras la desaparición del PCI. No se ha sustituido la vieja jirafa togliattiana por algo similar. Estoy siempre ahí, con Maquiavelo, recomendando una forma de animal político humano, que sea al mismo tiempo «zorro y león». No se ha infravalorado el tema, ha sido ignorado. Se ha seguido la aproximación política de un Gorbachov, que para reformar el socialismo había comenzado por dismantelar el partido. Pero este constituía los cimientos del sistema. Dañados estos, el edificio se ha hundido. Era preciso recomenzar la reforma del sujeto. Algo análogo podemos afirmar respecto a nuestra situación. En cierto momento se ha decidido que para apuntar al gobierno del país hacía falta abandonar el interés de partido. O todavía peor, que el sujeto político

verdadero fuese ahora el gobierno que ocupaba el puesto del partido. Querría comprender, si nos hemos dado cuenta, vistas las réplicas de la historia, de que este esquema no ha funcionado. Aquí radica la causa fundamental, que ha producido el dramático alejamiento, en realidad el litigio, entre pueblo y política. El gobierno te obliga justamente a actuar desde lo alto de lo político. Si no dispones del instrumento del partido, que te asegura una verificación continua, cotidiana, de consenso que emerge de la base social, te equivocas también en la acción de gobierno. Y acabas por ser visto como un cuerpo separado, cerrado, sordo, extraño al interés no de tu partido sino de tu parte. Pregunto: ¿no ha sucedido exactamente esto? La alternativa, no practicada, era también en este caso la de un doble movimiento, otra forma de duplicidad política, consistente en maniobrar las dos palancas contemporáneamente: el gobierno en el terreno institucional, el partido en el campo de lo social.

Sostienes que el desastre viene de lejos. Pero hoy, tras las elecciones generales del 4 de marzo de 2018, estamos en el punto más bajo tocado por la izquierda en la Italia republicana [...]. A menos que a alguien hoy, parafraseando a Gian Carlo Pajetta, no le venga a la cabeza sostener (o tuitear): «Nosotros tenemos razón, es la situación la que está equivocada...».

Sí, el desastre viene de lejos. No es solo cuestión de las últimas secretarías del Partido Democratico, ni de las últimas coaliciones de gobierno. Desde que comenzó en la década de 1990, y ha continuado en la de 2000, hemos asistido al consabido baile de nombres y de símbolos, y se ha creado ahí el primer

cúmulo de esa desorientación política del pueblo que ha explotado hoy. Ya el nombre de Partito Democratico della Sinistra no era una gran denominación. Después ha desaparecido la p de partido y la denominación ha pasado a ser Democratici di Sinistra. Después ha reaparecido la palabra partido, pero ha desaparecido la palabra izquierda. Todo ello acompañado de símbolos improbables: la *Quercia* [roble, haya], con la bandera del PCI a sus pies pronto eliminada, luego el *Ulivo* [olivo] y la *Unione*, y no sé si me dejo alguno. Hablo ahora brevemente de mí mismo. He seguido disciplinadamente esta trayectoria hasta un umbral, que me ha parecido insalvable. He abandonado, cuando ha desaparecido la palabra partido. No podía aceptarlo. No solo se seguía la pésima historia de la pulsión antipolítica, sino que se alimentaba precisamente en la forma más violenta, la del antipartido por principio. Cuando esa palabra se ha recuperado en la forma de Partito Democratico, ello se ha debido a que la más que evidente inspiración en el modelo estadounidense la neutralizaba absolutamente. Como organización de partido, esa experiencia, no por casualidad, no ha nacido jamás. Desde entonces no he vuelto a tener carnet de partido, que conservaba celosamente desde 1951. Con dolor, existe también, para quien no lo sepa, un dolor político, me encuentro en la condición de un intelectual de parte sin partido. Recuerdo y me repito a menudo una frase, que pronunció Laura Lombardo Radice, mujer de Pietro Ingrao, entonces anciana como su compañero: «Teníamos que hacernos viejos para volvernos a encontrar sin partido».

En el abandono del PCI se debía evitar ante todo y a toda costa la escisión. No se ha dividido un

partido, se ha dividido un pueblo. Y era este el verdadero tesoro del partido: el pueblo comunista. No se debía despilfarrar esa herencia. Ahí ha comenzado la mutación devastadora de las dos izquierdas, la una contra la otra, armadas siempre, incluso cuando colaboraban. Una fuerza de izquierda no puede derogar la ley férrea, que afirma lo siguiente: ningún enemigo a la izquierda. Si lo hace, inevitablemente se desliza por la pendiente de la pérdida de identidad, porque ofrece la idea de izquierda a otros con el agravante de confiarla, en la práctica totalidad de los casos, a formaciones minoritarias. La peor afrenta que puede hacerse a la idea de izquierda es reducirla a minoría, porque ello quiere decir condenarla a perder. La ilusión que ha ocupado la mente de gran parte de los poscomunistas, que tenían todavía de su lado a la gran mayoría del pueblo comunista, es que, marcando la distancia respecto a esa minoría política, habría podido conquistar la mayoría con otro electorado, genérico, abriéndose el camino hacia el gobierno. Ahora podemos verlo: ha sido un desastre que esta ilusión haya tenido, en determinado momento, cierto efecto de realidad de la mano de las victorias electorales del centro-izquierda. No nos hemos dado cuenta de que se trataba de condiciones totalmente puntuales: la larga, anómala y agotadora estación berlusconiana, que no dejaba espacio para pedir más izquierda, dado que todos se hallaban ocupados en reclamar una *union sacrée* contra el corruptor de las gentes. O también, la emergencia de la crisis económica a partir de 2008, que imponía gobiernos de responsabilidad nacional, fórmula que ha significado siempre la llamada de la selva para los comunistas italianos. Es cierto: esa experiencia indudable de buen gobierno ha obtenido también

resultados y además ha hecho salir al país de la crisis, pero, ¿cómo resolvemos el problema de que, de este modo, también de este modo, se ha puesto el propio país en las peores manos, realmente en las peores, que puedan imaginarse? Me gustaría también que se reflexionase sobre este tema.

Me viene en mente en esta tesitura un autor que estimo sobremanera: Giorgio Gaber en su extraordinario monólogo titulado «Qualcuno era comunista» afirma en cierto momento: «Alguno era comunista, porque quien estaba en contra era comunista». ¿No crees que, durante estos últimos decenios, el grupo dirigente de los partidos de la izquierda, en particular el poscomunista, ha buscado excesivamente la legitimación por parte de las (presuntas) élites? Y ello acompañado de dos evidentes paradojas. La primera que ese mismo grupo dirigente ha sido percibido como élite por la opinión pública sin serlo realmente: no será una pura casualidad si, cambiado el viento, los denominados «poderes fuertes» han puesto de patitas en la calle a esos mismos interlocutores en busca de legitimación... La segunda es que millones de personas han abandonado el campo de la izquierda, optando por privilegiar movimientos que fundan el consenso en plataformas digitales privadas y en eslóganes engañosos como ese que afirma que «uno vale uno»...

El drama, al menos para mí, políticamente insoportable, es una izquierda constituida por gente acomodada y una derecha nutrida por quienes no tienen nada. Volveré sobre este asunto, porque la autorreferencialidad del estrato político, de gobierno y de administración es percibida a través de esta imagen. La raíz de la antipolítica de masas radica aquí. Y se expresa en estas dos formas discrepantes y al mismo

tiempo complementarias: el abstencionismo electoral y la movilización en las calles, sea esta real o virtual. Ambas son formas de pasividad política, un fenómeno de pasivización popular, porque la protesta solo individual, que no hace presencia colectiva, no hace ni sociedad ni comunidad.

Es la otra cara de la consigna liberal: te las tienes que arreglar por tu cuenta, con tus capacidades y tus méritos, y si no te las arreglas, como le sucede a la mayoría que no se las arregla, debes reivindicar por ti mismo, debes protestar solo, debes expresar toda tu rabia solo. El uno vale uno de Grillo dice la misma cosa: estás solo, en tu web, fuera, contra todos. Es preciso desenmascarar este engaño. ¿Cómo? Retomando la iniciativa, organizando grandes campañas de reorientación política.

La reforma más necesaria y más urgente, que no veo, sin embargo, a la orden del día, es la reforma de los sujetos colectivos, de lucha y de consenso, de representación y de acción, sindicatos y partidos, dotados en torno a ellos de nuevas formas solidarias de movimiento y de cooperación, de mutuo socorro social y de prácticas políticas de base. La relegitimación de la política pasa a través de la restauración de una relación de confianza entre lo bajo y lo alto, entre pueblo y élite. Una empresa ardua, dado el estado de cosas actual, pero la única quizá en grado de reabrir un proceso regenerativo, diría redentor, del espíritu público, ahora en agonía.

Para que tenga éxito no hay más que recolocar las dos piernas del conflicto y de la mediación. Se trata de una operación, que no puede desencadenarse sino desde arriba. Mi idea es que lo bajo de lo

social y lo bajo de lo político, esto es, los trabajadores y los ciudadanos, deben ser el punto de referencia, no pueden ser el punto de la iniciativa. La antipolítica no se combate con democracia inmediata, porque hoy la democracia inmediata se ha convertido en una expresión de la antipolítica. La antipolítica se bate refundando, mediante nuevos institutos, la democracia organizada. Y si para esas instituciones son necesarias las reformas, para los sujetos sociales y políticos es necesaria una revolución. Pero si no se verifica una neta transformación en la cultura política de la izquierda actual, en su totalidad, nada sucederá.

En consecuencia, ¿un partido estructurado de izquierda, para devolver representación a fragmentos de sociedad, debe transformar en profundidad la relación existente entre interés general e interés de parte? Añado que me parece una empresa difícil, muy difícil, para clases dirigentes, que se han inmolidado ante el altar del (¿presunto?) interés general. Últimos ejemplos en orden cronológico: el apoyo al gobierno de Monti (2011), la oposición al gobierno amarillo-verdinegro (Movimento 5 Stelle y Lega-Salvini Premier) de 2018, donde la izquierda es por desgracia percibida también, aunque no lo es, como la quinta columna de algún tipo de espectro europeo...

Sí, ha llegado el momento de poner finalmente en discusión la realmente difícil relación entre interés de parte e interés general. Gramsci pronunciaba la bellísima y sagaz frase siguiente: «Vosotros llevaréis el país a la ruina y entonces nos tocará a nosotros, comunistas, salvarlo». Pero la pronunciaba ante el Tribunal Especial Fascista. No puede repetirse con un tuit ante el ridículo acuerdo de gobierno firmado

por el M5S y la Lega. A los millones de personas que lo están pasando mal, que carecen de medios, abandonadas y justamente enfadadas, que han dado la espalda a la izquierda, no puedes repetirles de nuevo, como he oído hacer, la máxima áurea: primero el país, después el partido. Esas personas necesitan, repito, necesitan, de un partido que se haga cargo de su situación cotidiana para cambiarla hasta los cimientos y eso lo piden mudos y solos, desesperados y enfurecidos. Ello se observa, por si fuera precisa la prueba, en el impresionante último *Rapporto Censis*. Para saber escuchar esas voces es precisa una conciencia, que se corresponda con la que resuena en el seno de ese pueblo abandonado. Yo había aprendido desde crío, precisamente en la escuela comunista, que únicamente atendiendo al interés del partido se atendía al interés general, en cuanto interés popular, de la gran mayoría de la población. Lo sé, vivimos todos en un mundo diferente de aquel. Pero de un «¿qué hacer?» siempre hay una necesidad renovada. Hoy haría falta reescribirlo colegialmente. No basta un congreso de partido. Mucho menos basta el rito laico de las primarias. Es necesario efectuar una vasta consulta a escala de pueblo: para comprender bien qué ha sucedido en el seno de ese mundo, donde ha sucedido algo que no hemos comprendido. Y después, juntos, esencial, a partir de esa base proceder a una profunda transformación radical de la mentalidad política de la izquierda actual.

Son estos dos temas los que debemos afrontar ahora. Están muy ligados entre sí. La mentalidad cultural democrático-progresista ha dejado de comprender al pueblo. Y el estrato político sobresaturado de esa cultura ha dejado de provenir de este y

no ha ido a su encuentro. Porque esa cultura no es de pueblo, es de élite. Y las dos izquierdas, la denominada moderada y la denominada radical, que se diferencian tal vez en el terreno social o en el terreno institucional, como ha sucedido violenta e inútilmente hace poco, se hallan unidas no obstante por la misma cultura, que también es precisamente una misma mentalidad. Y este es el motivo por el cual la política y la organización de la izquierda-izquierda no logran recuperar el consenso que pierden las políticas de centro-izquierda. Ni la una ni la otra son reconocidas como partidos del pueblo. En cada elección, con independencia del tipo que sean, las dos posiciones se encaminan hacia el mismo destino. Esto es así desde hace años. Cada vez se registra, se constata, se repite que el centro de las ciudades vota a la izquierda, las periferias votan a la derecha. Y se habla de ello, sí, pero como si se tratase de un problema como cualquier otro. Y, por el contrario, se trata del problema de los problemas. Es el punto de catástrofe de todo un modo de acción política. Si es así, y en estos momentos normalmente es así, no es que nos hayamos equivocado en algún aspecto, es que nos hemos equivocado en casi todo. No quiero ponerme sentimental: todo el discurso hecho hasta este momento no va ciertamente en esta dirección. Pero debo confesar una desazón que sabe de esa cosa complicada que es la propia existencia en el mundo, en este tipo de mundo. No me siento cómodo estando de la misma parte que los acomodados, mientras quienes no tienen nada están en la otra parte. No soy capaz de estar con quienes a las nueve de la tarde entran en el Auditorium contra aquellos que a las seis de mañana salen de casa. Es exactamente esto lo que, para retomar una expresión para

mi muy querida, «no se puede aceptar», no se puede seguir en esa dirección, no se puede continuar así por más tiempo.

¿Es imaginable una «revolución de cultura política», que desmantele, si he comprendido bien, el pensamiento democrático-progresista que desde hace más de veinticinco años parece la única brújula de las clases dirigentes de la izquierda política?

No es la primera vez que digo estas cosas. Las repito desde hace años. Y las han dicho otros innumerables análisis y reflexiones más documentados que los míos. Pero en el estado, al mismo tiempo salvaje y monopolista de la comunicación tal y como se halla configurada hoy, es como si nadie las hubiera dicho jamás, dado que no se les presta atención alguna. En el banquillo de los acusados debe sentarse esta izquierda de los derechos o, mejor, de tan solo los derechos. Porque los derechos de las personas, los derechos civiles, son una cosa seria y ¡ay! si una izquierda moderna no se ocupa de ellos. Se ha hablado tanto de la diferencia existente entre las cosas que se hacen y la percepción que de ello se tiene a escala de masas. Pues bien, desde el punto de vista del pueblo se ha percibido que esa era la única identidad de esas izquierdas. Tal vez no era así, pero, ¿por qué se ha comprendido de este modo? Esta es la pregunta, que no se ha planteado. Creo que una respuesta a la misma podría ser la siguiente: se ha impuesto la idea de que como partidos y como gobierno, estas izquierdas no habían comprendido el tremendo impacto social de la crisis económica. El «gran miedo» financiero ha producido recesión económica, que, si bien se ha iniciado en Estados Unidos para

luego llegar a Europa, ha concluido en ese país mucho antes que en el continente europeo. Ha sido de todas formas una crisis larga, lenta, profunda, que ha creado fracturas articuladas mediante diferencias y desequilibrios en lo que quedaba de las viejas clases sociales, también ellas ahora desarticuladas, desintegradas de modo tal que ya no eran como antes. Y, por consiguiente, ya no representadas por las fuerzas políticas de antaño. La nueva cuestión social producía una mutación a escala de pueblo e imponía un recambio de élites. Y esto a escala mundo, porque la crisis era por lo general mundial. Las izquierdas continuaban presentando al pueblo el palimpsesto, programático y proyectual, previo a la crisis, cuando con la Tercera Vía se creía que se gobernaba el desarrollo. Estas izquierdas han demostrado, que carecían de la más mínima sensibilidad política para ocuparse de las tantas, tantísimas, víctimas de la crisis. No han sabido transformarse. Y la demanda del cambio ha pasado a otras manos, poco recomendables, pero a su modo convincentes.

La crisis capitalista había derribado la ideología democrático-progresista y los demócratas progresistas no se habían dado cuenta de ello.

Este es el punto central. Si no se parte de aquí, no se vuelve a caminar. Una cultura política de las necesidades sociales debe acompañar, no sustituir, a una cultura de los derechos civiles. Y todavía digo más. Sobre este punto debe percibirse una radical mutación de línea: un trastrocamiento de jerarquía entre lo civil y lo social. No basta con un remiendo, es preciso cortar de nuevo el traje. Hace falta un brusco cambio de marcha: claro, visible, comprensible. Lo digo en mi lenguaje: una decisión de pensamiento

fuerte. La elección democrático-progresista ha sufrido la hegemonía del pensamiento débil. Las ideologías del fin de las narraciones ideológicas, para parafrasear esa bella frase, han producido el desierto y lo han llamado paz social. Han dejado de reconocerse en los conflictos verdaderos donde poder invertir verdadera política. De ello ha surgido una papilla de buenos sentimientos, que giraban en el vacío y no atrapaban nada de la nueva dura realidad, que golpeaba inclemente sobre las condiciones de vida de las personas. Contemos cuántas veces se dice la palabra ciudadanos o ciudadanas y cuántas la palabra trabajadores o trabajadoras. En esta desproporción radica una distorsión de la realidad de las cosas. La existencia cotidiana para la gran mayoría de las personas está marcada por el trabajo o, peor, por tener un trabajo precario o por no tener trabajo o, también, por la posibilidad de perder el trabajo: y las diversas generaciones se hallan situadas en esta escala. La participación en los destinos de la *polis* viene después y se halla totalmente marcada por la situación en el puesto de trabajo o, repito, por la falta de un puesto de trabajo. Aquí un poco de materialismo vendría bien. Y vendría bien un poco más de derechos sociales: constitución republicana *docet*. Contemos cuántas movilizaciones en la calle se han organizado relacionadas con reivindicaciones humanitarias y cuántas sobre la plaga de los accidentes de trabajo. Los demócratas han propalado la idea y el pueblo la ha *sgamato* [cogido al vuelo], dicho en dialecto romano, de creer verdadera la noticia falsa de que ya no existe la explotación del trabajo.

Benjamin acusaba a la socialdemocracia clásica de haber debilitado, si no directamente aniquilado,

la fuerza del proletariado, sustrayéndole esa forma de recurso mesiánico que era el odio de clase. Un lenguaje hoy improponible. Pero puede decirse con las palabras hoy disponibles que algo similar ha sucedido de nuevo. El deslizamiento liberaldemocrático de lo que queda del socialismo moderno ha abatido literalmente la voluntad de lucha contra los verdaderos enemigos de las clases subalternas, la potencia de fuego de los intereses económico-financieros, entre otras cosas responsables de la crisis que las había golpeado. En presencia de este vacío ha sido fácil, mediante una operación programada desde arriba, orientar el impulso de la contestación popular, que siempre y de innumerables formas se verifica en esta sociedad dividida, contra enemigos falsos: el estrato político, las instituciones representativas, la inmigración, Europa y un sinfín de blancos más. Se ha encontrado en la antipolítica el lazo que ligaba el conjunto de estas pulsiones y se ha denominado todo esto, impropriadamente, populismo. ¿Podemos afirmar que la totalidad del bloque de izquierda se ha limitado simplemente a mirar el despliegue de este proceso, ocupado como estaba en otros asuntos de gobierno o, peor, de partido? ¿Podemos decir que no se ha aferrado la astucia de la razón que esta vez remaba en contra? Podemos decirlo sin duda alguna. Y yo lo digo aquí con toda la conciencia de poder estar equivocado y me decido a decirlo e intento decirlo no con una satisfacción mal disimulada, sino en realidad con una enorme preocupación desolada.

Lo que estás delineando es la tentativa de transformar radicalmente una dilatada y fallida línea política. Pero,

¿pueden los actuales grupos dirigentes de la izquierda ser capaces de llevarla a buen puerto?

Veamos. Precisemos. ¿Qué quiere decir «revolución de la cultura política»? No tiene nada que ver con «revolución cultural», recuerdo de una pésima experiencia. No se trata de disparar contra el cuartel general. Se ha disparado demasiado en esta dirección. *Cultura política* no es la misma cosa que *pensamiento político*. Es una disposición mental generalizada, que orienta en un cierto modo el comportamiento práctico: sobre la base, ciertamente, de referencias teóricas comunes, pero más vagas de las que puede asegurar una elaboración de pensamiento. Con esta intención hemos utilizado previamente la palabra «mentalidad». En la cultura política de la izquierda actual no existe prácticamente traza de la tradición marxista y donde existe traza de la misma, en áreas minoritarias, no es otra cosa que ortodoxia del siglo XIX. Diría que se trata, en general, de una izquierda sin siglo XX. Vuelvo sobre este tema, lo reconozco, como si fuese para mí una obsesión. Pero se trata de una reflexión estratégica. Prescindamos de utilizar esta fórmula del «siglo breve», que se ha decantado en un uso banalmente periodístico no ciertamente por culpa de su más que serio inventor, Hobsbawm. Es, en realidad, uno de los siglos más longevos por la intensidad de los acontecimientos históricos, que ha dejado en herencia a los tiempos por venir. La izquierda actual no ha invertido un gramo de pensamiento sobre la trayectoria trágica de la historia, que estaba inmediatamente tras sus espaldas. Y de este modo no ha sabido de dónde venía verdaderamente. Para esta izquierda la Ilustración está todavía ahí sana y salva sin que la definitiva crítica

frankfurtiana y el fracaso de la razón burguesa, decretado precisamente por el siglo transcurrido, la haya afectado en absoluto. Los sagrados principios de la Revolución Francesa –*liberté, égalité, fraternité*– son todavía el programa máximo. Los demócratas, a fuerza de correr detrás del progreso y de empujarlo hacia delante, han vuelto atrás, a la Liga de los Justos, que Marx de un salto había superado con la Liga de los Comunistas. La más ardiente posición radical en el horizonte liberaldemocrático es una genérica reivindicación liberalsocialista. Y justicia y libertad, ahora renovada en libertad y justicia, es de hecho el eslogan más propicio para templar los corazones de esa minoría ilustrada, que se denomina estrato medio reflexivo. Es una constatación, no una acusación: muerto el PCI ha renacido el Partito d’Azione, esta vez finalmente, y ahora relativamente, «de masas». La cultura *azionista* es prácticamente, hoy, la cultura política de la izquierda italiana. Combatir las prácticas populistas con estas ideas es como ir a la guerra desarmados. Togliatti en un determinado momento retiró la confianza al gobierno presidido por Parri para otorgársela a un gobierno presidido por De Gasperi. Entre una límpida élite intelectual y una ambigua fuerza popular partidaria del *totus politicus* la elección no era excepcional, era normal. Quien no comprende estos episodios y los contempla siempre como traiciones de la propia pureza moral, por favor, que no se involucre en política. Lo digo genéricamente. Existen tantísimas otras nobles ocupaciones...

What is left?, en el doble sentido que adquirió la pregunta, hace muchos años, en el inglés de Steven Lukes: qué es la izquierda y cómo es la izquierda. Ha

caído en mis manos un librito de Donzelli, que incluye intervenciones sobre este tema de personalidades como Bobbio y Dahrendorf, Gorz y Rorty, Glotz y Walzer, Sartori y Veca. ¿Sabéis cuál es su título? *Sinistra punto zero*, año 1993, apenas después de «los nuevos inicios» de 1989. Confirmación del hecho de que el problema no ha nacido el 4 de marzo de 2018. Escribía Giancarlo Bosetti, editor de esa discusión: «Mientras las fortunas de la izquierda política en Europa continúan antojándose vacilantes o sombrías, surge la pregunta siguiente: ¿ha concluido la apnea de quienes han continuado y continúan considerándose “de izquierda”, aunque desconozcan, con la seguridad de antaño, qué quiere decir esto? ¿Hemos tocado fondo para apoyar el pie y dotarnos de impulso e iniciar la subida? ¿O el fondo se halla todavía más abajo en los abismos?». Quizá el fondo del abismo ha llegado ahora. Pero la caída comenzó entonces, a principios de la década de 1990, cuando, tras esa era de restauración que fue la década de 1980 y el subsiguiente punto de catástrofe, totalmente incomprendido, de 1989-1991, se verificó la que hemos denominado, retomando una expresión conocida, la mutación genética del estrato político de la izquierda. Ahí no se cerró una vía, se cerraron las dos vías que el movimiento obrero había percibido y acometido, la clásica de la socialdemocracia y la histórica del movimiento comunista. La formación económico-social que habían producido una y otra, el capitalismo de la industria y del proletariado, declinaba. Pero «lo nuevo que avanza», un capitalismo ordoliberal financiero y depredador, no era liberador, era, si ello es posible, todavía más opresivo. Daba un paso adelante la civilización y dos pasos atrás la civilidad. Pero ese estrato político no tenía

la más mínima idea de la diferencia/oposición entre *Zivilisation* y *Kultur*. Se trataba de categorías elaboradas por el pensamiento conservador fuerte, que el pensamiento débil progresista no conocía y no comprendía. No era preciso desarmar, como se ha hecho, al ejército que había combatido la lucha de clases, sino suministrarle nuevas armas para luchas en realidad muy diferentes de aquellas. Pero luchas, conflictos, para nuevos sujetos alternativos contra un enemigo también él de tipo nuevo: fundar otro pueblo para la misma causa, eterna, del rescate de todos aquellos que se hallan abajo, que están sometidos y que para no estar más ahí tienen necesidad de una fuerza, sin duda de una fuerza y ahora y siempre de una fuerza, no de una charla, no de otra charla y aún todavía de otra charla más. Quieren confiarse a una potencia política organizada que ante todo les defienda, porque son débiles y tienen que vérselas con los poderosos. Y quieren formar parte de un sujeto político, que demuestra que está en condiciones de representarles, de organizarles, de promoverles, de emanciparles y a la postre de liberarles.

Cuando pronuncio la palabra fuerza estoy más que acostumbrado a percibir la percepción escandalizada de repulsa por parte de los exponentes de la izquierda de los buenos sentimientos. Hoy, cuando nos enfrentamos a personajes chabacanos de esta nueva derecha-mundo, la cual cotidianamente muestra los músculos con sus actos y con sus palabras, que alza el tono, que grita y provoca, parece desconsiderado seguirla en este terreno. Pero fuerza no es esto. La ejercida por esa derecha-mundo es otro modo de ejercitar la violencia. Y la violencia se combate precisamente con la fuerza. Un partido

político muestra su fuerza, cuando sabe organizar la protesta, cuando sabe obtener éxitos, cuando sabe arrancar resultados, esto es, cuando saber derrotar en el campo de batalla al adversario. La imagen simbólica de la fuerza yo la veo en una foto que tengo en mi estudio y en la cual siempre me inspiro: una fila de obreros con el mono puesto y los brazos cruzados en ademán de rechazo del trabajo hasta que el patrón no ceda a sus reivindicaciones. Volvamos siempre ahí, vuelvo siempre ahí: a la *lectio magistralis* que nos ha sido impartida desde lo alto de la cátedra de las luchas obreras. Quien no ha aprendido esa lección carece políticamente de algo esencial.

Somos todos culpables por no haber encontrado y practicado la vía capaz de ir más allá de la gran historia del movimiento obrero, sin repetirla y sin cancelarla: aceptando la herencia para invertirla en una nueva empresa, siempre alternativa. De la Tercera Vía no estaba equivocado el significante, estaba equivocado el significado. Resultaba legítimo pensar en una provisoria vía intermedia entre capitalismo y socialismo, pero no solo para gestionar este capitalismo, sino en realidad, gobernando, para utilizarlo con otros fines, que gradualmente lo superasen. Y esto, entre política y organización, hacérselo comprender a las masas, cuando todavía existían en su disponibilidad. Grita venganza la pérdida de esa ocasión, cuando las izquierdas estaban en el gobierno prácticamente en toda Europa antes de que el siglo acabase y cuando tal vez esa provisoria vía intermedia habría permitido que este no muriese como se le ha hecho morir. Resultado: la ausencia total de un zarpazo, que habría puesto el destino histórico del continente en otras manos.

Repito: nadie está libre de culpa y todos y cada uno de nosotros deberíamos reflexionar sobre la propia. Si se repasan muchas de las cosas que he escrito y dicho durante las décadas de 1980 y 1990, lo recordaba hace un momento, se encuentran todos estos temas y problemas. No se efectuó un descubrimiento, pero se verificó al menos la investigación. Me parece que he aferrado ahí el sentido trágico de esa transición histórica, precisamente lo que faltaba y todavía falta a la comediente mentalidad progresista insensatamente contraria al siglo xx. El siglo xx ha sido el siglo de los inicios y del fin: ahí todo ha comenzado y todo ha terminado. Con el fin del siglo xx acababa un mundo y se insinuaba otro, diverso, pero no ciertamente mejor: mucho más seguro, abierto y prometedor para las clases dominantes, tanto más incierto, cerrado y desesperante para las clases subalternas, las cuales en esa transición perdían la perspectiva de la transformación radical de su situación y, por lo tanto, la voluntad de lucha para lograrla. No era poca cosa, era casi todo. No se rompían sus cadenas, sino que se preparaban y se ofrecían otras a estas clases subalternas no ya de hierro, sino de un material tecnológicamente más resistente, tal que no percibías ni sentías que las llevabas encima.

En lo que me he equivocado junto con otros y a diferencia de otros es en que esa investigación se ha verificado en su totalidad en el ámbito del pensamiento. Me he dedicado a un «¿qué pensar?» en vez de dedicarme a un «¿qué hacer?». Un error intelectualista. Para un intelectual *totus politicus*, como el que creo ser, constituye un error imperdonable. Debería haber hecho más política y menos cultura política, a pesar de la enorme importancia que otorgo

y que siempre he otorgado a esta última. Entonces era el momento. Hoy tal vez sea tarde. He tocado con la mano este retardo en mi última experiencia en el Senado. Me encontraba haciendo política en un contexto nacional y, paradójicamente, también parlamentario ahora dominado de uno u otro modo por la antipolítica. Es cierto que la forma de pensamiento cultivada por mí carecía de espacio político entre aquellos a quienes se dirigía. Debería haber hecho una cosa: no dejar de lado ese pensamiento, sino ponerlo entre paréntesis. Adaptar ese pensamiento, enmascararlo, honestamente disimularlo.

Es la segunda vez que citas a Torquato Accetto y su sólida investigación sobre la hipocresía y el conformismo en la sociedad italiana del siglo XVII...

No puede teorizarse el primado de la política sin practicar esta. Quien piensa la política debe hacer política. Y, viceversa, quien hace política debe también pensarla. De otro modo tenemos, como hoy, pensadores políticos, políticamente del todo inútiles, y políticos prácticos intelectualmente del todo insólitos. La política es un compuesto químico de dos elementos inseparables, pensamiento y acción. Pueden dislocarse de diversos modos en el tiempo, ahora en el retiro eremítico, ahora en la ciudad, por expresarlo de forma figurada, pero, espero, comprensible. Cosa que he hecho. Siempre he amado con desmesura, quizá por propensión natural, la máxima *bene vixit qui bene latuit* [ha vivido bien quien ha sabido estar escondido]. Pero así no se practica ciertamente la política activa. Por otro lado, vivir escondido es una obligación, que se ha convertido en ética, en la era totalitaria de la comunicación. Y, además, los

actores políticos verdaderos no aman los reflectores. Se sienten perturbados por la luz que les ciega. Tienen necesidad de la sombra para hablar al corazón y a la mente de las personas. Discurso en su integridad, este, complicado a fin de cuentas para decir una cosa simple: en la transición de época verificada en el periodo inmediatamente posterior a 1989-1991, era preciso sumergirse totalmente en la práctica. Dejar los libros y lanzarse al combate, precipitarse en el vórtice como decía Ingrao. Se lo digo, para futura memoria, a algún muchacho o muchacha que en estos tiempos tristes tenga todavía ganas de optar por el noble arte de la política: recordad, no cuenta tu verdad, aunque haya sido conquistada con un enorme esfuerzo de pensamiento, cuenta esa verdad, que tal vez no sea tuya o sea de otros, que sirve para obtener resultados para la parte por la cual combates. No serás comprendido. Pero lo importante no es ser comprendido. Lo importante es comprender. Y actuar en consecuencia. Hace muchos siglos, en la década de 1960, se me ocurrió escribir una frase, que entonces gustó mucho. Hoy, creo, gustará igualmente poco: «Sin lágrimas por las rosas...».

Pero ahora debemos afrontar un asunto de desconcertante actualidad. Lo hago, también en este caso, a mi modo. No quiero hablar de populismo. Quiero hablar de pueblo.

5. Pueblo

PROFESOR, dices que tienes ganas de hablar de pueblo. Al respecto cito un fragmento de una entrevista que concediste a La Repubblica en los primeros meses de 2016 firmada por Concetto Vecchio: «Cada mañana, desde hace muchos años, cojo un autobús que pasa bajo los ocho puentes del barrio romano de Laurentino 38. Mi medio de transporte para ir al Senado es el 776, después la línea de Metro B y luego para llegar al Coliseo cojo otro autobús. El 776 es un autobús donde más o menos nos conocemos todos y donde prevalece el descontento de una humanidad desesperada. Este pueblo de periferia lo hemos perdido. Y no hoy: hace diez años votaba a Alleanza Nazionale, hoy vota al Movimento 5 Stelle. La izquierda debe partir de nuevo de estas personas, si todavía quiere tener un futuro». ¿Falta solo añadir el crecimiento espectacular de la Lega en la extrema periferia romana, donde tú vives, y tendríamos todos los elementos de lo que cualquier dirigente político de la izquierda ha descubierto una vez concluido el escrutinio de las elecciones del 4 de marzo pasado?

Exacto. Falta la proeza de la Lega: en el fondo, el hecho más impredecible de las últimas elecciones y

sobre todo de lo que ha sucedido después. Recordarás que tiempo atrás se hablaba en la izquierda de «conexión sentimental» de los grupos dirigentes de partido con las personas del pueblo al que pertenecían. Respecto a estos nuevos movimientos, sin embargo, cuya existencia fotografía y registra un malhumor que se ha coagulado entre los estratos bajos de la formación social y también en un cierto estrato intermedio de la misma, me parece observar una especie de «conexión pulsional». Una pulsión no se interpreta, se expresa. La pulsión de estos estratos se expresa inmediatamente a escala de movimiento, de partido y ahora desafortunadamente de gobierno y de este modo se reproduce. Fenómeno, por otro lado, no inédito históricamente y no exclusivo de nuestro país. Un modo de hacer política de una derecha tradicional, no ciertamente de la liberal, que hoy ha dejado de existir, sino de la nueva vieja derecha actual, la de Trump, la de Le Pen, la de Orbán, la de Salvini y, a su modo, la de Grillo-Casaleggio. Quien, entre nosotros, no vea en el Movimento 5 Stelle la misma posición orgánicamente de derecha, está ciego precisamente del ojo derecho. Hoy la antipolítica es la derecha y la derecha es la antipolítica.

Pero abordemos el tema en su totalidad y no lo cojamos por los pelos. Hemos hablado anteriormente del doble sentido que la crisis de la política asume en la anomalía italiana: crisis del estrato político y también crisis del sentimiento popular. La segunda inducida por la primera. De hecho, nos encontramos ante una cierta indescifrabilidad de los comportamientos de masas, al menos yo lo percibo así. Es un tema que tenemos que analizar. Y no podemos eludirlo diciendo, como se habitúa a decir en televisión:

los electores siempre tienen razón. Es preciso comprender, leer, analizar, descifrar en fin qué quieren decir esos comportamientos. Y tener en cuenta que de exigencias justas se extraen decisiones equivocadas. En tiempos, por otro lado, de dictadura de la comunicación, se registra el hecho de que quien dice mejor mentiras prevalece sobre quien dice mal la verdad. En suma, que quien vende ilusiones vence sobre quien expresa razones. Las orientaciones colectivas no son en sí mismas virtuosas. Y ni siquiera por sí mismas inteligentes. Si fuere así, sería facilísimo ejercitar ese arte, en realidad difícilísimo, de gobernar. Decía Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia*: «La masa no desarrolla jamás por iniciativa propia opiniones definidas. Menos todavía se halla en grado de articularlas, de traducirlas en actitudes y acciones coherentes. Todo lo que puede hacer es seguir, o negarse a seguir, la dirección de grupo que ofrece sus servicios». Por ello, precisamente cuando se habla de pueblo, salta al primer plano la elucidación de esa delicadísima cuestión que es la formación y la selección de los gestores de la cosa pública. Hoy, más que cualquier otra cosa, es devastadora esta contraposición de pueblo y élite. De ello no puede surgir nada bueno para nadie. No hay verdadero pueblo sin clases dirigentes y no hay verdaderas clases dirigentes sin pueblo. Prestemos la debida atención al asunto: actualmente no es posible ni construir cohesión social ni organizar conflicto social. Vivimos en una tierra de nadie. Un mundo sin corazón y sin cerebro. Con pocos individuos heroicos y grupos de resistentes que en los pliegues de lo social despliegan una preciosa acción de solidaridad y de mutualidad en medio de la cínica indiferencia de la masa y la sórdida incuria del palacio. Pero para

«dominar con inteligencia los acontecimientos», recogiendo ese último mensaje que nos dejó Aldo Moro, hace falta la política, razonada y organizada, no la que registra, sino la que orienta. Y también aquí resulta decisivo saber de dónde se viene. Se viene de una larga historia de revueltas populares o de alguna otra parte, no precisada y no comprendida. Hemos dicho: la izquierda en un determinado momento ha mostrado que no sabía de dónde venía. Mi sospecha, y ello agrava el problema, es que ya no ha querido decir que venía de ahí. Luego, cuando muestras que no sabes de dónde vienes, muestras también que no sabes a dónde vas. Y produces una pérdida literal de orientación, que se transmite de arriba a abajo. Lo alto puede orientar a lo bajo tanto como puede desorientarlo.

Hoy innumerables actores políticos invocan un pueblo del cual se yerguen paladines, que afirman representar o querer representar. ¿Es un terreno fértil de arar en la actual comunicación simplificada y superficial?

Planteemos el problema del siguiente modo para profundizar en el tema: ¿qué es hoy el pueblo? Me ha sucedido en otras ocasiones citar este episodio de historia. Por iniciativa de Federico II de Prusia, la Real Academia de Ciencias y Letras de Berlín convocó en 1778 a las más excelsas personalidades intelectuales europeas para que se enfrentaran a esta cuestión, sugerida por D'Alambert: «¿Le resulta útil al pueblo ser engañado, bien para ser inducido a cometer nuevos errores, bien para ser confirmado en los que se encuentra?». El matemático y filósofo Frédéric de Castillon, uno de los dos vencedores del concurso, favorable a la utilidad del engaño, se

expresó del siguiente modo: «Una enorme cantidad de palabras, que utilizamos continuamente y que por ello creemos que comprendemos en la totalidad de su significado, no son en realidad claras hasta el fondo, sino para unos pocos privilegiados. Así sucede con las palabras “círculo” o “cuadrado”, de las cuales se sirve todo el mundo, cuando en realidad tan solo los matemáticos tienen una idea clara y precisa de su significado; así sucede igualmente con la palabra “pueblo”, que tantos labios pronuncian, sin que la mente aferre su sentido auténtico». Me parece comprender que hoy, tanto aquellos que se definen como populistas, como quienes así los definen, de una parte y de la otra, no aferran la palabra «pueblo». Dejemos estar al bíblico pueblo de Dios, de Moisés y de Pablo, dejemos estar la mítica *ágora* de los griegos. Concentrémonos en nosotros, nosotros modernos, no todavía posmodernos. De Castillon, por su parte, daba esta definición: «Habitualmente se entiende por “pueblo” la mayoría de la población, dedicada casi incesantemente a ocupaciones mecánicas, ordinarias y fatigosas, y excluida del gobierno y de las responsabilidades públicas». En una exhaustiva entrada de «Pueblo», a cargo de Francesco Mercadante, en el volumen xxxiv de la *Enciclopedia del diritto*, inmediatamente en su introducción podemos encontrar una definición análoga, anticipada en el tiempo y útilmente politizada por nosotros: «En las actas de los Estados Generales, convocados en 1614, figura ya expresamente formulada la apelación “política” del Tercero en la fraternidad de los tres Órdenes. La respuesta de la nobleza llegó inmediatamente de modo decidido: “Ninguna fraternidad con el Tercero”. No toleramos que los hijos de los tejedores y de los zapateros nos llamen hermanos,

ni que la diferencia entre nosotros y el Tercero sea diversa de la que divide a los señores y los siervos». Cincuenta años antes Michele Soriano, embajador de Venecia ante la corte de Francisco II, definía a los nobles como «aquellos que son libres». Pensamiento generalizado y dominante para los siglos modernos, que permitirá a Lamennais, autor de *De l'esclavage moderne* (1839), comentar: «Si, por consiguiente, el carácter propio y específico del señor es ser libre, el carácter propio y específico del pueblo es no serlo». Y no creamos que todo cambiará con la Ilustración, la Revolución francesa y las constituciones liberales. Charles Péguy, intenso pensador y poeta, de inspiración cristiano-socialista, muerto en combate en la Primera Guerra Mundial, escribirá en *De l'anarchisme politique* (1904): «Sería interesante componer y anunciar por doquier una Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano en la cual se recogiese en redonda todo lo que aísla a los individuos y en cursiva todo lo que los une: tipográficamente nos sorprendería cómo las dos mitades de esta Declaración se contraponen entre sí. El ser humano es libre, pero no es libre; el ser humano es igual, pero existen distinciones; los seres humanos son hermanos, pero se combaten y así siguiendo». *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* (1980), el famoso libro de Reinhard Bendix, nos cuenta el paso de la autoridad medieval de los reyes al mandato moderno del pueblo. *The mandate to rule*: ¡cuántas veces la modernidad del capitalismo ha prometido y no mantenido esta promesa, que ha servido siempre y únicamente a sus fines de desarrollo, de cambio y, a través de guerras y crisis, de su propia consolidación! La historia del siglo xx, en sus recurrentes transiciones de los liberalismos a los totalitarismos y luego a las democracias,

si es que hace falta decirlo, ha confirmado todo esto. Pero entre las innumerables contribuciones disponibles, para quien desee profundizar en el asunto, aconsejo esos volúmenes del editor Viella, *Il governo del popolo*, una colección de ensayos procedentes del *ancien régime* hasta nuestros días, editada por los aguerridos Giovanni Ruocco y Luca Scuccimarra.

Durante los últimos siglos, el pueblo se ha materializado en dos grandes formas de expresión: como pueblo-nación, en la figura del Estado político, y como pueblo-sociedad, en la práctica de la lucha de clases. Pueblo, antes que una idea, es una realidad, está en la historia en tanto que subjetividad viviente, lo político de una parte, lo social de otra. Degradar el pueblo a opinión pública, en la forma de la «gente» electoralmente capturada con la pulsión antipolítica, es una operación neoreaccionaria. No olvidemos que el verdadero sujeto de esta operación no es el conjunto de estos más que viejos demagogos, portadores de un cambio hacia atrás, que no merecen ser llamados populistas: estos han sido la recua de intendencia que ha seguido a los procesos mencionados. El motor propulsor de la totalidad de esta fase, la del «fin de la historia», ha sido este último capitalismo, que ha elevado a potencia ordenadora, con el ordoliberalismo, la reacción contra el siglo xx. De aquí provienen todos los desastres que soporta hoy el mundo. En este cuadro global las fuerzas de transformación deben abordar el problema de la mutación genética verificada del pueblo respecto al concepto sociopolítico, que la modernidad nos había legado.

¿Es este también un legado de lo que no quieres llamar «siglo breve»?

Inmediatamente detrás de nosotros se halla una fase larga, que se prolonga por más de tres décadas, de trastrocamientos múltiples de las formas de vida. Y tras ello un doble proceso estructural de innovación en los ámbitos económicos, financieros, tecnológicos y comunicativos, por un lado, y de restauración en los ámbitos social, político, ideológico y antropológico, por otro. Debemos tener siempre presente este doble dato material, en absoluto contradictorio, que condiciona fuertemente la coyuntura: no para sufrirlo, sino para oponernos al mismo, domeñándolo intelectualmente, contestándolo políticamente. Cada día, a cada hora, escuchamos el ritornelo de la misma canción: todo ha cambiado, nada es como antes y tras ello el elenco de las *novitates* acaecidas. Ello es absolutamente cierto, nada que objetar, este discurso es legítimo y necesario. Con una condición: que se reconozca que ello constituye la mitad del mismo. La otra mitad, que nadie dice, es que todo sigue permaneciendo de hecho como antes. Ha cambiado totalmente la forma del capitalismo, ha permanecido la sustancia histórica del capitalismo: relación de sociedad, relación de poder. Si no se añade esto, «se engaña al pueblo» y nos convertimos en un sujeto subalterno a lo que es y, en realidad, a lo que deviene. Porque si decimos únicamente que todo ha cambiado, es forzoso extraer la consecuencia de que también nosotros debemos cambiar totalmente. Y, por el contrario, no debemos. Se trata de cambiar las formas de la organización, de la política, de la cultura, de la comunicación, conservando la sustancia, la crítica tradicional de todo lo que existe, en realidad, repito, de todo lo que hoy deviene lo que es. Y todavía más. No basta decir que la sustancia del viejo mundo sigue vigente. Es preciso decir que la

fórmula «todo ha cambiado» ha servido ideológicamente para mantener las viejas relaciones reales. Ha servido para estabilizar, para ordenar, para regimenter, por hacer una pequeña concesión al léxico foucaultiano, todo lo que era y todo lo que devenía. Lo nuevo ha sido utilizado en función de lo viejo. Respecto a lo ya dicho hasta aquí, nos interesa añadir lo siguiente: la que previamente denominábamos y que a continuación seguiremos denominando por convención izquierda ha echado una buena mano a la hora de consumir este proceso.

A la postre, sin embargo, esa izquierda política que «ha echado una buena mano» ha sido arrollada y se encuentra en uno de los momentos más difíciles de su propia historia.

El precio que ha pagado está ante los ojos de todos. Pero qué precio ha pagado su pueblo, esto todavía lo tenemos que comprender. No se trata de un tema académico, no es un asunto de investigación sociológica, tampoco de reflexión politológica. Que otros hagan este útil trabajo. Para mí se trata de una espina clavada en la carne. Y así, de este modo, el problema no lo trato, lo siento. El pueblo ha sufrido un retroceso en términos de conciencia política. Ha sido obligado a retroceder de las tierras, que había ocupado tras haberlas despejado de las ideas dominantes que son ahora y siempre las ideas de las clases dominantes. Las famosas posiciones conquistadas vemos que han sido abandonadas una tras otra. No es que hubieran desaparecido las razones de las luchas, es que esas razones no encontraron ya las fuerzas para hacerlas valer: subjetividad, organización, dirección, voluntad. Este ha sido el hecho dramático, el *actus tragicus*, que ha acompañado nuestro tiempo.

La grandeza del siglo XX, que exactamente por ello ha hecho época, es que esas razones habían encontrado sujeto, pensamiento, potencia. Y entre luchas y organización se habían impuesto. La política había producido historia.

Hay que comprender esto y sé lo difícil, si no simplemente imposible, que resulta hacerlo en estos momentos, en el campo en el que me encuentro hablando, dominado por este progresismo democrático totalizante. No hay un pueblo-todo, hay un pueblo-parte. El punto de vista de parte hace del pueblo un sujeto político. Sin punto de vista de parte, no hay políticamente pueblo. Lo hay sociológicamente en la democracia que no obstante se dice política. Lo hay desde el punto de vista nacionalista en una inconsciente parodia de unidad-totalidad de pueblo en los totalitarismos. Dos formas de neutralización y de despolitización del concepto de pueblo. El término «pueblo comunista» es ásperamente contestado por los teóricos (y los practicantes) de lo nacional-popular. Pero pueblo comunista tenía un sentido en el partido y por el partido que se decía, y que continuó diciéndose al menos hasta Berlinguer, partido de la clase obrera. Este, que fue su último dirigente, fue acompañado simbólicamente, y no por casualidad, justo por ese pueblo en lágrimas que le escoltó hasta su última morada. Y fue la jornada memorable, yo la siento todavía así, que prefiguraba el funeral del PCI. Cuando esa denominación de partido de la clase obrera fue abandonada, unos pocos años antes de la disolución del PCI, no se extinguió solo el pueblo comunista, sino el concepto-realidad político de pueblo. Debemos saber que cuando hoy decimos «estratos populares» estamos manejando

un concepto vago, genérico, quizá estamos efectuando una investigación, tal vez una buena investigación, pero abocada a describir una condición, una posición de presencia únicamente social, que no por casualidad resulta inasequible e irrepresentable políticamente. Hoy tenemos la prueba de ello. Esa condición puede ser asumida y representada realmente por posiciones antipolíticas.

Lo que ahora es definido y se define como populismo, se encuentra dentro de este embrollo. ¿Qué nos dice el hecho de que *populism* y *narodnicestvo* hayan dicho, más o menos al mismo tiempo, esto es, durante los últimos años del siglo XIX, si bien de formas diversas, prácticamente la misma cosa, que no tiene que ver en absoluto con lo que hoy denominamos populismo? ¿Qué dicen esos dos nombres en esas dos lenguas, más allá de constatar la previsión toquevilliana de que EEUU y Rusia serían los dos grandes protagonistas del siglo XX? De la crítica de los populistas estadounidenses nace la edad madura de la democracia en EEUU. Y de la crítica de los populistas rusos nace la teoría y la práctica de la revolución en Rusia. Este último asunto nos atañe de modo particular. El joven Lenin, que como socialdemócrata combate contra los «amigos del pueblo», realiza sobre este campo el análisis correcto del desarrollo del capitalismo en un país atrasado. Es el método justo. El populismo ha indicado siempre un problema. Un problema real. También hoy es preciso partir de este señalamiento, si bien corrompido por la miseria del tiempo y de sus protagonistas, para remontarnos a la necesidad de efectuar un análisis de las condiciones presentes, económicas y sociales, políticas, institucionales y, añadido, psicológicas

de masas y antropológicas individuales. El populismo es la forma, una de las formas, en las que se repropone periódicamente el problema irresuelto de la modernidad política, la relación existente entre gobernantes y gobernados. La novedad radica en que el fenómeno ha sobrepasado el umbral de las sociedades menos avanzadas, básicamente regidas por economías agrarias y caracterizadas por masas campesinas. Y ha alcanzado, de formas inéditas, las formaciones sociales que se dicen posindustriales y los sistemas políticos que se dicen posdemocráticos.

Gino Germani, gran intérprete del fenómeno, leía de modo perspicaz el populismo como el tránsito de la tradición a la modernidad, en cuyo curso fragmentos de una y de la otra convivían y se combatían entre sí. Se refería sobre todo a América Latina, pero el discurso vale también para el populismo de los orígenes, el ruso y el estadounidense. Lo que hoy se denomina populismo describe la transición de la modernidad a la denominada posmodernidad, denominación que pretende significar algo que nadie sabe bien qué demonios es: porque, visto lo visto hasta la fecha, lo posmoderno aparece como un planeta inquietante, humanamente deshabitado, un mundo sin alma, solo cuerpos, virtuales, en todo caso, cuerpos sin carne, apéndices de las máquinas, únicas criaturas que siguen siendo inteligentes. La deriva –no la llamemos populista por respeto a las correspondientes insurgencias del pasado, denominémosla mejor demagógico-antipolítica, enfermedad de las viejas sociedades avanzadas– expresa en su fondo oscuro esencialmente todo esto. La forma político-institucional o, mejor, dicho de modo más correcto, antipolítico-institucional, es el nuevo

Leviatán de la democracia inmediata, aliñada de democracia recitativa, para decirlo con la lúcida fórmula de Emilio Gentile. Un monstruo en absoluto apacible, armado como lo está de esa violencia sutil, que es el consenso plebiscitario, *macroanthropos* animalizado, revestido de centelleantes ropajes participativos, que esconden la nuda vida de la cesión de soberanía de la plebe al último jefe, que incluso puede no ser carismático.

En lo que hoy en día se denomina populismo no hay pueblo y no hay príncipe. Y lo que hemos aprendido desde críos de una vez para siempre, la lección maquiaveliana de que «para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe y para conocer bien la de los príncipes hay que ser popular», esta lección, para que de nuevo sea capaz de darnos sus frutos, debe contar con la reemergencia de los polos verdaderos del conflicto caracterizado por sus nuevas cualidades asumidas. No me preocupa la democracia iliberal. Para combatir el autoritarismo todavía existen innumerables personas razonables dispuestas a hacerlo. Me parece más peligrosa esta democracia liberal totalizante, apolítica y antipolítica, que encuentra a muchas más personas de sentido común dispuestas a asumirla. Esta democracia describe el aparato ideológico más adecuado a nuestro tiempo, porque enmascara y al mismo tiempo garantiza el funcionamiento real de esa relación real de poder, cuya existencia ni siquiera conocen los demagogos del cambio. Dentro de ese aparato está todo: la dictadura de la comunicación, la vieja siempre nueva sociedad del espectáculo, la civilización del entretenimiento, la última retórica de masas, la retórica de la red, la interactividad como instrumento

de subalternidad. Consecuencia: todos hablan de política sin saber nada de ella, haciéndolo sin mirar desde los lugares bajos hacia los montes y desde los lugares altos hacia la llanura, sino girando en torno a sí mismos, esto es, *girando en redondo* ante el palacio, charlando de una cosa u otra, todos entrenadores de la selección nacional de fútbol, porque son los únicos que saben cómo se ganan los partidos.

Tengo la impresión que en esta parte de tus reflexiones, profesor, vuelves a esa crítica expresada en otra parte de nuestra conversación sobre las consecuencias a medio plazo «más que negativas» de 1968, en particular en lo relativo a esa incapacidad de distinguir entre autoridad y poder. Pero la pregunta sigue abierta: ¿puede salvarse el pueblo del populismo?

Ernesto Laclau, en su importante libro *On Populist Reason* (2005), junto con Chantal Mouffe, en *On the Political* (2005), así como Margaret Canovan en *Populism* (1981), sientan el análisis correcto del populismo a partir de cual podemos proceder para poner al día y adecuar este al caso italiano. Es la trayectoria correcta. Este planteamiento confirma cuanto hemos comentado sobre la anomalía italiana, la de ayer y la de hoy. La anomalía de ayer contaba con grandes fuerzas políticas sólidamente ancladas sobre componentes populares presentes en la historia social: el *popolarismo* católico, la tradición socialista, la diversidad comunista. Como había pueblo, no había populismo. Al contrario de lo que sucede hoy, cuando hay populismo, porque no hay pueblo. Resulta útil, resulta indispensable en realidad, el concepto político de pueblo. De esto se trata. ¿Cómo y cuándo se ha disuelto este concepto, que hemos denominado

concepto-realidad? No vale la respuesta siguiente: cuando esas componentes populares se han disuelto objetivamente en la sociedad. Esas componentes no han muerto de muerte natural. Podemos elegir si han sido asesinadas o se han suicidado. En mi opinión, han sucedido ambas cosas: objetivamente asesinadas por el nuevo capitalismo, subjetivamente suicidadas por una izquierda progresista y por un catolicismo democrático, que no ha estado a la altura del desafío. Esto es, por una operación organizada desde lo alto, de sistema, que ha utilizado de este modo el cambio de forma del capitalismo respecto a su composición social, y por una cesión de estas instancias políticas, de sus respectivos representantes políticos, en lo referido al desarme entreguista de sus respectivos grupos dirigentes. No, esa disolución del pueblo ha sucedido al mismo tiempo y en el mismo contexto de la disolución de la idea y de la práctica de clase. Y no porque la condición social de clase hubiese desaparecido, sino porque se había abandonado la referencia política a la misma. Esa condición social de clase no había desaparecido, simplemente se había modificado profunda y radicalmente. Hasta el punto de dejar de ser claramente visible. Y esto, el hecho de ya no hacer visible el conflicto central, había sido el verdadero éxito de ese cambio, de esa total transformación realmente, de hegemonía, introducido por la reacción conservadora contra los *trente glorieuses* transcurridos entre 1945 y 1975. Todo esto estaba contenido en esa frase de Thatcher: no existe la sociedad, existen únicamente los individuos. Y todo ello era objeto de práctica en el reaganismo económico. No haber comprendido esta transición como el grito de batalla de una nueva estación de luchas sociales y de movilización

popular, en realidad haber coqueteado con la novedad de este individualismo posesivo, portador ilusorio de magníficas oportunidades para todos, ha sido el verdadero punto de cierre para toda posibilidad y practicabilidad de una transformación de mundos y de vidas. Cuando decimos formas de mundo, formas de vida, parecería que saltamos a lo abstracto, cuando en realidad es preciso comprender que, a propósito de pueblo, así se desciende a lo concreto. *Porque ahí lo concreto, en política, es lo vivido.*

¿A qué te refieres, profesor, con la expresión «referencia política a una condición social de clase»?

No he sido jamás un marxista ortodoxo. Mucho menos siento serlo ahora. No solo no creo, a tenor de los dictámenes del materialismo histórico, que la totalidad de la historia de la humanidad sea la historia de la lucha de clases, si no que ni siquiera creo que lo sea de la totalidad de la historia de la formación económico-social capitalista. Las clases, en el sentido marxiano, y también leniniano, las veo limitadas a la fase del capitalismo estructurado por la gran industria. Ha habido clases «cuando existía la clase obrera», por citar el título de un libro de nuestro inolvidable Aris Accornero [*Quando c'era la classe operaia: Storie di vita e di lotte al Cotonificio Valle Susa*, 2011]. Pero la separación, la diferencia y el contraste entre lo bajo y lo alto de lo social y de lo político, siempre se verifica como larga duración, aunque deba leerse en las diversas formas en las cuales se presenta en la contingencia. La condición social de clase se hace política cuando asume un punto de vista propio. Y entonces se contrapone a un punto de vista opuesto. Y esa condición se hace tanto más política,

cuanto mejor se halla prácticamente organizada y mejor teóricamente fundada. El concepto de pueblo, lo repito, quiere decir que el pueblo no es el todo, sino que es una parte. Y no se contrapone al todo, como sucede en la demagogia falsamente populista, sino a otra parte, históricamente bien determinada. Cuando el criterio de lo político no ocupa, esto es, no lee, no interpreta y, por consiguiente, no representa el espacio y el sentido de este conflicto se crea un vacío. Y como en política el vacío de lo social no existe, ese espacio es rellenado por soluciones que, en su totalidad, siempre, tienen un signo restaurador. En el siglo xx estas soluciones fueron autoritario-plebiscitarias, hoy son democrático-plebiscitarias. En ambos casos tienen una única vocación totalitaria. Con una diferencia, fuerte, que tenemos que poner de relieve. La actual pulsión antipolítica de masas no es dictada ni indicada por el antiguo comunitarismo de sangre y suelo. No nos dejemos cegar por el soberanismo, que tiene su razón de ser en una contingencia europea y quizá migratoria y tal vez securitaria. El fenómeno es más de fondo, se halla más radicado y es más peligrosamente duradero: dictado, casi impuesto, por la adaptación agresiva, desde abajo, a la descomposición de todo vínculo social. Yo lo leo como el último zarpazo vencedor del individualismo de masas, producido por el neoliberalismo del último capitalismo. En el curso de esta transición de fase totalizante, atravesada y fracturada además por una larga y verdadera crisis, el pueblo político, en su seno íntimamente solidario, se convierte en una descompuesta muchedumbre encolerizada de individuos solitarios.

Así pues, ¿cómo se combate no el populismo, sino la muchedumbre, o sea, la multitud de individuos solitarios entre los cuales prevalece, como ha sugerido recientemente Giuseppe de Rita, la política del rencor?

De la pulsión del rencor ha hablado, quizá el primero, Aldo Bonomi en el curso de sus investigaciones sobre las regiones del nordeste en la transición de lo que él ha denominado capitalismo molecular. Me convence siempre quien, jugando seriamente con las palabras, introduce conceptos en el discurso. Quien sostiene, por ejemplo, ante la realidad de hoy: no digamos «*popolocrazia*» de acuerdo con el último libro de Ilvo Diamanti y Marc Lazar, sino digamos mejor «oclocracia», distinguiendo entre *demos* (pueblo) y *oclos* (muchedumbre). No se trata siquiera de un planteamiento enteramente nuevo. Ya a finales del siglo XIX Gustave Le Bon escribía *Psychologie des foules* (1895). Y al calor del surgimiento de los totalitarismos del siglo XX el tema adquirió una dramática actualidad. Después, en la marea triunfante de la democracia, de la sociedad de masas, sobre todo a partir del caso de Estados Unidos, inspiró los estudios sobre la «muchedumbre solitaria». Esta es la característica de la muchedumbre: una multitud de individuos que se suman sin reconocerse. Internet expresa esto a la perfección. Es la *novitas* más clamorosa del momento. Todos y cada uno de nosotros, en casa, delante de una máquina, hablamos solo con nosotros mismos, creyendo que hablamos a todos. Cada uno de nosotros, en todas partes con nuestro teléfono móvil, cree estar en contacto con todos, mientras únicamente estamos solos en medio de muchos. Esta suma de soledades constituye lo que se llama opinión pública.

En la opinión pública, decía ya Hegel, es al mismo tiempo todo verdadero y todo falso. Esta es la posverdad moderna. La política, actualmente reducida a una administración cualquiera, sigue y ejecuta. «La opinión pública –decía Schmitt– es la forma moderna de la aclamación». Conviene releer de este autor, con espíritu crítico atento y lúcido, el capítulo tercero, y sobre todo los párrafos 17-20, de su *Verfassungslehre* (1928). Una de las definiciones de la democracia es precisamente *government by public opinion*. El inglés es debido, porque se adapta bien al modelo del *Westminster consensus*. Dejo de lado otras definiciones tuyas, que merecen caer en el olvido, que convocan identidad y homogeneidad en un concepto totalizante de pueblo, que sabemos a dónde ha llevado. Volvamos a esa idea de pueblo de la cual hemos partido al inicio de este discurso: el pueblo como parte. Escribe Carl Schmitt: «Pueblo son, en un significado especial de la palabra, todos aquellos que no son excelentes o distinguidos, todos los no privilegiados, todos aquellos que no destacan por la propiedad, por la posición social o por la educación (dice Schopenhauer: “Quien no comprende el latín pertenece al pueblo”»).

Las personas que hacen pueblo son siempre estas. Pero la unidad en absoluto homogénea que las comprende cambia al cambiar las condiciones sociales e institucionales. Lo que nos encontramos ahora ante nosotros es el pueblo después de la clase. Ha habido un pueblo antes de la clase, uno en presencia de la clase, hay otro después de la clase. Nosotros, al menos aquí en Europa que procedemos de una cierta cultura, yo entre ellos, hemos conocido ese pueblo reunido por una referencia, por una pertenencia de

clase. Eran los siglos XIX y XX de la sociedad industrial. Ahí, no únicamente la clase, sino la lucha de clases ligaba al pueblo. Y a través de ello, no contradictoriamente, con el conflicto creaba cohesión social. La división en clases, visible, explícita, porque era representada sindicalmente, políticamente y también institucionalmente, hacía sociedad. Cuando se ha disuelto esta forma, esta conformación, histórica de la natural anarquía capitalista, hemos perdido la brújula, que nos orientaba en el tiempo. Aquí está la razón objetiva de la crisis política de la izquierda, que debemos poner al lado de todas las razones subjetivas, previamente analizadas. Esa disolución ha sido obra del nuevo capitalismo. En la década de 1960 hablábamos de neocapitalismo. Pero esto valía solo para Italia. Ese capitalismo, el de la gran industria, se estaba convirtiendo en paleocapitalismo en las economías más avanzadas. El verdadero neocapitalismo es el capitalismo posindustrial, global, financiarizado, que llega contemporáneamente a la totalidad de los países de Occidente y de Oriente. Fue un descubrimiento del *operaismo*, entonces, el concepto de composición de clase. Llegados a este punto, lo que tenemos que «conocer para decidir», aprendamos también de los grandes liberales como Einaudi, es el nuevo concepto de composición de pueblo. Una realidad dispersa ya no coagulada en sólidas pertenencias de clase, fragmentada en su interior, realmente enfrentada en su seno, que en cierta medida parece reflejar el retorno a una vocación anárquica de los espíritus animales del último capitalismo: esos espíritus animales que la política de la segunda mitad del siglo XX había conseguido en parte domesticar. Pero ha sido necesaria la edad de las guerras civiles europeas y mundiales y, en su seno,

de los totalitarismos. En esa época, pueblo era *espontáneamente* un concepto político, porque era una realidad política. Sindicatos, partidos, instituciones no invertían demasiada energía en hacer su trabajo, en ejercitar su propia función. Hoy ya no es así. Quizá realmente es exactamente lo contrario. El pueblo se presenta como una realidad empapada de antipolítica, que arrastra a este terreno toda subjetividad política. Lo que no se quiere decir es que ha vencido el antisiglo xx, lo cual significa que bajo la máscara de la posmodernidad ha vencido la antimodernidad. Si no se asume y no se practica esta premisa, no se llegará a descubrimiento alguno. El discurso de los vencedores debe ser puesto cabeza abajo para hacer comprender a la mayoría que aquello a lo que asistimos no es un cambio, sino una regresión.

Por razones de claridad, ¿no sería conveniente, también en esta parte de tu discurso, «adjetivar» el término globalización como globalización capitalista?

Correcta y oportuna observación. En el discurso elaborado hasta este momento, esa adjetivación era implícita. En mis escritos precedentes se encontrará siempre este adjetivo. La globalización tiene un signo. Es un proceso estructural sobre el cual se ha impuesto un marco y al cual se ha impuesto una dirección. Un hecho económico, de vieja sustancia y de nueva forma, dotado de un fuerte significado político por medio del cual el capitalismo se ha asegurado la supervivencia. No sé si tiene los siglos contados, como decía punzantemente Giorgio Ruffolo, pero sin duda no estamos asistiendo a su fin. La suya es una decadencia de civilidad, no ciertamente de fuerza. Decíamos, pues, que junto con las graves carencias

subjetivas debemos considerar las duras causas objetivas, que se hallan en los orígenes de la condición actual del pueblo. Se habla mucho, se habla siempre, y desafortunadamente se habla tan solo, de las desigualdades surgidas al hilo de la última crisis, que ya crecían, sin embargo, antes de la misma. Ahí radica una paradoja: las cifras nos dicen que con la globalización se han superado viejas condiciones de pobreza en determinados países caracterizados por sus economías atrasadas. La misma globalización ha producido, sin embargo, nuevas situaciones de pobreza en los países de las economías avanzadas. Aquí los viejos pobres han seguido existiendo y a ellos se han añadido los nuevos pobres. Si nos fijamos en los estratos intermedios de esta sociedad organizada por el capitalismo financiarizado, una mínima parte ha logrado coger el ascensor que subía, pero la mayor parte ha sido empujada al ascensor que bajaba. Ya hemos observado cómo se ha verificado una proletarianización marxiana de sectores importantes del estrato medio. Desde el punto de vista de la opinión pública y del comportamiento electoral, este fenómeno ha tenido una importancia fundamental. El ciudadano perteneciente a ese estrato medio ha visto como retrocedía no solo en lo referido a su renta, sino también en lo que atañe al estatus. Y no se precisa de un gran esfuerzo para conocer y comprender el peso que tiene la condición psicológica de estatus. Una cosa es el excluido acostumbrado a ser tal. Otra es el incluido que se ve expulsado a una situación de marginación previamente desconocida. La reacción de rabia ha sido cuasi natural, el incremento del rencor, precisamente, como consecuencia del miedo respecto al propio futuro, se ha extendido más allá de los estratos marginados tradicionales. Ha

llegado a golpear figuras sociales que no conocían esta condición, el trabajador autónomo, el pequeño empresario, el comerciante, el profesor. Llegados a ese punto la revuelta individual masificada ha crecido cada vez más, se ha hecho proliferante, incontrolable, casi salvaje. Los profesionales de la anticasta han encontrado sobre todo en este devastado contexto el terreno extraseco para que la chispa de la antipolítica incendiase la pradera del consenso en torno a la izquierda asentada en los niveles altos de las instituciones políticas, señaladas como las únicas responsables del malestar social general.

Y no solo esto. Hay más. Había leído hace tiempo y cuidadosamente conservado, una investigación de la Fondazione Hume - *Il Sole 24 Ore*, el Dossier V/2016. El título: *La terza società*. Indicaba la cifra de 9 millones de excluidos, el 30 por 100 de la fuerza de trabajo. Y se advertía que el 45,8 por 100, residentes en el sur del país, expresaba su preferencia electoral por el M5S. 2016: a tiempo, si no para remediar, al menos para tomar nota de la situación. Y para hacerlo de forma que no lleguemos al resultado electoral de 2018, como si se tratase de una sorpresa. Ya había hablado de ello Luca Ricolfi en *Le tre società* (2007). Es un tema, italiano, recurrente. Así pues, *Le due società* de las que habló por primera vez Asor Rosa en la década de 1970, precisamente en ese año difícil que fue 1977, se han convertido en tres. Las motivaciones y las hipótesis de la Fondazione Hume eran innovadoras. Las cito ampliamente, porque han sido olvidadas. «Cuando se habla del sistema social y de sus divisiones, se hace referencia generalmente a dos tipos de fracturas fundamentales». La primera es la de los niveles de renta: se subdivide la población en

estratos, de los pobres absolutos a los superricos, en medio la vasta área de los estratos medios. En general, se trata de las encuestas por muestreo sobre los presupuestos familiares efectuadas por el Istituto Nazionale di Statistica y la Banca d'Italia. La segunda es la de las relaciones sociales: se subdivide a la población en clases sociales. Famoso el *Saggio sulle classi social* (1974), de Sylos Labini. Estos dos planteamientos muestran hoy sus límites. El planteamiento construido en función de los niveles de renta, calculada a partir de la situación económica de la familia, cancela las diferencias existentes entre preceptores de renta y miembros mantenidos o subsidiados. El planteamiento concebido en términos de clases sociales no analiza el tendencial vaciamiento de las clases sociales del pasado, obreros y campesinos. Pero la dificultad fundamental de estos dos planteamientos radica en que en el lugar primordial donde se generan las diferencias sociales, el mercado de trabajo, se halla activa ahora una minoría de la población (en el caso italiano, aproximadamente 25 millones de personas de una población total de 60) en cuyo seno los cabezas de familia que trabajan constituyen todavía una minoría más exigua (en torno a 12 millones de personas de una población total de 60). El dato fundamental es que se ha formado, al menos aquí en Italia, en estos años y decenios, un segmento social de población activa, esto es, dispuesta a trabajar, que vive una situación de grave exclusión del circuito del trabajo regular.

Así pues, la estratificación social se presenta actualmente de este modo. Existe una *primera sociedad*, la de los garantizados y la de quienes tienen un puesto de trabajo fijo: empleados *públicos*, empleados de

empresas medianas y grandes protegidos por un contrato de trabajo estable. Existe una *segunda sociedad*, la del riesgo, esto es, la de los trabajadores y trabajadoras más expuestos a las incertidumbres del mercado: obreros y empleados de pequeñas empresas, los propios propietarios de estas y los trabajadores autónomos privados de todo sistema de protección social. Y existe también una *tercera sociedad*, la de los excluidos, dispuestos a trabajar pero situados *fuera e imposibilitados* a la hora de acceder a un trabajo regular, a los que se unen los desfondados, que han dejado incluso de buscar trabajo: desocupados, trabajadores en negro, muchas mujeres, muchísimos jóvenes, incluidos aquellos que se hallan al margen de los circuitos tanto del estudio como del trabajo, ahora conocidos como *neets* (*not in education, employment, or training*) o *ninis* (ni estudia ni trabaja), muchos situados en general al margen de la vida social, sobre todo en el sur, esto es, todos aquellos que se quedan fuera de las estadísticas oficiales. El fenómeno tiene un origen de medio plazo: la tercera sociedad comienza con la crisis del sistema registrada en 1992-1994. Desde finales de la década de 1970 y durante la década de 1980 ya eran evidentes los procesos de marginación y exclusión de segmentos vulnerables de la fuerza de trabajo. Italia ocupa hoy los peores puestos en las clasificaciones internacionales respecto a este segmento social. Las fechas son elocuentes: la política, y más gravemente la política «progresista», no se ha dado cuenta de nada ocupada como lo estaba en perseguir sociológicamente y promover electoralmente a los moderados e ilustrados estratos medios reflexivos.

Fragmentos de sociedad que desde hace decenios, según tu análisis, se hallaban a la búsqueda de un hogar político, de una representación. ¿Hemos encontrado finalmente al «pueblo perdido»?

La anomalía italiana irrumpe también en este caso. Pero el punto sobre el cual debemos reflexionar es que esos excluidos hacía mucho tiempo que estaban a la búsqueda de una representación política, representación que ya no encuentran en los partidos tradicionales y todavía menos en la política en general. Sobre esos partidos y sobre la totalidad de la política en general se ha descargado la rabia rencorosa de este mundo de olvidados. La otra crisis de la década de 2000 se ha encargado de hacer de los *forgotten* un fenómeno-mundo a partir de Estados Unidos, país que el santo Obama ha entregado triunfalmente al satanás Trump. Atención: se han sobrevalorado las oportunidades que ofrecía el primero, se están infravalorando los peligros que representa el segundo. Pero para concluir el saqueo que he hecho de la investigación, que merece el gran nombre de David Hume, traigo a colación una última observación inteligente: «Llama la atención una asociación: el bautismo del Movimento Cinque Stelle, o sea, el *Vaffanculo Day* de 2007 (8 de septiembre de 2007) coincide casi milimétricamente con el inicio de la larga crisis de 2007-2014 (agosto de 2007), mientras que el ascenso del M5S se despliega en perfecto paralelo con la expansión de la *tercera sociedad* en Italia». Digamos que, si no todo, ciertamente una buena parte de la actual situación política está recogida ahí. Y decimos también que, si bien no es esta la única raíz de la rabia antipolítica, muchas de sus raíces parten de ahí. El mensaje que denominamos populista, tanto más

si es gritado, tanto más si es descargado con la violencia al menos de las palabras contra un enemigo –los partidos de ayer, la Europa de hoy, los migrantes de mañana–, es una semilla arrojada sobre un terreno fértil. La exasperación de vivir mal de modo cotidiano se reconoce fatalmente en actitudes y lenguajes furibundos. Si después esa tierra es regada con el agua de promesas demagógicas, la planta del consenso crece exuberante. Ante la anomalía de un país, ella se convierte en una respuesta casi normal. La política debe volver a zambullirse en este mar en tempestad. Y para la denominada izquierda esta tarea deviene una obligación política. Más pronto que tarde la oferta demagógica, por razones objetivas, se agotará o, mejor, debe ser llevada a su agotamiento desplegando una oposición a la misma igualmente fuerte, si bien más civil. El estrato antipolítico débil e improvisado que la cabalga fracasará. La antipolítica no funciona en los tiempos medios-largos a menos que encuentre una institucionalización bajo la forma de una democracia totalitaria. Entonces es preciso que una nueva subjetividad política logre ocupar su puesto para evitar un vacío, que de otro modo podría ser llenado por ofertas todavía peores que las actuales. Hemos observado apenas hace un momento una verdad incómoda: incómoda de decir e incómoda de hacer, especialmente para las almas bellas democrático-progresistas. Se ha verificado un retardo político del pueblo. Lúcidamente es preciso retrasarse con él, cultivando la sensibilidad ante sus necesidades y la propuesta de los correspondientes remedios. Un tipo que entendía del asunto recomendaba: un paso atrás, dos pasos adelante. Estamos atravesando un momento, una fase, un estado de excepción muy particular en el que haría falta encontrar

la capacidad de, contemporáneamente, subir con el pensamiento y descender con la acción. De nuevo, un doble movimiento. Me socorre una máxima que desde hace tiempo he adoptado como línea de conducta, que conoce bien quien me conoce: pensar extremo, actuar prudente. Para especificar: saber dónde está ahora el pueblo. E ir allí a retomararlo desde donde está para hacerlo avanzar. Indicando cuál es el enemigo verdadero que es preciso combatir. Esta y no otra es política con mayúscula. Miro alrededor y no veo el cuartel general, que pueda asumir sobre sus espaldas tal vieja/nueva tarea. Me desespero. Y hablo no sé bien a quién. No solo a quién podría hacer, sino ni a quién podría escuchar. Sin embargo, me parece una cosa realmente de sentido común: ir, ante todo, a reapropiarse del pueblo perdido, que se ha perdido. Y después volver a caminar juntos. ¿Os acordáis del cuadro de Delacroix *La libertad guiando al pueblo*, en el que vemos a una mujer con el pelo alborotado, que porta una bandera y hombres y mujeres en estado de revuelta que la siguen? O, si queréis, Charlot que rescata una pancarta del suelo, la agita y ve que de repente aparece tras él una masa de personas, hombres y mujeres que se manifiestan.

6. ¿Qué hacer?

PROFESOR, hemos llegado al final. Pero antes de abordar el tema quizá más espinoso, «¿cuál es el futuro político de la izquierda italiana y europea»? me remito a tu última respuesta, cuando el pueblo aparece guiado por una figura femenina. Me ha sorprendido que, a lo largo de nuestra conversación, tú que te defines un teórico de la fuerza, no hayas hablado en ningún momento del pensamiento de la diferencia, un pensamiento por sí mismo y una práctica en sí misma capaces de trastocar el orden constituido...

En cuanto a que el pensamiento y la práctica de la diferencia encierren en sí mismos esta capacidad albergo alguna duda. Pero me causa un gran placer esta pregunta, porque efectivamente sería imperdonable si nuestra conversación no ajustase las cuentas y no se midiese con esta vertiente esencial del problema político. Verás que se nos reprochará también el hecho de no haberlo afrontado antes y en el contexto de otros discursos. No resulta simple hablar de ello, porque ahí ha nacido también un nuevo léxico, muy original y también complejo, a tenor del cual, si te equivocas con el uso de un adjetivo

te arriesgas a sufrir diversas lapidaciones verbales. Se trata, de hecho, de un pensamiento agresivo en su radicalidad, pero esto es precisamente lo que me agrada. La «diferencia», de acuerdo con la idea que me hago de ella, tuvo el mayor impacto en el discurso público, al menos aquí entre nosotros, entre las décadas de 1970 y 1980, si bien la matriz, y constituye uno de sus legados más felices, se puede retrotraer a 1968. Yo experimenté un verdadero y propio enamoramiento hasta el punto de provocar las ironías de mis más queridos amigos. Tuve la fortuna de conocer dos de los centros más importantes del movimiento, la Libreria delle donne de Milán y la comunidad filosófica femenina Diotima de Verona, de leer sus publicaciones, de frecuentar la Casa delle donne en Roma, que entonces se encontraba en vía del Governo vecchio. He aprendido mucho de la interlocución con algunas de sus protagonistas. Me ha servido de mucho el intercambio intelectual, aquí en Roma, con una de las mejores cabezas pensantes de esa experiencia, además de pensadora política, Ida Dominijanni. La superación del paradigma emancipacionista, que se hallaba presente en la tradición del movimiento obrero, para asumir y practicar la frontera de la «liberación» me parecía un salto de gran significado político. De la paridad a la diferencia, el acto era revolucionario. Recuerdo que la onda llegó incluso al seno del PCI, donde las resistencias se hicieron sentir y es preciso decir que fue de nuevo Berlinguer, quien ofreció decididamente su respetada capacidad de acogida. El eslogan «la fuerza de las mujeres» se abrió camino con dificultad, pero penetró en la línea del partido. Aquí también lo que sucedió después supuso un retroceso. En las iniciativas feministas de hoy en día me parece constatar

más el retorno de una idea de emancipación que un impulso de la idea de liberación.

El feminismo de la diferencia ha producido cultura y buena cultura nueva. No sé cuánto ha producido de idéntica práctica. Es un tipo de pensamiento fuerte, que no ha encontrado el máximo de aplicación práctica quizá porque se ha encontrado obligado a actuar en el seno de una hegemonía objetiva del pensamiento débil. Se trata de un planteamiento conflictivo. El dos en el lugar del uno rompe la paz de las ideas. La subjetividad femenina reivindica un espacio de autonomía en el pensar y en el actuar, una presencia propia específica en la esfera pública y en las formas de vida. No ya homologación, sino diferenciación. Es *Rivolta femmenile*, como dirá Carla Lonzi. Para mí ver tesis y antítesis sin síntesis y dejando de lado la dialéctica, era un placer intelectual además de un signo de reconocido antagonismo político. Tuvimos también sin duda encendidas discusiones. No me funcionaba mentalmente lo que ellas denominaban un «nuevo modo de hacer política». Me parecía incoherente su declinación de la política como relación, mientras la totalidad del andamiaje teórico que sostenía la diferencia llevaba a una idea de la política como conflicto. Mi propia conceptualización de la fuerza no era bien recibida. Pero es un error ver en lo masculino un delirio de omnipotencia. En el pasado tal vez sí. Si existe hoy una zona de fragilidad, de inseguridad, de incertidumbre y por ende de debilidad, tal vez enmascarada por actitudes machistas residuales y tradicionales, es precisamente en lo humano masculino. Mientras lo humano femenino va decididamente al ataque y conquista una posición tras otra. La declinación ahí verificada,

teorizada y practicada, de la libertad femenina es un objetivo conquistado para todos nosotros, hombres y mujeres en la específica diferencia.

Es preciso decir además que «la diferencia» captó con aguda sensibilidad un punto esencial de teoría política, la distinción de poder y autoridad, una distinción estratégica que, si decidiéramos ponerla en el orden del día de la reflexión, sobre todo en la izquierda, abriría una nueva frontera de acción. En consecuencia, deriva de ello el interesante concepto de confianza en la práctica de las relaciones de existencia susceptible de extenderse a una práctica más general de la relación pública. Pero resultará que estas observaciones, ya acusadas de un uso político instrumental, no serían bien recibidas por las protagonistas de esa experiencia. Y digo experiencia, porque creo comprender y, repito, aunque no estoy del todo seguro, porque tal vez me falta un mayor conocimiento, que también el feminismo de la diferencia haya experimentado la dolencia de la época, de esta contingencia sin pensamiento, no hostil sino, todavía peor, indiferente al pensamiento. Sí, esto que penosamente vivimos es el tiempo de la indiferencia. Si piensas de modo diferente no eres objeto de contestación, ni siquiera eres contradicho, simplemente no existes. No lo digo con pesadumbre. No existir quiere decir no formar parte de la estafalaria vorágine del circo mediático. Y es, por consiguiente, una especie de privilegio, propio de un espíritu libre. En el fondo, el feminismo de la diferencia, y también esto quizá no gustará, ha sido una última llamarada de pensamiento del gran siglo xx. Derrotado también, pues, por la victoriosa reacción contraria al siglo xx. Únicamente si se piensa en

el redescubrimiento por parte de ese pensamiento de la mística femenina, sobre todo medieval, que es una de las más altas expresiones del alma europea, entonces estamos en condiciones de apreciar lo que se pierde. Pero, por otro lado, es cierto que cuando irrumpe un pensamiento verdadero, fruto de una verdadera experiencia de vida, porque esta es la irrupción de la «diferencia», nada se pierde para siempre y todo está destinado a retornar. Estoy convencido de que no habrá libertad espiritual humana en general sin emancipación de la mujer oprimida y liberación de la mujer emancipada.

Una observación ulterior. No amas los movimientos, pero creo que hoy existe tan solo otra cuestión capaz de transformar radicalmente la actual globalización capitalista impulsada por el sistema financiero y es, lo escribo como me viene a la cabeza, la cuestión de lo humano en relación con la integridad de lo creado... ¿Debemos poner al día la caja de herramientas?

Es preciso hacer una advertencia. Será fácil observar cómo en este diálogo que estamos teniendo se hallan ausentes determinadas cuestiones, que ocupan el debate público, precisamente aquellas que presentan en ocasiones un estado de emergencia: migraciones, seguridad, medioambiente. Pero yo no quiero hablar de todo. Respecto a esas cuestiones escucho a quien tiene mayor competencia que yo y después hablo de lo que realmente me preocupa. No estamos confeccionando una plataforma programática, electoral, de partido. Escojo una mirada de media distancia: para ver mejor el conjunto del cuadro dentro de su marco. Estoy al margen de un compromiso práctico directo. He concluido este tipo de presencia

en la última legislatura en el Senado respecto a la cual podríamos efectuar determinadas observaciones, pero sin detenerme demasiado en ello, ya que no creo que interese demasiado a quien nos lee. Allí es obvio que he hablado de algunos de estos temas. Aquí lo que es distinto es la tonalidad del discurso. Para parafrasear a Pascal, uno de mis autores de referencia, la edad cronológica tiene sus razones que la razón conoce bien. Presionan, urgen, más que en la cabeza diría en el ánimo, las preguntas últimas que, agotadas estas confesiones políticas que he sentido el deber de dejar para futura memoria, no veo el momento de afrontar. Aquí estamos reflexionando sobre un único argumento primordial, las causas de una crisis: no para contemplarla, sino para comprender cómo podemos salir de ella.

Ecología y demás cuestiones conexas. Podría salir airosamente de la cuestión, dando una respuesta de estudiante: no estoy preparado sobre esta materia. No he estudiado. Está claro que el problema existe, es enorme, de dimensiones devastadoras y con fuertes tendencias a agravarse. Y al respecto puede redactarse el elenco de los responsables, cruzando el problema político, los intereses, los beneficios, lo privado, la economía, las finanzas. Los verdes son correctamente una costilla de la izquierda. Y, sin embargo, me pregunto: ¿cómo es posible que cuando razono desde la política, el tema, como se dice, no me viene a la cabeza? Concluido el razonamiento, me doy cuenta por mí mismo o se me indica que no he abordado ese tema. Entonces intentemos explicar el asunto. El mío es un modo de pensar intuitivo. No es únicamente mente, razón, es cuerpo, corazón. Recuerdo que cuando era jovencísimo se me quedó

en la cabeza una frase que encontré en uno de los primeros libritos con los cuales intentaba formarme culturalmente, esos de la Universale economica (*¡100 liras!*). Título: *Il castello di Fratta*, parte integrante de las *Confessioni di un italiano*, de Ippolito Nievo, que contaba con el inolvidable personaje de la Pisana. Decía la frase: «Quien tiene cerebro no tiene corazón, quien tiene corazón no tiene cerebro, quien tiene cerebro y corazón no tiene autoridad». Hay máximas que misteriosamente te acompañan toda la vida. Intento dotar de concepto a determinadas intuiciones: así conozco y así transmito. Corrijo a Hegel con Goethe y viceversa. Después he comprendido que conceptualizar la dimensión de lo sensible es una elección para la investigación teórica y es una obligación para la acción práctica. La de intuir con la razón, si es, si se convierte en pensamiento de parte no puede avanzar más si no es de ese modo. Si se trata de pensar en conflicto, cuenta a quién golpear y cómo hacerlo. En un cierto momento, en una cierta madurez de existencia, con el cultivo de uno mismo se llega a tener todo dentro. Entonces te fías de ti mismo. Lo externo lo juzgas inmediatamente por lo que es, no por lo que te viene presentado. No hay ninguna infalibilidad. En realidad, el riesgo de error aumenta. Debes entonces producir y consumir una lógica autocorrectiva de atención vigilante respecto al dato real, pronto a corregir el tiro. De nuevo, como previamente, ¿este apunte de método poco comprensible qué pretende decir? Pretende decir: comprendo intuitivamente que uno es ambientalista, tanto más si lo es radicalmente, a partir de un cierto nivel de ingresos. La persona que no vive la vida, sino que la sufre, que tiene el problema no de vivir, sino de sobrevivir en la salvaje lucha por la

existencia, que esta organización del mundo le pone delante, no tiene el tiempo, no tiene el modo, la tranquilidad para ocuparse de cuestiones sutiles. Aquí la intuición, si quieres sectaria, se encuentra con el dato empírico objetivo. Es así. No lo dices, lo piensas tú, es así. El obrero que pierde el trabajo, porque la fábrica cierra por el envenenamiento del ambiente no puede ocuparse de la integridad ecológica de lo creado. Ciertamente, es la política la que debe adecuar las dos exigencias contradictorias. Pero, y así es cómo lo pienso, para hacer esto no sirve la apelación a lo humano, hace falta el recurso del poder de mando: la política que decide teniendo en cuenta el largo plazo, no la que representa, siguiéndolas, las opiniones a corto plazo.

Es verdad. No he sido nunca un movimentista. He sido y sigo siendo un hombre de partido aun cuando no tengo partido. La política para mí es sobre todo organización. Lo es doblemente la política de gran transformación. La forma partido ha sido una respuesta de organización de las clases subalternas a la forma Estado como organización de las clases dominantes. Después, a través de las luchas, por utilizar una formulación inspirada en Pietro Ingrao, las masas se han introducido en el Estado. Llevar el enfrentamiento de clase al seno de las instituciones mediante una forma propia de organización política ha sido la conquista del movimiento obrero maduro. El paso del Estado liberal al Estado democrático, también mediante la derrota de las soluciones totalitarias, ha tenido este profundo significado. No hemos sacado todas las consecuencias, que deberían extraerse al respecto: sobre todo por las debilidades subjetivas, de pensamiento y de acción. La deriva

de las democracias actuales, que constriñe el pensamiento a una crítica de la democracia realizada, da por hecha exactamente la pérdida de ese significado profundo. La democracia podía ser vivificada únicamente por ese acontecimiento, verdaderamente nuevo: que en el seno de sus instituciones se reconocieran abiertamente y se combatieran civilmente sobre un terreno político autónomo dos intereses sociales de parte desprovistos de las máscaras ideológicas, de uno y de otro lado, de un presunto interés general. La democracia formal se hacía democracia sustancial. Sin esto, no podía sino producirse, y ello se ha verificado como está a la vista de todos nosotros, el vaciamiento histórico de las instituciones democráticas y el agotamiento político del hacer y del pensar público.

En diversas ocasiones has hablado en esta conversación de la dificultad de reconocer a las fuerzas de izquierda. En una entrevista concedida hace algunos años a Antonio Gnoli, creo que en 2015, has sostenido que tus reflexiones y tus análisis «no son los de un reformista democrático, sino las de un revolucionario conservador». Hoy me parece que albergas cierta vacilación a definirte «de izquierda», ¿es así?

Aprecio mucho esa autodefinición, que he repetido en otros contextos y después, sobre todo, he materializado en la investigación teórica e intentado aplicar, con grandes dificultades, en la práctica política. No reformista democrático, sino revolucionario conservador. Quizá todo se encuentre ahí. Amo mucho el aforismo: yo que no me expresaría mediante un tuit ni siquiera bajo tortura. Esa brevedad conceptual resume un largo y fatigoso trabajo de pensamiento.

Llega al final y concluye un camino. Muy difícil de comprender. A propósito de esa frase he experimentado precisamente esta dificultad. Se escucha, o se lee, o incluso se sonríe y se pasa de largo, como si estuviéramos ante una ocurrencia brillante. Cuando en realidad habría que sentarse a reflexionar un buen rato sobre este aforismo. Pongo un ejemplo elocuente de un maestro del género aforístico, Karl Kraus, quien durante la Primera Guerra Mundial escribió *Die letzten Tage der Menschheit* [Los últimos días de la humanidad]. Afirma: «Habla quien no tiene nada que decir. Quien tiene algo que decir, se pone de pie y calla». He dudado durante mucho tiempo, teniendo algo que decir, si mantener esta conversación contigo o, por el contrario, ponerme de pie y callar. He decidido hacer ambas cosas: digo y después, sin ponerme de pie, lo prometo, me callo.

Es cierto, encuentro cierta dificultad en considerarme genéricamente «de izquierda». Intento no definirme así, porque me parecería banal, porque siento que la palabra no dice todo lo que actualmente soy políticamente. Pienso que *izquierda* es algo de lo que hoy se tiene más necesidad que en el pasado, por lo que ha significado, por lo que puede significar. Pero yo soy, como has comprendido, un teórico de la fuerza y no puedo dejar de percibir la debilidad de la palabra. Debo añadir, sin embargo, que metodológicamente soy contrario a abandonar una definición vieja antes de encontrar una nueva que la sustituya. La necesidad de recomenzar existe. Convocaría un concurso público para encontrar un nombre, comprensible y atractivo, para aquellos que quieren transformar radicalmente el estado presente de las cosas con el arma del realismo político. Una

línea de subversión civil realista. Porque este es el fondo del proyecto.

¿Qué dirías de aquellos que pretenden aparcar tal palabra teorizando la superación en las sociedades contemporáneas de la contraposición «clásica» derecha-izquierda?

No tengo nada que ver con este tipo de gente. Es el *qualunquismo* de hoy en día, más ridículo y lamentablemente más peligroso que el de antaño. Habría que combatirlo con mucha más decisión de lo que habitualmente se hace. He reflexionado sobre el asunto hace algunos años en un ensayo titulado *La sinistra è l'oltre*. Es obvio, la izquierda debe cultivar algo que vaya más allá del presente, reconstruir una narración, pero prefiero decir una visión, de lo que puede existir después de la forma social y política del mundo que tenemos. A ese movimiento se le han dado nombres fuertes, socialismo, comunismo. Nombres más eficaces, porque decían inmediatamente incluso al ser humano más simple, que se iba hacia algo que se encontraba más allá del horizonte visible, perceptible. La palabra izquierda, por el contrario, ha sido adjetivada muchísimo. Esto les sucede a las palabras débiles. La diferencia entre socialismo y comunismo es que el primero en un determinado momento sintió la necesidad de añadir *democrático* o de añadir *liberal*. El comunismo no lo hizo nunca. No sé si ha sido un bien o un mal. De hecho, el sustantivo, más fuerte que el otro, decía más solo. De comunismo, a diferencia de lo sucedido con el socialismo, no se ha realizado nada. Así pues, es un concepto más utilizable que el otro. Igualmente, aunque resulte paradójico, diría que comunismo se halla más próximo a libertad que a democracia. Pero

es un discurso difícil y complejo, que me propongo hacer en otro lugar. *Izquierda* no tiene la misma capacidad inmediata de evocación que los nombres ahora mismo citados, sirve en el mejor de los casos para criticar el presente, pero no contiene el futuro. La palabra ha permanecido activa, pero no ha logrado crear esa gran pertenencia humana, antropológica, que las viejas palabras sugerían. Quizá *izquierda* reflejó precisamente ese paso de la prospectiva a la autodefensa, del ataque a la trinchera, de la guerra de movimiento a la guerra de posiciones, habría dicho alguno. No me gusta hablar de mí, pero en mi caso ha sido un hecho cuasi natural, siendo jovencísimo, hacerme comunista. Porque esa ha sido mi palabra, de inmediato. Y esta es la palabra verdadera, concreta, encarnada en la persona: considerarse comunista como elección de vida. Es más que profesar la idea abstracta de comunismo. Ha contado mucho la extracción popular de mi familia, mi padre comunista con el cuadro de Stalin en casa, mi madre, devotísima, con el icono del Sagrado Corazón de Jesús encima de la cama. En el fondo, dos modos de creer, dos tipos de fe, de la cual sienten la necesidad los hombres y las mujeres sencillos. Me he sumergido de modo espontáneo y sereno en ese horizonte en mi opinión no tan contradictorio como se ha pensado y se piensa. Obviamente de ahí ha partido un recorrido largo y crítico, un cuerpo a cuerpo con el mundo de afuera, razón y pasión juntas, recorrido más que herético, diría heterodoxo.

Hasta el final, hasta el derrumbe. Has escrito: fue un estrabismo, creíamos que era el rojo del alba, pero era el rojo del crepúsculo...

Es una frase que he utilizado para la experiencia *operaista*. Pero puede generalizarse a la historia del último movimiento obrero, de matriz comunista. Esperábamos siempre lo mejor. Después llegan las verificaciones, las que Bobbio llamaba las réplicas de la historia. Chocar contra los hechos sin el *airbag* puede hacer daño. Pero antes del derrumbe yo ya había declinado la categoría weberiana del desencanto. Cuando han caído nombre y forma del partido, recuerdo bien que en ese trance penoso me he confiado a una elección: seguiré siendo un intelectual comunista con independencia del partido en el que milito. Y así lo he hecho. Permanezco en esta área, la de la izquierda, precisamente, con mi identidad, como muestra la totalidad de nuestra conversación.

Me detengo: para dar cuenta del hecho de que estas cosas las digo de este modo con una amarga sonrisa. Comprendo bien, soy consciente, de hablar con una especie de lengua muerta. Es como expresarse en latín en los tiempos del inglés. Lucha de clases: ¿qué demonios es? Democracia formal y sustancial: ¿todavía? Comunismo, ¡lo que faltaba! Se ha conseguido que se sientan escalofríos únicamente con nombrarlo. Estoy leyendo el último libro de los amigos de Wu Ming, *Prolekult* (Einaudi, 2018). En el título, un nombre reconocible únicamente para quien viene de una cierta historia. En la cubierta, una hoz y un martillo diseñados como una nave espacial inspirada en *2001: Odisea en el espacio*. Hay una extraordinaria muchacha de rasgos efébricos, veinte años, Denni, convencida después de haber leído *Estrella roja* de Bogdanov de haber llegado a la tierra desde otro planeta, Nacun, donde se ha realizado un socialismo integral. Es portadora de una superación del

internacionalismo de la mano de un interplanetarismo. Ligeramente más avanzado, digamos, que nuestros actuales soberanistas. Política ficción: más o menos como la esbozada ahora mismo. Por odio a este futuro presente no nos queda sino cultivar ese futuro pasado, sobre el cual razonó Reinhart Koselleck.

Volvamos a los movimientos...

Sí, de acuerdo, las experiencias de movimiento: las aprecio, las miro con simpatía, especialmente cuando expresan una subjetividad de las nuevas generaciones. Indican siempre la emergencia de un problema, la explicitación de una necesidad, la premura de una alternativa. La política organizada debe prestarles atención. Y hacerse cargo de esas preguntas. El límite es que esas experiencias no garantizan continuidad, no aseguran la duración, no se radican en la realidad del pueblo. Emergen, irrumpen, fluctúan y desaparecen. No se hace así política. Los movimientos son como un trabajo precario que debe estabilizarse. Para hacerlo es precisa la forma organizada del partido. El movimiento obrero se ha dividido históricamente entre espontaneísmo y organización, división que ha traído aparejadas discusiones de alto nivel teórico. Si pensamos bien sobre ello, la separación y contraposición de hoy entre «ciudadanos» y «políticos» no es otra cosa que la mísera traducción en términos vulgares de ese noble modo de hablar. No hay por qué dar crédito a la fábula aceptada de que se trata de pueblo y de élite. ¡Ojalá fuera así! Lamentablemente no están en campo ni el uno ni la otra. Y ese es el verdadero drama. Volvamos a nuestro argumento: la crisis actual se verifica en lo alto y en lo bajo. La realidad es que en el momento

presente no existen clases dirigentes dignas de este nombre ni tampoco masas políticas capaces de introducirse en el Estado. El próximo trabajo de reorganización es reconstruir estas dos potencias, pueblo y élites, para inducir las a una verdadera confrontación y a un conflicto civil. Si se me pregunta «por dónde comenzar» para llegar después a un «qué hacer», mi respuesta, toda política, es: desde arriba. Es preciso rehacer el Estado, es preciso rehacer el partido. La política de hoy es como el puente Morandi de Génova, que colapsó en agosto de 2018, en torno al cual se trata todavía de comprender las causas de su derrumbamiento. Una vez comprendidas, para reabrir la circulación del pueblo fuera y dentro de las instituciones, debe reconstruirse un puente de mando, pilotes sólidos, obras y técnicas viejas y nuevas, esto es, élites a la altura de la tarea, no poder impuesto, sino autoridad reconocida. Decisión, pues, pero decisión compartida, verificada por un consenso activo, que moviliza e implica movimiento solidario desde abajo. Derrotar la funesta pulsión de la relación directa entre masa y jefe. La denominada desintermediación puede no llevar al fascismo y ser igualmente totalitaria. Reconstruir cuerpos intermedios, no para defender intereses corporativos, sino para promocionar subjetividades activas. Rehacer el pueblo únicamente puede hacerse por parte de una subjetividad política reconstruida, pueblo y élite conjuntamente, de gobierno y de oposición, en alternancia, que no tenga otro recurso que gastar que su inatacable ganada autoridad.

De gobierno o de oposición: estamos pues hablando de estamento político. Tú lo has frecuentado en el partido y

en las instituciones. Del partido ya hemos hablado. ¿Y tu experiencia como senador?

De acuerdo. Contemos la experiencia, también para aligerar el discurso, porque sobre todo en las últimas intervenciones se ha hecho un poco denso. Durante la segunda mitad de la década de 1980 había tenido una hermosa experiencia política como miembro de la secretaría de la Federación romana del PCI, dirigida entonces por Goffredo Bettini. Estaba contemporáneamente en el Comité Central del Partido, como ya he recordado. Así pues, me encontraba muy involucrado en el ámbito de la dirección política. Siempre he pensado que quien piensa la política debe ensuciarse las ideas al hacerla. He adoptado siempre, pues, un *stop and go*, un ir y venir, digamos del estudio a la calle y viceversa. Me propusieron para el Senado por el Partido Democratico della Sinistra en la circunscripción segura (¡entonces!) de la Tiburtina en las elecciones de 1992. Elegido, debo decir que no hice un gran trabajo. Novicio, me programé dos años de aprendizaje para aprender la delicada profesión de parlamentario. La cosa fue que después de esos dos años la legislatura fue disuelta y mi misión quedó incompleta. Asistí a la llegada al Parlamento de los primeros miembros de la Lega Nord, pintorescamente vestidos y de habla tosca. Nada comparado con lo que nos esperaba con la invasión de los alienígenas del Movimento 5 Stelle con quienes me tocó compartir la legislatura de 2013. Por cuestiones del destino, la legislatura de 1992-1994 fue, y así fue denominada, la legislatura de los procesados. Una semana sí y otra no desaparecía algún personaje notable destinatario de una orden de procesamiento. No daba tiempo a votar las autorizaciones para que

se procediese en debido curso. De todos modos, para mí, la experiencia tuvo algo de positivo. Formé parte de la Comisión bicameral para las reformas institucionales, presidida primero por Ciriaco De Mita después por Nilde Iotti, y algo aprendí. Después, tanto en esta como en la Comisión bicameral para las reformas constitucionales establecí una relación de enorme entendimiento con esa persona de gran valor, que todavía recuerdo con nostalgia, ejemplo de esa autoridad comentada anteriormente, que era Mino Martinazzoli, entonces secretario del Partido Popular Italiano, heredero directo de la Democracia Cristiana. También recuerdo las largas conversaciones, de alto nivel, mantenidas con dos personalidades destacadas allí presentes, dos mundos opuestos: Noberto Bobbio, senador vitalicio, y Gianfranco Miglio, elegido con la Lega Nord. Dos espíritus de la contradicción, contra todos y sobre todo entre ellos. Y yo, en medio, me entrenaba en el arte de la mediación, tan necesaria en política, como hemos observado previamente, como el conflicto.

Me volvieron a presentar en las elecciones de 1994, soldado de la alegre máquina de guerra occhettiana, pero por disputas de partido en una de esas circunscripciones denominadas competitivas... figúrate, Eur y alrededores. Una campaña electoral que recuerdo con desazón. Y que no por azar traerá consigo la llegada de Berlusconi. Hablaba con personas que expresaban opiniones y planteaban demandas, ante las cuales me sentía obligado a decirles: mira, si realmente piensas así no me debes votar, tu voto no lo quiero. Existía ya la pésima costumbre de utilizar carteles electorales con la cara del candidato. Me negué. Hice diseñar un cartel en el que podía leerse

bajo el nombre: el rostro del candidato son sus ideas. Naturalmente no fui elegido. La circunscripción fue ganada por un viejo zorro democristiano reconvertido en berlusconiano. Volví al trabajo universitario. Son los años de la colaboración con *Bailamme*, revista de espiritualidad y política, con la Associazione degli amici di don Giuseppe De Luca, donde tuve la fortuna de conocer y frecuentar a ese pensador apocalíptico, profeta del fin de los tiempos, que ha sido Sergio Quinzio. Son también los años de participación en los Encuentros de Monte Giove, un monasterio camaldulense situado en las colinas de Fano, donde se proyectaba y realizaba un denso diálogo, así se expresaba lo que allí sucedía, entre radicalidad cristiana y radicalidad comunista. Estaban presentes, entre otros, Rossana Rossanda, Adriana Zarri y Alessandro Barban, ahora prior general de los Camaldulenses. Conservo indeleble el recuerdo conmovedor de las afinidades electivas que se creaban en esas ocasiones de encuentro entre Pietro Ingrao y el padre Benedetto Calati, dos grandes ancianos que se reconocían, desde orillas diversas y opuestas, en una única sustancia humana de antagonismo respecto a cómo va el mundo, si podemos decirlo así, con una expresión popular, que dice más de lo que parece.

En 2004 asumo la presidencia del Centro Studi per la Riforma dello Stato, un cenáculo cultural proveniente de la disolución del PCI. Diez años de reflexión, elaboración, investigaciones, intercambios a mitad de camino entre izquierda moderada e izquierda radical. Mi propuesta consistía en un proyecto de superación de las dos izquierdas en pro de una gran formación unitaria fuerte de la izquierda

italiana y europea. Escribía sobre ello en *l'Unitá* y hablaba del tema en debates públicos. Fue entonces, creo que como consecuencia de este compromiso, cuando se me ofreció la oportunidad de volver, después de tanto tiempo y a edad tardía, al Senado. Entonces el Partito Democratico estaba dirigido por Bersani. Y me dije. ¿y si esta vez es la buena para acometer la realización de esa gran fuerza? No lo fue. De todos modos, elegido, no ciertamente por los votos recogidos o por el reparto de circunscripciones, que no habría estado en condiciones de conquistar, sino por la asignación derivada del sistema mayoritario, he vuelto de nuevo a ejercitar la noble profesión de parlamentario. En el grupo del Partito Democratico, no habiéndome inscrito a este partido, me he encontrado asumiendo el papel del independiente de izquierda: una figura que nunca me gustó, cuando se refería a un verdadero partido, como el PCI. Pero en esa escuela había aprendido la cosa fundamental: el sentido de autodisciplina. Se habla a la ligera de lo que fue el centralismo democrático. En realidad, fue exactamente esto: una disciplina no impuesta, sino responsablemente aceptada. Dije en una de las primeras reuniones del grupo: os comunicaré en esta sede lo que pienso y lo que no me convence, después en la sesión pública o en la comisión correspondiente seguiré las indicaciones de mayoría del partido. Y así lo he hecho. Y creo que así debe seriamente hacerse. La alternativa en este caso no es disentir, sino irse. Como me sucede con la figura del independiente, nunca me ha gustado tampoco la figura del disidente. En las instituciones y con las instituciones no se juega. Hay siempre una razón común superior a la tuya personal: es la primera la que debes evaluar. No entraré en detalles, porque creo

que realmente no interesa, sobre las disposiciones específicas por mí aprobadas con mi total apoyo o con reservas. Me llegaban recomendaciones, recriminaciones y a veces insultos de la denominada red, que no tenía en cuenta. Esa es la posverdad. Pero existe una preverdad, tu verdad consciente de sí misma, que es superior. Pero ahora basta, volvamos a hablar de las cosas que importan.

De acuerdo. Entonces, entre las cosas que importan nos topamos con la pregunta obligatoria en este punto. Para el Partido Democratico y para la izquierda, ¿qué futuro queda?

Distingamos. Partido Democratico e izquierda no son la misma cosa y no sé siquiera si tienen un destino común. Esta frase ya se ha escrito: el Partido Democratico, el partido jamás nacido. Nunca nacido como partido. En el acto de fundación no existía realmente esta opción. O digamos mejor: no existía la intención de un partido inserto en la tradición europea. Existía el proyecto de un cambio de tradición. No solo el nombre, sino la identidad, se remitían al modelo estadounidense. Partido de vocación mayoritaria, paso del bipolarismo al bipartidismo, primarias. Y partido-coalición, como lo son los partidos estadounidenses. Y, como estos, partido electoral. La idea era coger la coalición del centro-izquierda, que también había gobernado bien en alternancia con Forza Italia y hacer de ella un partido, superando así o creyendo superar, las contradicciones internas que las experiencias de gobierno habían sacado a la luz. Una idea digna de todo el respeto. Tenía al menos el mérito de responder a un razonamiento estratégico, que, entre otras

cosas, implicaba el rediseño del cuadro institucional de nuestro sistema político. Resulta obvio que en el horizonte no podía dejar de aparecer la transición de una república parlamentaria a una república presidencialista o semipresidencialista. Había solo un problema: la República italiana no era los Estados Unidos de América. Italia es Europa. Y el caso italiano es una anomalía, sí, pero europea. El límite de los teóricos y prácticos de la innovación, ya lo he dicho, es no hacer nunca las cuentas con la tradición, la cual, si se deja de lado, se venga y exige el ajuste de las mismas en la primera ocasión que se presenta. En un determinado momento se ha afirmado: la amalgama no se ha logrado. Pero no se han sacado las consecuencias de ello. Cuando se ha sacado una conclusión, se ha sacado la equivocada: una pequeña escisión inútil no explicada, no comprendida. No quiero entrar en la exposición y en el juicio de las dinámicas internas del Partito Democratico: no las he vivido y quiero hablar solo de lo que he vivido. Digo solo brevemente esto: Renzi ha podido apoderarse fácilmente de un partido que no existía. Ha ocupado una casa vacía. Y la ha convertido en su casa. Si hubiera habido un partido, el primer día que se pronunció la palabra *desguace*, se habría invitado a quien la hubiese pronunciado, alcalde o no de una importante ciudad, a encaminarse hacia la salida. Pero existía un viejo vicio del último Partito Democratico della Sinistra y después, sobre todo, de Democratici di Sinistra y del Partito Democratico, consistente en que el secretario de turno se ocupase de todo menos de la organización del partido, teniendo en mente solo y siempre el gobierno. Pero no hay gobierno que dure sin un partido que funcione.

Yo he cultivado durante mucho tiempo una idea no dicha, porque no era decible. Ahora, además, absolutamente fuera de onda. Pero me gusta hablar de lo que podía hacerse y no se ha hecho. No es cierto que ello sea un ejercicio inútil. Cuando lo viejo muere y lo nuevo tarda en nacer, como sucede exactamente en el momento presente, quizá esta es la única *chance* para entrever el futuro. Era justo partir de las coaliciones gobernantes de centro-izquierda llegadas al gobierno. Ciertamente estas no debían reducirse a ser una alternativa puramente antiberlusconiana, como ha sucedido, sino contener una proyectualidad a más largo plazo. En todo caso, ahí se habían agregado las dos grandes componentes de fondo, que habían hecho separadamente la historia de Italia durante los últimos decenios, independientemente de la cháchara sobre la primera y la segunda República: tradición católico-democrática y tradición socialista y comunista, más una componente menor liberaldemocrática. Me he dicho: si debía destilarse de esas coaliciones una forma partido, ¿no podían red denominarse explícitamente esas tradiciones de mayores dimensiones para fundirlas en un proyecto nuevo, no inventado, no importado, no un inicio desde cero, sino un *continuum*, en formas inéditas, que encontrase sus raíces no obstante en la historia real del país? No hemos afirmado a la ligera que, en el fondo, el compromiso histórico ha sido el último gran diseño estratégico, que ha producido nuestra política. Precisamente después y precisamente porque habían desaparecido los viejos partidos, que expresaban políticamente esas componentes populares, ¿se podía entonces, quizá y mil veces quizá, pasar a la realización de ese diseño? Entonces, no el partido democrático, sino el partido socialpopular,

que hiciese triunfar esta vez la amalgama entre populismo y socialismo. Pensemos cuánto berlusconismo, *leghismo* y falso populismo nos habríamos ahorrado... Lo sé bien, hacían falta, a finales del siglo pasado y a principios de este, Moro de una parte y Togliatti de la otra. Nada menos. A propósito, quiero hablar después de la personalización de la política y de personalidad política. No son la misma cosa. Son dos cosas opuestas.

Debo decir que, a la luz de tus reflexiones, profesor, el subtítulo que hemos escogido «Por una crítica de la izquierda» me parece casi indulgente...

Intento explicarme. Muchos de mis textos usan esta expresión típicamente marxiana: *Zur Kritik, Para la crítica*. Uno de los, digamos, más escandalosos, anota: *Para la crítica de la democracia*. No es crítica es *para la crítica*. Marx la aplicaba a la economía política clásica. Y la totalidad de *El capital* y las diversas *Introducciones* apuntaban en esta dirección. Marx quería decir con ello, y lo especifica él mismo, la predisposición de leer un fenómeno, sea histórico, sea cultural, con un ojo desapasionadamente objetivo, captando sus contradicciones, valorando su verdad, asumiendo también sus características positivas. Se trata del realismo de la investigación, esencial para el conocimiento, indispensable para la acción. La palabra «izquierda», repito, ha perdido hoy el sentido. Ya no dice nada. Ya no habla. Me vienen a la cabeza, me excuso por estas incursiones, pero son las mías, las palabras del poeta Hölderlin: «Nosotros somos un signo [...], que nada indica». Exacto, la izquierda es un poco así. Inmediatamente no se comprende qué demonios sea. Y ya sabemos lo profundo que

cuenta la percepción inmediata a escala de pueblo. La izquierda se ha convertido en la posición práctica de un pensamiento débil. Y es extraño, porque la palabra opuesta, derecha, significa todavía, no ha perdido en absoluto sentido y tanto menos fuerza. Puede cambiar de nombre, pero la sigla política de referencia sigue manteniendo, no obstante, el sentido del posicionamiento en términos de valores, de objetivos, de soluciones. Lo estamos viendo hoy entre nosotros, en esta última edición de la anomalía Italia. Así pues, yo diría: no es verdad que derecha e izquierda ya no existan. Existe una derecha visible y comprensible, que da nueva forma a su vieja indumentaria, nacionalismo, integrista, racismo, aislacionismo y también populismo. No existe, de modo tan explícito, lo análogo de una izquierda, que haya dado un nuevo signo a sus antiguos valores. ¿Por qué? Pues porque en vez de renovarlos, de adaptarlos a los tiempos como siempre es justo hacer, la izquierda esos antiguos valores los ha repudiado o los ha dejado de lado. Digamos así: los ha desguazado. El verdadero desguace, de renziana memoria, realizado ha sido este. Esta me parece que es la situación. ¿Y cómo salir de ella? Este es el problema.

Para comprender, y para actuar, es necesario, sin embargo, retornar al punto de origen: que es en mi opinión la embriaguez de lo «nuevo que avanza». Ahora constato la admisión generalizada de que la nueva era, anunciada en la década de 1980 e implementada durante las décadas de 1990 y 2000, se ha saldado con un fracaso. Ese nuevo capitalismo posindustrial, posfordista, pos Estado del bienestar, pos Guerra Fría, posmoderno, postodo, que habría resuelto no solo sus contradicciones históricas

internas, sino también las de su igualmente histórico enemigo interno, el mundo del trabajo beneficiario ahora de suertes magníficas y progresivas, helo aquí gripado por otra crisis de 1929, que ha obligado a todos a despertar del sueño dogmático. Pero, perdonad, ¿qué hacía falta para saberlo antes? Hacía falta un poco de esa cultura, no necesariamente marxista sino simplemente histórica, no dispuesta precisamente a drogarse con esos elixires de la vida cuasi eterna ofrecidos por el «fin de la historia». En esos años, sobre todo en la década de 1990, tanto el Partido de los Socialista Europeos, como el Partido Popular Europeo y sus representantes nacionales, los italianos con más fe que otros, separadamente, cada uno por su cuenta, han creído que innovaban sus culturas aliándose con la entonces irresistible onda neoliberal, promercado, individualista, que constituía el punto más alejado de las tradiciones sociales, solidarias, asociacionistas, mutualistas, comunes tanto al socialismo democrático como al catolicismo democrático. Seguramente tiene razón quien sostiene que los modos de la protesta y de la propuesta protagonizados por el mundo popular del siglo XXI estarán más próximos a los del siglo XIX que a los del siglo XX. Cobra una urgencia absoluta, pues, que cada uno se reapropie de su propia tradición, repito, innovando las formas de organización, de expresión, de comunicación, de presencia y de imagen en lo social y en lo político. Este es el primer paso para salir del estado presente y adentrarse en el futuro.

Puedo equivocarme, pero la operación me parece más factible aquí en Italia que inmediatamente en Europa. Precisamente porque aquí se parte de experiencias comunes, de gobierno y también de partido.

Popularismo y socialismo, conjuntamente, de modo explícito y no del modo apenas indicado como sucede en el Partido Democrático, pueden cambiar de modo inmediato el eje programático indispensable para rehacer pueblo, recordando y reequilibrando una cultura de los derechos con una acción sobre las necesidades. Y sobre todo recuperando lo que se ha perdido: una política y diría una ética, sí, una moral social humana del trabajo y de la persona que trabaja. El trabajo no es en sí mismo un valor alternativo. Se convierte en tal cuando se hace conscientemente campo de conflicto, esto es, cuando reivindica para sí dignidad, orgullo, decencia, vida buena y función social general autónoma y no subalterna y cuando para obtener esto expresa capacidad de lucha y fuerza de organización. Lo que más ha empalidecido el color político de la izquierda es haber puesto sobre la mesa, sí algunas contradicciones, pero no las del sistema, sino en realidad las de la fase: y todas situadas en el mismo plano, ahora una, ahora la otra, según el momento. Y, sin embargo, existe una contradicción central, de fondo, a la cual todas las demás deben de algún modo referirse siempre: y esta es la centralidad del conflicto en torno al trabajo. Si el pueblo no se conecta al trabajo no es pueblo. No es concepto-realidad de pueblo social y político. Dicho con mayor precisión: el pueblo debe reconstruirse a partir de las descomunales transformaciones contemporáneas experimentadas por el mundo del trabajo.

El pueblo no es solo los pobres, los marginados, los excluidos, los migrantes, ¡que desde luego lo son, y de qué manera!, sino también el desocupado, el precario, el trabajador estable pero siempre

explotado, el docente con salario fijo, pero insuficiente para vivir y estudiar, el trabajador autónomo de diversas generaciones, el pueblo de los trabajadores y profesionales de bajos ingresos. Aquí está hoy la novedad, que nos ha dejado la crisis: el estrato medio viejo y nuevo empobrecido y enfadado por la pérdida de renta y de estatus. Nos topamos con esta nueva contradicción explosiva, totalmente circunscrita a Occidente, visible a simple vista de Estados Unidos a Francia, la imperante entre centro y periferia, real y simbólicamente representada en la arquitectura metropolitana de la ciudad, pero que, declinada a escala nacional o supranacional, reproduce de formas inéditas la vieja oposición existente entre el campo y la ciudad. Existe de nuevo, repito, dotado de formas novedosas, un castillo del bienestar en el que imperan los propios privilegios, circundado por un entorno donde se vive, mal, incluso del propio trabajo, cuando este se tiene. Aquí anida a su vez una nueva *jacquerie* dispuesta a hacerse sentir de innumerables modos diversos. Esta parte es la que debe ante todo reconocerse para después ser defendida socialmente y representada políticamente. Y en tal tarea se halla exactamente la identidad alternativa de la que debemos dotarnos desde cero. Con este pueblo únicamente podría legítimamente reivindicar una vocación mayoritaria, una agregación en torno a un partido socialpopular. E incluso medirse a la par, en un nuevo bipolarismo, con una agrupación constituida en torno a un partido nacional-populista. Pero, a parte de estos juegos de palabras, concretamente quiero decir y estoy diciendo, que la nueva amalgama, por ahora utópica, de populatismo y socialismo podría reinsertarse en ese espacio,

que ha sido hasta ahora nominado por la palabra izquierda o en aquel, todavía más incoloro, hasta la fecha denominado centroizquierda con guion en medio o sin él.

También en este caso es preceptivo hacer una advertencia. Cuando decimos populismo y socialismo no tenemos que pensar en los actuales contenedores de estas tradiciones: el Partido Popular Europeo, el Partido de los Socialistas y Demócratas Europeos. Si pensamos en ellos, abandonemos toda esperanza. Es necesario descomponer y recomponer estas agregaciones. Es necesario, sobre todo, que emerjan nuevas energías políticas de las próximas generaciones, liberadas del presente contingente de esas experiencias y proyectadas, lo digo así y que cada uno comprenda lo que quiera, en un pasado futuro. No es una perspectiva para hoy, es quizá para mañana o para pasado mañana. Pero debe ser pensada ya aquí y ahora. Debe ponerse en circulación de inmediato como posibilidad histórica, para que pensemos, primero pocos, luego tantísimos, en educar y en educarnos en el proyecto. Quizá era indispensable, que atravesáramos esta insurgencia nacionalpopulista, que hoy tanto nos preocupa y que es necesario reducir pronto a un paréntesis a fin de que las fuerzas populares y socialistas comprendan que ha surgido nuevamente, de formas inéditas, un problema político de pueblo. Sabiduría quiere decir que las experiencias horribles son utilizadas de modo realista para la buena vida. Pensemos en cómo la salida de las dictaduras totalitarias del siglo xx ofreció la oportunidad para una regeneración de los sistemas democráticos y para una renovación de las fuerzas políticas. Como dato positivo del momento

presente constatamos que casi con toda probabilidad la historia no nos reservará el paso a través de la tragedia de la guerra. No es poco. Es mucho a la hora de intentar, en lo alto y en lo bajo, que revivan esperanzas perdidas y se enciendan de nuevo pasiones apagadas.

Pero esas dos culturas, esas componentes populares tradicionales, socialismo político y catolicismo democrático, ¿no son ahora entidades minoritarias en el país real para poder asumir esta función mayoritaria?

Es una objeción y no ciertamente marginal. Abordémosla antes de que lo hagan otros. Pero rebato: ¿es exactamente así? ¿O no es cierto que en realidad han sido ocultadas, silenciadas, y que por su parte se hallan actualmente tan desorientadas como para prestar su consenso a ofertas políticas o, peor, anti-políticas, improbables y dañosas para sí mismas y para todos? Y esto solo, sin embargo, por falta de otras ofertas creíbles, reconocibles y fiables. ¿Y si se intentase, por el contrario, dotarlas de visibilidad de nuevo, si nos empeñásemos de nuevo en redescubrirlas en sus formas de existencia sin duda cambiadas, concediéndoles de nuevo la palabra? ¿Si, insisto, se hiciese de esa perspectiva una oferta política posible en términos realistas? La demanda de socialismo retorna hoy incluso allí donde Sombart, ya en 1906, se preguntaba *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?* [¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?], remedando el título de uno de sus libros. En la Inglaterra de la Tercera Vía blairista el Partido Laborista se confía a un líder antagonista. En España, una formación de matriz *operaista* como Podemos ha llegado al gobierno. En Portugal, un

gobierno de izquierda funciona muy bien. En Italia, esperando que se despierte por el beso del príncipe la bella durmiente del Partido Democratico, sabemos que existe toda una onda de militancia a la espera de ser convocada a la lucha, mientras constatamos que buena parte del tradicional asociacionismo y del voluntariado católico desempeña entretanto el trabajo suplementario de solidaridad, que no hacen las administraciones públicas. Y desde hace algún tiempo el llamamiento al pueblo desciende de lo alto de la cátedra papal. Yo me siento teológicamente un ratzingeriano, pero políticamente debo reconocer que el papa Bergoglio es en estos momentos casi el único que dice cosas de izquierda. Ciertamente, luego, para recuperar la hegemonía del pueblo sobre la ideología ordoliberal será preciso atraer, atracción digo, las mejores inteligencias, las más aguerridas competencias, la excelencia de la investigación, las nuevas destrezas de la comunicación, será necesario aprender, por consiguiente, a utilizar y dominar el demonio de la técnica, esto es, devenir de nuevo modernos. Y será necesario valorar un recurso, que crece desde abajo, gracias también a un proceso de aculturación de masas y al carácter insoportable de la vida cotidiana: ese sentido cívico de los problemas, esa voluntad de intervención directa, de decir directamente la propia opinión a través de la automovilización de base, explotando en positivo la totalidad de los nuevos instrumentos tecnológicos de comunicación. Los denominados movimientos ciudadanos deben ser sin duda escuchados y favorecidos y sobre todo salvaguardados en su autonomía. Pero debemos ser conscientes, a fin de que estos cuenten de verdad, a fin de que no se dispersen tras su primera aparición, a fin de que conquisten continuidad

y duración, de que es absolutamente indispensable una fuerza política organizada, que actúe en consonancia y con la correspondiente autonomía, sobre el territorio, en las administraciones, en las instituciones. Quiero decir que ante cada emergencia de innovación es preciso estar siempre abiertos: pero con ojo crítico, sabiendo distinguir lo verdadero necesario de lo falso, que en ocasiones también es dañino. Y para mantener este equilibrio solo hay un modo: no demonizar todo lo que ha sido, sino también distinguir ahí lo que debe abandonarse y lo que debe conservarse. Atención: la modernidad es civilizada por la buena tradición, mientras que la innovación perjudicial la vuelve bárbara. Lo cual quiere decir que aquella rehumaniza cuanto esta deshumaniza. Para las clases dirigentes dignas de este nombre se trata precisamente de una política a medida del hombre y la mujer, la cual debe ser reconquistada y ofrecida.

Soy totalmente consciente de que mi idea de política es la cosa que cuesta más comprender y ser acogida en mi campo de pertenencia al cual, por otro lado, se dirige siempre mi discurso. «Esta palabra es dura. ¿Quién podrá escucharla?», recita el Evangelio de Juan. Es así: una idea áspera, seca, desprovista de sentimentalismo, que decía Hegel, antiideológica, que decía Marx. Fruto de largas, lentas y contrastadas trayectorias de experimentación y elaboración. Experiencias sobre el terreno y reflexiones que en treinta años de lecciones universitarias me han llevado a atravesar la totalidad de la historia del pensamiento político moderno. Comencé los cursos con Maquiavelo, los concluí con Nietzsche: dos nombres, que solo con mencionarlos hacen saltar de sus sillas a las almas bellas. He escrito que en determinado

momento decidí inscribirme en la escuela del realismo político. La frecuentación racional, diría secular, si no tuviera todas las reservas que tengo respecto a esta palabra, del gran pensamiento conservador me ha enseñado más cosas que rumiar la plegaria cotidiana de la religión progresista. Surge de la misma un pensamiento del conflicto, siempre civilizado, un pensamiento de la fuerza, bien distinta de la violencia, un pensamiento que efectúa la crítica de la praxis del poder en nombre de un principio de autoridad. Esto sin abandonar jamás, cultivándola, repensándola y dotándola de profundidad en realidad, una pasión que no tengo rémora alguna en definir como revolucionaria. En suma, un punto de vista bastante complicado, que comprendo que no es en absoluto sencillo de comprender y de asumir. Me siento legitimado para reivindicar, sin embargo, esta solitaria y creo original posición de pensamiento. Mediante ella, me parece que comprendo todo lo que es de modo que puedo combatirlo mejor.

¿Cuáles son, pues, las elecciones prácticas?

Las elecciones prácticas han sido todas consecuentes con estos principios. Por ejemplo, mi pertenencia en el campo de la izquierda siempre a la fuerza mayoritaria. No se encontrará nunca mi nombre en experiencias minoritarias, de grupo, como los grupos extraparlamentarios o grupos como *il manifesto* o bien experiencias minoritarias de partido como el Partito Socialista Italiano di Unità Proletaria (PSIUP), el Partito di Unità Proletaria (PdUP), Rifondazione Comunista, Sinistra Ecologia Libertà (SEL), recientemente Liberi e Uguali (LeU) y quizá olvido alguna. Contra la enfermedad minoritaria me he vacunado

de crío en la experiencia *operaista*, lo cual me ha permitido permanecer inmune a la misma durante toda la vida. En 1977, en pleno aluvión de los denominados movimientos, añadí como exergo esta cita de Cromwell a un ensayo sobre la primera revolución inglesa, la de 1640: «Si no logramos que el ejército asuma nuestras posiciones, deberemos asumir nosotros las suyas». Esta es la cosa, lo importante es el ejército, la fuerza que puedes maniobrar en la guerra. La política entendida como testimonio nutrido de la fe de estar en el bien justo que a la postre prevalecerá sobre el mal injusto, la dejo a los profesionales de las buenas intenciones. Innumerables veces he sido interpelado sobre las relaciones entre ética y política. Siempre he respondido del siguiente modo: la política, que, como se decía una vez, quiere cambiar el mundo, es decir, destruir radicalmente las actuales relaciones de privilegio y de poder, no tiene necesidad de una ética separada. La ley moral, habría dicho Kant, la tiene dentro de sí. Los militantes del movimiento obrero internacional, una de las más grandes escuelas de humanidad producidas por la historia moderna, no sentían la necesidad de declamar la consabida lista de los valores genéricamente humanos. Se hallaban movidos por una voluntad de redención de todos, nutrida por un odio civil de clase contra los pocos. Su ética se hallaba incorporada en la política como opción de vida

Existe una eticidad en el sentirse políticamente parte de una colectividad. Superarse a uno mismo, superar el propio ser individuo potencialmente posesivo, en el seno de una forma económico-social que tiende, empuja, constriñe y, por consiguiente, incluso educa, a que cada uno persiga su propio interés

individual egoísta, bien, esa autosuperación es la realización del superhombre de la que hablaba Nietzsche. Es la transición, el salto, de individuo a persona. En política es esencial. Y lo es también hoy, cuando se dice y se practica exactamente lo contrario. La política decae, se degrada, en los principios y en los sujetos, precisamente por esta razón. Porque el mercado ha entrado también en lo político. Con palabras y comportamientos se venden mercancías, vigilando a la competencia y apuntando al monopolio. Deja de existir la personalidad producida por la historia, surge el personaje ofrecido por la contingencia. Deja de existir el filósofo que dice al príncipe como debe ser y su puesto lo ocupa el gurú de la información, que aconseja al actor cómo debe aparecer. Es la sociedad del espectáculo y del entretenimiento, la cual ha generado el teatrillo televisivo. Uno de los resultados más lamentables de estas falsas democracias reales es la falsa personalización de la política. Digo falsa, porque yo no tengo nada contra la figura del líder. Como es necesaria la presencia de la élite, igualmente lo es la función de la personalidad. En estos lugares se concentran y se evidencian la profesionalidad y la responsabilidad de la política. Y sobre ambos los ciudadanos y ciudadanas son convocados para que efectúen su elección. Pero la personalización es falsa, cuando se convierte en un evento mediático, cuando aparece, como sucede hoy, el líder de usar y tirar, esto es, cuando irrumpen o, mejor, se construyen, personajes para el uso de una audiencia de espectadores de modo similar a un programa de televisión o, directamente, para predisponer una opinión pública a determinados resultados, que se revelan con el tiempo desastrosos, como las recientes y funestas perspectivas antipolíticas vigentes. Con la *audience* y

con los *likes* no se construye una democracia verdadera, se hace mala política o, directamente, ninguna política.

Un ejemplo negativo de la falsa personalización ha sido, en muchas democracias contemporáneas, la emergencia de la forma del partido personal. Se dice: en la edad de la comunicación, de hecho, sucede esto. Estupendo, pero que algo suceda de hecho no justifica que deba suceder. Y, por otro lado, más importante, la personalización del partido trastorna profundamente y acaba por negar y abatir la idea misma de partido. Es lo que ha sucedido en episodios recientes. Las fortunas del jefe y la inevitable posterior mala fortuna acaban por producir exaltación en el momento, pero con el paso del tiempo se llevan por delante sin contemplaciones la totalidad del organismo. El partido es por su naturaleza una experiencia colegiada. La relación fundamental es siempre la existente entre el grupo dirigente, nacional y local, con el cuerpo de los militantes y las militantes. Y más que con el secretario ocasional, la confianza se establece con la identidad y con el proyecto colectivo. El líder carismático weberiano es ciertamente un recurso añadido. Y benditos los tiempos que producen esta rarísima figura. Sin embargo, retorno a mi indigerible filosofía de la historia, se precisan tiempos de hierro y fuego para producirlo. En estos tiempos desgastados, un tanto caprichosos, que nos ha tocado vivir, es mejor contentarse con lo que se tiene a mano y contar con figuras tradicionales en vez de zambullirse en la aventura de nuevos jefes del pueblo, que no saben realmente lo que hacen. Producir, construir, adiestrar, preparar clases dirigentes carismáticas: esto es un trabajo de persistente esfuerzo al

cual uno puede dedicarse. Es preciso encontrar los lugares, los medios, las culturas, las prácticas para implantar esta empresa. Solo desde lo alto de las instituciones, y desde las instituciones más altas, puede venir la iniciativa de una fundación de formación para un estrato político del futuro capaz de rechazar la codicia de poder y de asumir la autoridad ganada del poder de mando. Prestemos todos atención: hoy el personaje democrático es llevado a reproducir, por otros medios, la personalidad autoritaria. Si se abandona a su propia dinámica y a su relación personal con un público no politizado puede convertirse en un peligro sistémico. El único antídoto es poner sobre el terreno un proceso igualmente fuerte y contrario, que ponga en pie la política, que hoy está de rodillas. No es imposible. Es deseable. Y es un resultado tan necesario que, tal vez a pesar de todo, corre el riesgo de suceder. Aconsejo, pues, un doble movimiento: moderar el pesimismo de la inteligencia, radicalizar el optimismo de la voluntad.

Hay un principio, o si queréis un valor, que debe privilegiarse por encima de todos los demás: al menos para quien combate las formas de vida del mundo de hoy. No es la libertad de pensamiento, sino la libertad de pensar. No son la misma cosa. La libertad de expresar el pensamiento nos es dada, es dada a todos, bien concedida o duramente conquistada, y se halla incluida ahora por fortuna en nuestras leyes escritas. La libertad de pensar, de modo autónomo y contrastado, es dada a pocos y es sustraída a la mayoría, porque es engañosamente impedida por la opinión corriente, dominante, totalizante, hoy imperante en los sistemas democráticos quizá todavía más que en los sistemas totalitarios. La tentación de

la servidumbre voluntaria es más fuerte hoy que en el pasado. El acto de emancipación del sentido común, la lucha de liberación de la dictadura del presente, el ejercicio de espíritu crítico sobre todo lo que ves a tu alrededor, es un privilegio, fruto de estudio, de observación, de reflexión, de cultivo de uno mismo. Mientras lo ejercitas, te sientes preso de la culpa, porque sabes que en la mayoría de los casos es un derecho negado. ¿Y qué demonios era, si no esto, ese grito de Marx: «El proletariado, emancipándose a sí mismo, emancipará a toda la humanidad»? Un grito que la historia ha reducido hoy a un lamento. Tomar conciencia, exacta y profunda, de lo trágico que ha sido el efecto de esta caída es el primer movimiento intelectual que tenemos que efectuar. Repito: no para desesperar, sino precisamente para volver a esperar. Solo tras este movimiento, la política, todo el actuar y todo el pensar político, no solo el que quiere superar, sino también el que quiere conservar el actual orden o desorden del mundo, podrá alzarse a las alturas, que no ciertamente el presente, sino que únicamente el pasado ha alcanzado. La política en general tiene la necesidad absoluta de zambullirse de nuevo en la experiencia de vida de las personas. Solo así puede regenerarse. Y la política, en particular la política de una subversión civil, tiene una necesidad añadida: reencarnarse en el vivir cotidiano de las personas sencillas, el verdadero cuerpo para el propio espíritu.

Cójase este discurso como se quiera. O déjese totalmente de lado. No tiene importancia. Hace tiempo, por pura casualidad, resulta que me topé con la cubierta de un libro en la que el título estaba al revés. Me ha parecido ver en ello, simbólicamente, el coraje

de una inversión radical. Lo justificaba el propio título: *But what if we're wrong? ¿Y si no estuviésemos equivocados?*

La sabiduría de la lucha

Mario Tronti

AQUÍ, DE FRENTE, de nuevo, el umbral. Te empuja, en las espaldas, el choque de los años. Siempre con mayor timidez abres la puerta del mañana. Atraviesas otra «línea de sombra», que como nos ha dicho un autor querido, Joseph Conrad, no es nunca una, esa, sino más de una y todas ellas diversas. Me siento aquí como en medio de muchos amigos. He pasado una vida intentando conocer al enemigo mejor que el enemigo se conoce a sí mismo. He aprendido, no obstante, que al enemigo no se le combate bien sin el amigo. Ha sido una fortuna de la existencia haber tenido como don el milagro de antiguas amistades, sólidas, estables, enraizadas en lo profundo. Y haber después alimentado otras, nuevas, surgidas, recurrentes. Misterioso este flujo de atención, sentida primero antes que pensada, una afectividad amistosa que, debo decir, funciona para mí como una coraza de defensa de los golpes, que un mundo como este te reserva. Puedo practicar esa *tranquillitas animi et securitas* [tranquilidad de ánimo y seguridad], que la sabiduría de los antiguos recomendaba. Y mantenerme alejado de todo tipo de neurosis, tan frecuente

en quien desempeña una actividad intelectual. Lejos también de ese *ressentiment*, que no tiene el defecto de convertirnos en malos, porque un poco malo, ¡en cierta medida!, hay que ser, pero que tiene el defecto de convertirnos en odiosos. Es fácil decir que se sabe y se debe hacer el bien. Difícil, muy difícil, decir que se sabe y se debe hacer el mal. No hay que matar a nadie, nunca, por ninguna razón. Pero en este mundo injusto, quienes producen injusticias deben ser castigados. Para quien produce desigualdades, marginación, explotación capitalista del hombre por el hombre, como recitaba una hermosa expresión del pasado, la punición es una acción sagrada. Después, en este tiempo del rencor, la ira es soportable solo si se expresa con ironía, la indignación solo si se practica con la organización. La contraposición es aceptable solo si se gestiona con el desapego. En la lucha hay que cultivar, hay que nutrir, siempre, un desencanto de parte. Aquí comienzan de inmediato a manejarse los ingredientes, que mezclan sabiduría y política. Se puede, y se debe, golpear con dulzura. Es preciso hacerse amar también por aquellos a los que odias. Invertiría el *diligite inimicos vestros* [ama a tus enemigos]. Amor, en política, y quizá también en el resto, no es otra cosa que respeto. Debes hacer de modo que tu adversario te respete. Aquel a quien combates es bueno que tenga de ti una alta consideración. Esta posición la debes conquistar: creciendo, día tras día, en una autoridad superior. El enfrentamiento sigue estando ahí, pero se eleva de nivel. Cuanto más alto es el nivel, más intenso es tu crecimiento personal. «La querida, dulce, costumbre de vivir», de la cual hablaba Goethe, siempre la he sentido, en estos largos e interminables decenios, como este flujo que discurre y que en parte te sorprende,

en parte te consuela. Para mí, también esto es política, y sabiduría en la política.

La propia presencia pública debe acumularse, como una riqueza, y después, sin embargo, ser gastada con mesura y frugalidad, consumida con austeridad. En un mundo como este, en el que las luces de la escena ciegan también a los no videntes, el *bene vixit qui bene latuit* [bien vive, quien vive oculto] se convierte en un arma de defensa imprescindible. Me he encontrado en la tesitura de teorizar la figura de los «invisibles», como los mejores de nuestro tiempo, los aristócratas, en el sentido etimológico de la palabra. No los busco, los encuentro y los he encontrado. Poder pasear durante toda una jornada por las calles de la ciudad –perdersé en la ciudad, decía Benjamin, es un arte– sin encontrar a nadie que te reconozca, lo considero un precioso privilegio. Una condición de libertad absoluta. Esa cosa estupenda que es la soledad. Estar, sentirse solos, en medio de la multitud. Cada verano me llevo al campo un autor para que me haga compañía en el lento, largo transcurrir de los días. Puede ser Benjamin o Taubes, Herman Broch o Gottfried Benn, Ivan Illich y Ramón Panikar, los sermones de Meister Eckhart junto con los preceptos de Angelus Silesius, por citar solo algunos. Afinidades electivas, adecuadas, todas, a la nobleza del espíritu. Y permanecen reflejos de ellas en este discurso. Muchas compañías femeninas, de Margherita Porete a Simone Weil, de Ildegarda di Bingen a Edith Stein. Paseo y hablo con ellos y ellas y todos ellos me hablan. Diálogos sagrados, que Musil nos ha enseñado a privilegiar. En 1962 Kojève escribió a Leo Strauss contándole una conferencia, que había pronunciado recientemente en París. Estaba

acostumbrado a círculos restringidos de espectadores elegidos. En su famoso seminario de finales de la década de 1930 sobre la *Fenomenología del espíritu* de Hegel había visto ante él a Lacan y Bataille, a Merleau Ponty y a Éric Weil, a Jean Hyppolite y, en ocasiones, a Breton. Esta vez había pronunciado esa conferencia en plena década de 1960 y se había encontrado la sala rebosante de gente, en gran parte jóvenes. Hablaba y todos aprobaban sus palabras. «Sucedió una cosa terrible –le escribía a Strauss–, porque cuanto más radicalizaba el discurso, más se mostraban de acuerdo». Kojève concluía al respecto: uno, hay que hablar a los pocos y no a los muchos; dos, es preciso hablar y escribir lo menos posible.

Aquí, una curva del discurso. Los discursos deben ser curvados. No se puede proceder en línea recta como si estuvieras en la Prospekt Nevskij, que decía aquel. Porque si se procede así, uno es arrasado por la corriente de los discursos, precisamente, corrientes. Entonces, quiero desvelar, jugando con la ironía, una condición, digamos, de espíritu. Cada mañana, además de la pastilla para mantener a raya la tensión arterial, hago una operación análoga para mantener a raya otro tipo de presión. Son ejercicios de técnica T'ai Chi, coordinación de movimientos, y de técnica Qi Gong, concentración de la respiración: en búsqueda de relajación con el fin de contener, mantener, racionalizar y en último término enmascarar, ¿qué cosa?, pues, la rabia, dentro. Me contaban mis padres que, de crío, de repente, sin que sucediese nada, a veces durante las tranquilas comidas cotidianas, me ponía a llorar. Y cuando me preguntaban por qué lloraba y qué me pasaba, respondía: tengo rabia. Posteriormente ha continuado,

ha crecido, continúa creciendo y serenamente envejeciendo conmigo. Después he comprendido. Había nacido conmigo. La rabia contra este orden del mundo y las formas de vida que este dicta, contra esta figura de la relación social en su desequilibrada relación de fuerza entre quien está arriba y quien está abajo, contra este miserabilismo de la relación política, que esconde bajo los mejores derechos las peores injusticias, contra la vileza intelectual de hacer cultura hablando de otra cosa en vez de hablar de esto y solo de esto. He hablado ya una vez del terror que pruebo ante la eventualidad no de ser, sino de ser percibido como un viejo sabio. Me repito siempre los versos de Eliot contenidos en el *Segundo cuarteto*: los *old men*: «los viejos deberían ser exploradores / el lugar y la hora no importan / nosotros debemos movernos sin fin / hacia otra interioridad [...]». Y de nuevo: «*Do not let me hear / of the wisdom of old men, but rather of their folly*». Recuerdo haber recibido, para mi octogésimo cumpleaños, una extraordinaria llamada de teléfono de Pietro Ingrao, lucidísima, a sus 96 años, que me apremiaba: pero qué sabiduría, siempre he pensado que tú estabas un poco loco. Y yo, allí, a rebatir: es cierto, pero como nos ha dicho el docto Erasmus, ten en cuenta que la locura no es lo contrario de la sabiduría, piensa en la locura, tal vez fingida, de Hölderlin durante cuarenta y cinco años en la torre de Tubinga, piensa en los locos de Dios, en la sagrada tierra rusa, que creían en lo increíble y eran más sabios que los incrédulos, piensa en la verdad del Mesías realmente venido, «escándalo para los judíos, locura para los paganos». E Ingrao respondía: lo sé, la política, cuando quiere ser demasiado sabia, acaba por ser estúpida. Nos hemos enredado así durante media hora. Hemos concluido

que hay sabiduría y sabiduría, como hay política y política. La sabiduría sin lucha está vacía, la lucha sin sabiduría es ciega.

Suelo utilizar en ocasiones, por comodidad, la sabiduría de los antiguos, la griega, la de los estoicos, la de los epicúreos, la de los presocráticos en general y la romana, sobre todo la de la época imperial, pero no la busco. Busco, por el contrario, la sabiduría de los modernos: la que comienza a formarse en el gran siglo XVII. Charron en su *De la sagesse* confirma lo indicado precedentemente: «Están bastante próximas la sabiduría y la locura. De la una a la otra no hay más que un *demi-tour* [...]. Y la filosofía nos enseña que la melancolía pertenece a ambas». Es completamente cierto. Lo opuesto a la sabiduría no es la locura, es el buen sentido, bella pareja del odioso sentido común. Ese buen sentido se halla bastante cerca no del creer, sino de la credulidad. El pensamiento nos advierte, cada vez que lo frecuentamos seriamente, que no se puede ser sabio y optimista. De aquí la correspondencia de sentidos entre *melancholia* e *sagesse*. En mi estudio, entre las colinas de mi verde Umbria, en mi mesa de trabajo, me mira y miro una reproducción de la *Melencolia* de Durero, con sus elocuentes símbolos, que Panofsky y su escuela han explicado correctamente. Me reconozco en un temperamento taciturno. Y soy un signo de luna. Pero, sí, volvamos a la sabiduría de los modernos: una sabiduría inquieta, inquietante, nunca tranquilizadora, ni para sí, ni para los demás, no hija de la duda metódica, como se cuenta a menudo, sino, por el contrario, madre de esa dialéctica sin síntesis, que hace viva la historia y finalmente fascinante la vida. No tendría ni siquiera la necesidad de decirlo por lo

manifiestamente evidente: la mía es una sabiduría de parte, de conflicto, una sabiduría militante, que ni ríe ni llora sobre los extremos, aunque los frecuente, sino que spinozianamente los comprende, mientras busca el hacer, el actuar entre ellos, con la habilidad de la fuerza y sin la estupidez de la violencia. Una posición difícilísima, precisa en sus objetivos, definida en sus contenidos y que, precisamente por estas características no genéricas, y todavía menos habituales, huye de la actividad normal del conocimiento y de la comprensión, que atraviesa el actual mercado común de las ideas.

El punto de referencia intelectual es la gran historia de la política moderna, concretamente en el filón de su desapasionado realismo. Siempre me ha parecido extraño que la parte destinada a la contestación de este orden social, tanto en su declinación moderada y vanamente reformista, como en sus veleidades radicalizadas y vanamente subversivas, se haya mantenido regularmente, al menos en teoría, al margen de esta historia. Existe una fórmula, que hace las veces de hilo rojo permanente en las experimentaciones, dotadas de enorme movilidad, del poder moderno, sean estas prácticas o instituciones. Esta afirma: ¿cómo engañar al pueblo? De los discursos del siglo XVI sobre la razón de Estado a los delirios de las diversas *Mein Kampf* del siglo XX, de las Enciclopedias del siglo XVIII, que querían iluminar las mentes, a las insulsas democracias buenas para los *millennials*, siempre se ha tratado de esto y de esto todavía se trata. Federico II de Prusia, de quien Sainte-Beuve nos ha narrado espléndidamente «la feliz mezcla de sagacidad y audacia, cualidad rara y ambicionada, que une y recoge en sí todas

las perfecciones que la naturaleza concede, cuando quiere formar un gran hombre de guerra», utilizando las palabras que este rey-político, hablando de su hermano Enrique, evidentemente se atribuía a sí mismo, bien, Federico, dicho el Grande, lanzó en 1780 un concurso, convocado por la Academia de las Ciencias, sobre el tema siguiente: «¿Es útil engañar al pueblo?», entre cuyos participantes se contaban figuras del calibre de Condorcet y Chantillon. Mi problema, de aspirante a sabio teórico de la política, es el contrario: si resulta útil engañar al príncipe. Es decir, cómo engañar al poder, o sea, cómo engañar a quien sucesivamente detenta el poder sobre mí y sobre los míos. Luego hablaré de los míos. Pero cuando evoco, de este modo, este tema, siento descender sobre el mismo un perplejo silencio. Quienes sobre la política hacen filosofía, se retraen ofendidos en el pensamiento. Quienes sobre la política hacen ciencia, no comprenden empíricamente el núcleo del problema. Quienes hacen política, oponen hipócritamente un desdeñoso noble rechazo ético.

Para mí, en estos momentos, el tema es otro. Y es la objeción verdadera, que querría que alguno hiciera y que ninguno hace: es decir, la dramática constatación de que esas dos formulaciones clásicas del problema político ya no funcionan. Y los enanos de hoy, que no han sabido subirse a las espaldas de los gigantes, se han quedado mirando sin comprender. Porque yo pienso una cosa: que no ha concluido la modernidad, ha concluido su clasicidad, ha muerto esa edad clásica de la modernidad, esa antigüedad de la modernidad, que «nuestro» siglo, «mi» siglo, el siglo XX, había primero elevado y después puesto justamente en crisis, pero en crisis de

desarrollo. Ha sucedido después, para nuestra desgracia y para la de otros, que aquellos que se han encontrado ocasionalmente encargados de gestionar la situación posterior al movimiento obrero, de esto estamos hablando, no han sabido recoger su herencia. Demasiado pequeños para esa gran historia. Y «su» estúpido tiempo nuevo, que todavía nos toca vivir, ha dilapidado posteriormente la totalidad del patrimonio, como hacen los hijos depravados, que, en vez de invertir la riqueza real acumulada por los padres, la consumen en efímeros placeres virtuales. En el fondo, hemos atravesado, en este extenuante y largo paso de siglo, una especie de saga Buddenbrook, esa decadencia burguesa de una familia aristocrática, sin el rasgo trágico de la narración literaria y sí con lo ridículo de los asuntos cotidianos. Y consolémonos: no se trata solo de Italia, es Europa, es Occidente. No hay ya a quien engañar. No existe ya el príncipe, ni como Estado, ni como partido. Esto es la posmodernidad: la despolitización del poder político y la neutralización del conflicto social. De la práctica viene no la transformación, viene en realidad la extinción del concepto de poder. No porque se haya difundido, articulado, microformado en dispositivos de mando biopolítico, como recita la narración de estos, de los biopolíticos precisamente, que frente a la puerta cerrada han pensado sagazmente en tirar la llave. También es inexacto decir: poderes económico-financieros fuertes. El mando se halla en el círculo relacional sistémico de producción-mercado-consumo, un cuerpo sin cabeza, que precisamente por ello tiene necesidad de la prótesis ofrecida por la personalización del jefe a través del mecanismo de democracias cada vez más demagógico-populistas. Los monstruos bíblicos, Leviathan,

Behemoth, no solo han sido destronados, sino que han sido secularizados en las funciones de mando de los Fondos Monetarios Internacionales, de los bancos centrales y arriba, arriba, de las agencias de *rating* y finalmente de los nuevos grandes monopolios de la comunicación mediática, que se encargan de la reproducción ampliada de todo esto. Y ya no existe el pueblo, ese verdadero, estructurado en clases, pueblo político socialmente antagonista. Una reducidísima parte del mismo, elevada en el ascensor social, ha sido acogida en la pequeña burguesía, mientras que en su mayor parte ha sido arrojado escaleras abajo y caído en el plebeyismo. En el puesto del pueblo político tenemos el populismo antipolítico. La dialéctica moderna clásica de consenso y de conflicto, gobernantes/gobernados, se ha reducido de realidad de lucha a virtualidad de palabra. Estamos todos verdaderamente en la misma barca, como se dice periodísticamente. Los gobiernos políticos son ellos mismos económicamente gobernados. Y los ciudadanos dichos soberanos serán llamados cada vez más a elegir técnicos de sistemas, mantenedores de la máquina, funcionarios de la moneda, administradores del condominio-país y después, en el día de fiesta anunciada de la ciudad, convocados a plebiscitar a algún vendedor de alfombras mediante las consabidas elecciones.

No creo que esta sea la última estación de la historia. Me autopromociono yo mismo a pensador del fin de *una* historia, no de *la* historia. Me pregunto a menudo: pero, ¿por qué, después de siglos y milenios de asuntos humanos, desde luego históricos, precisamente en estos insípidos años todo debería comenzar de nuevo? ¿Ha quizá retornado el Mesías,

como había prometido, para dividir de nuevo el tiempo en un antes y en un después? No me lo parece. No lo veo. Recuerdo siempre a los insoportables cantores del «todo es nuevo», una verdad difícilmente contestable: quienes mandaban en tiempos de mi abuelo, nacido en pleno siglo XIX y muerto en un hospicio para pobres, son quienes mandan todavía, tan solo acicalados con un maquillaje, que aparentemente les rejuvenece, y aquellos destinados a servir, como le ha acontecido a él y a sus descendientes, están todavía ahí inclinando la cabeza, entonces bajo esclavitud forzada, hoy bajo servidumbre voluntaria. Hay una cosa que echo de menos. Dicho sin ambages, verdaderamente habría querido nacer antes y en este momento ya haber desaparecido. Falta mitigada por ese sentido de oscura felicidad que te invade, cuando después piensas haber logrado huir a tiempo al destino, que temo para mis nietos, de denominarse un nativo digital. Es una suerte singular la nuestra venidos al mundo en la terrible década de 1930. No hemos podido participar en lo mejor de la historia del siglo XX: la edad de las guerras civiles europeas en cuyo interior se produjo la Revolución de Octubre, el *great crash* del capitalismo, el intento de construcción del socialismo, la lucha antifascista, la Resistencia, la construcción de la República, la escritura de la Constitución, ese momento mágico de la posguerra, que ha visto por primera vez al pueblo entrar en el Estado a través de los partidos de masas. Hemos llegado cuando prácticamente todo había sucedido. Comenzaba una historia menor. Era tal la nostalgia de la gran historia que cuando llegó la fabulosa década de 1960, nos pareció captar un fabuloso retorno de época. Fue una generosa ilusión, toda subjetiva. No era así. Partía de nuevo de ahí, en

realidad, una nueva paz de los cien años en la cual estamos hasta ahora irremediamente inmersos. Hay quien ha benévolamente observado el excesivo uso que hago en mis palabras y en mi escritura del adjetivo «grande». La mala costumbre ha alcanzado su pico máximo, cuando he hablado de gran siglo xx y de pequeño siglo xx. Confieso el pecado. Y quiero justificarlo aquí. Conformada mi conciencia con esa historia tras mis espaldas y habiéndola conocido en los libros, me he formado intelectual y humanamente, con la intención decidida, con la elección de vida, de dedicar mi existencia personal a cambiar el mundo sobre ese rozamiento de fuerzas, sobre ese encuentro de potencias, con independencia de lo trágico de los acontecimientos, de la dureza de la acción, de la pesadez y la gracia del compromiso. Mi propia escritura, ensayística pero también periodística, se halla hasta tal punto calibrada respecto a las glorias de una época pasada que se adapta mal a las miserias del tiempo presente. Resulta quizá a la mayoría inútilmente excesiva. Soy consciente de ello. Pero me niego a reducir el sabor a la insipidez de lo que ofrece el actual rancho de cuartel. En suma, para concluir sobre este punto: me había preparado políticamente para vivir una historia, que no ha existido. Gran parte del desnivel, de la desproporción, del diverso plano de eficacia, entre la capacidad del decir y la posibilidad del hacer radica aquí. He recitado, para mis compañeros de camino, no por casualidad, como epílogo a *La política al tramonto*, los versos de Hölderlin de *Brot und Wein*: «*Aber Freund! Wir kommen zu spät*», amigos míos, hemos llegado demasiado tarde. Y es cierto, hemos querido siempre demasiado respecto a lo poco que la falta de época nos reservaba.

Pero este bendito pronombre «nosotros»... Detengámonos un momento sobre este asunto. Es importante. Este tiempo lo ha, por así decir, deslegitimado y de todas formas falsificado. Recordemos: *we can* y demás. Malas tendencias, no solo prácticas, tienden directamente a degradarlo. El odio por los partidos, el desprecio de los sindicatos, en general la demonización de lo público, en una palabra, esa verdadera y propia epidemia, por ahora desprovista de una vacuna disponible y sin ningún politólogo encerrado en el laboratorio para investigarla, esto es, esa contagiosísima enfermedad, que se llama antipolítica, todo esto va en esta dirección. Se requiere de mucho equilibrio en el tratamiento del tema. Nuestro campo tiene más de una culpa de la que arrepentirse. Pero, ¿no podríamos comenzar diciendo que, en el purgatorio de estos años y decenios, las hemos ya purgado, estas culpas, y que se trata ahora de salir de este limbo? Tal vez para recaer en el infierno y la cosa, si se me permite decirlo, no me espanta. También, quién sabe, para entrar en el paraíso, como dijo alguno, por la puerta de atrás. En todo caso: la limosna depositada en la bandeja del individualismo dominante, me parece que la hemos dado abundantemente. Sería el momento de ir más allá. Aquí me hago, por un momento solo, pacifista. Hermosa la autodefinición de Gino Strada: «No soy pacifista, estoy contra la guerra». Sí, porque estar contra la guerra no implica estar por la paz. «Por la paz perpetua», decía Kant, se lee habitualmente sobre las puertas de los cementerios. Entre el yo y el nosotros debe firmarse la paz, aunque sea una paz armada, por una y otra parte. Conflicto, en realidad, habrá siempre. Porque, entendámonos, las puertas de salida de la sociedad burguesa de los individuos están,

más que momentáneamente, bloqueadas, cerradas a cal y canto. Disponemos tan solo, en todo caso, de una salida de emergencia en la eventualidad de que se produzca el incendio de la «nueva gran crisis». Improbable, pero posible, por las señales que hemos visto, alrededor y en su seno, incluso en tiempos pandémicos. ¿Quién nos hace comprender algo de esta posibilidad, Foucault o Marx? La biopolítica nos sirve para descryptar los movimientos del yo, hoy ciertamente más complejos e intrincados que en el pasado. Pero frente a las dislocaciones que las fuerzas de la historia, en sus dimensiones colectivas, operan y proyectan, no hay más remedio que asumir, hoy y siempre, la vieja querida cura de la política en la sociedad, que para mí consiste en el forzamiento subjetivo de una lectura teórico-práctica de los movimientos y mutaciones que están ahí, en la dura objetividad del mundo globalizado.

«¿Quién dice la gente que soy?», preguntaba Jesús a sus discípulos. Conocidas las respuestas equivocadas, replicaba: «¿Y vosotros quién decís que soy?». A la respuesta justa, «les impuso con severidad que no hablaran a nadie de él» (Marcos, 8: 27-33; Mateo, 16: 13-23). A la irreconocible izquierda de hoy habría que preguntarle: *pero vosotros, ¿quién decís que somos nosotros?* ¿No son estas las preguntas que una fuerza política debería plantear cada día a sus militantes tanto para verificar la correspondencia entre imagen e identidad, como para fortalecer esta y para poner al día aquella? Pero estas son también las preguntas que debe plantearse, un día sí y otro también, esa entidad individual que ha tomado la decisión de estar en el mundo sin ser del mundo. Y entonces: yo y nosotros. ¿Nosotros quién? ¿Yo quién? La respuesta

la tengo bastante clara, desde hace tiempo, si bien ha pasado y continúa pasando, precisamente, como decíamos, a través de sucesivas «líneas de sombra», descendiendo con los años cada vez más en un claro profundo. Siento que soy, sé que soy, el terminal, uno de los terminales, infinitésimo, de una historia, de una historia de larga duración, historia milenaria, eterna, de las clases subalternas. Un extraordinario privilegio antropológico me ha colocado existencialmente, entre otras cosas, dentro de este mundo vital. Las clases populares romanas, de las cuales provengo, me han enseñado a ser plebe, sin plebeyismo. Y esto en el fondo es pueblo. El «monumento a la plebe de Roma», que Belli ha ensalzado en sus sonetos, es uno de mis *livres de chevet*. Estoy agradecido a los míos por haberme dado el nombre de Mario, el representante de la plebe romana en las guerras civiles contra los aristócratas de Sila.

Considero todo esto mi plusvalor humano. Y después, tenemos la otra vertiente, la irrupción de la política, precoz, ya en mi adolescencia. En el momento de mi nacimiento, el Partido Comunista de Italia tenía apenas diez años, no era todavía el crío «robusto y malicioso», como lo definirá y lo convertirá Togliatti en su PCI. En mi nonagésimo cumpleaños se celebran los cien años de su fundación. No hacerlo constar sería una reticencia o, peor, una represión inconsciente, que veo tan absolutamente generalizada por ahí como para huir tan solo de su sospecha. Correcta, pues, la reivindicación en este momento de la conexión sentimental con esa historia de parte de todo un pasado de vida, no solo simplemente política, sino generalmente humana, hecha de pensamiento y de práctica, de investigación

y de pertenencia, todo ello encarnado en la persona, a su vez totalmente inmersa en el propio tiempo. Un recuerdo debido, una preciosa memoria, pues, que siento el deber de convocar. Los compañeros de la sección Ostiense, que entregaron orgullosos el carnet al estudiante de filosofía, mis maestros anónimos, que sabían de política sin necesidad de politología, que conocían el mundo sin necesidad de geopolítica, de día trabajadores en las empresas del barrio, por la tarde a su modo políticos de weberiana profesión y vocación: una especie humana extinguida, que no encontraréis en los libros de historia. Me enseñaban qué era la lucha por la buena causa y las reglas para bien conducirla, aplicando cotidiana y rigurosamente, en el trabajo y en el tiempo libre, *das Kriterium des Politischen* del amigo/enemigo, antes, mucho antes, de que yo lo descubriese, además de en los libros de Karl Marx, en las páginas de Carl Schmitt.

Pero este no es un dato determinante. ¿Habría podido, todo esto, no existir? Ciertamente, pero agradezco al destino que me lo haya concedido. Todo el resto deriva de ahí. Después, la obligación verdadera es dada por la decisión, tomada y cultivada, de esta pertenencia. Y esta análogamente cuenta. Se ha hablado mucho de los intelectuales de origen burgués, que han optado por el movimiento obrero. Es un asunto cierto, pensamiento vivido. A mí me ha tocado la experiencia, a su modo específica, del *homme du peuple* que escoge la clase obrera. He aquí el sentido de la historia de larga duración. Todas las revueltas, las insurrecciones, las herejías sociales, políticas, también religiosas, todas las insurgencias de insubordinación desde abajo, están detrás de mí, como mi propio pasado. Después, en medio, un

acontecimiento decisivo. La historia de las clases subalternas se ha partido en dos: hay un antes y un después. Estamos en deuda con el capitalismo por habernos otorgado este don. Debemos restituirse-lo, también aquí, con la sabiduría de la lucha. Del proletariado del siglo XIX a la clase obrera del siglo XX, se ha verificado la desviación, el salto, en el seno de la modernidad, de ese acontecer que no vacilaría en llamar ontológicamente revolucionario: teóricamente irrumpe en la obra de Marx, históricamente surge en el Octubre bolchevique. La clase obrera, que pertenece por derecho propio a la historia de las clases subalternas, de hecho, se quita de encima el peso histórico de la subalternidad, aspira a ser clase dirigente, intenta hacerse clase dominante. Ambas, la aspiración y la tentativa, trágicamente resueltas. Pero no fracasadas, este es el punto. Ojo con la geopolítica: el terreno decisivo del conflicto en la actual globalización. El choque de civilizaciones desde posiciones de potencia entre Oriente y Occidente, donde no casualmente vuelve a hablarse de guerra fría, ¿no puede leerse también como prolongación, si bien anómala, de esa historia del siglo XX? Y, además, la emancipación del proletariado, mediante las luchas y las organizaciones obreras, ha intentado verdaderamente emancipar a toda la humanidad. Cuánto lo haya logrado, es otro discurso. El proceso de liberación no se ha injertado en el proceso de emancipación. Porque la revolución democrática no ha sido llevada más allá de sí misma hasta el cambio social radical. Pero tras esta transición, la opresión ha dejado de ser sufrida por muchos pueblos, la liberación ha sido reivindicada por las mujeres, la república fundada sobre el trabajo ha sido escrita en la Constitución. Se puede decir que, en realidad,

nuestra humanidad contemporánea se ha emancipado hoy sin saber que lo ha sido. Y ello porque se ha creado un abismo en la relación de fuerza existente entre sujetos y procesos, los primeros debilísimos, los segundos potentísimos. El movimiento obrero ha tenido el mérito de alzar el tiro y ha sufrido la culpa de no acertar al objetivo. Sus insensatos herederos han bajado la mira para dispararse por pura obtusidad en los pies. Cuando se habla en este texto de sabiduría y política, se está hablando de esto.

En este momento, ante mí, he aquí otra curva del discurso. Esta vez una curva en forma de U, como retorno al punto de partida. Caproni: «Vuelvo a donde nunca he estado». He oído decir a Mario Trevi: no soy yo quien ha llegado a los 80 años, son los 80 años los que han venido a mí. Vale para mis 90. También yo los acojo, como se acoge a un huésped esperado. Puedo ahora aplicarme a mí mismo, después de haberla usado para otros, la sabrosa fórmula que intercambiaron Jünger y Schmitt en ocasión del nonagésimo aniversario de este último: «La vejez ha terminado, ahora comienza la edad de los patriarcas». Ni siquiera con la barba que me he dejado, me veo en la siempre imponente estatura del patriarca, pero es hermoso poder decir en vida: la vejez ha terminado. Así pues, hay un más allá, incluso para esta. En el tránsito, milagrosamente se repite esa dialéctica inconclusa entre salida y vuelta: salida de uno mismo, vuelta a uno mismo. El agustiniano *inquietum cor nostrum* [inquieto corazón nuestro]: entre la llamada del bosque, del correr allí donde hay que combatir, a golpear, ¿por qué no?, con las manos del pensamiento, y no solo, y la predisposición a la *beata solitudo, sola beatitudo* [bendita soledad, única

felicidad]. Cuando vuelvo al campo, encuentro siempre abierto sobre mi mesa *Also sprach Zarathustra*, en la página que se titula «Retorno a casa» y me recito: «¡Soledad! Oh patria mía, soledad. Durante demasiado tiempo viví salvaje en un país extranjero, cómo no llorar, ahora que retorno a ti [...]. Allí abajo todos hablan y ninguno escucha. También si confías tu palabra de sabiduría al bronce de las campanas, el tintineo de las monedas de los mercaderes vencerá su sonido». Pero, precisamente, aquí hay un *punctum crucis*, un *locus* irresuelto, una paulina «espinas en la carne». Demasiado cuidado de la interioridad acaba por destruir demasiadas ligazones con el mundo exterior, que debe ser combatido con armas propias, como nos ha enseñado Maquiavelo: armas propias en el sentido de que ellas se encuentran, todas, fuera de ti. Demasiado refinamiento de cultura, demasiada artificiosidad de escritura. La palabra no a la altura de las personas sencillas. Que, sí, están por encima de nosotros. Y no bastan, aunque sirvan, la disimulación honesta de Torquato Acetto, el arte de la prudencia de Baltasar Gracián, ni la perspicacia del hacer que corrige el extremo del pensar. Entonces querría hablaros, del modo, si lo logro, más desencantado posible, de un tormento interior, que acompaña constante mis días. Dicho taxativamente, el hecho es que no estoy satisfecho de mí mismo. A fin de cuentas, la obra, entre intención y realización, echa en falta un resultado. No he dado políticamente a mi parte social todo cuanto ella merecía y todo cuanto quizá habría sido capaz de dar. Errores de posicionamiento, elecciones equivocadas en el momento justo: y estas, si se escapan, no vuelven. Cierzo, la imperfección para el ser humano es un dato. Hay una ontología de lo que falta, que condiciona

nuestra existencia. No quiero caer en un registro filosófico. En resumen, no he hecho demasiada política, como muchos que me aprecian me recriminan, he hecho por desgracia demasiado poca.

Cuento entonces, consideradla un paréntesis y saltadla, si lo preferís, la experiencia de una desazón. Intento hacerlo con discreción, para no cargar de excesivos significados una dimensión en el fondo solo íntima, pero que sirve quizá para hacerme comprender en lo relativo a la verdad y falsedad de afirmar *we the people*. Me acercaba al Senado en transporte público. En el metro y en el bus del Coliseo al centro no había problemas. Pero para llegar de casa a la estación de metro de Laurentina, había solo un autobús que atravesaba los ocho puentes que quedan, tras haberse demolido tres a causa de su degradación. Subía y bajaba una humanidad marginada, abandonada, desprovista, excluida, los perdidos, los invisibles: helo aquí el pueblo de carne y hueso de los ahora famosos *forgotten*. Un mundo en sí mismo, sin desesperación, incluso con una recíproca simpatía comunicativa. No es como el no lugar del metro, donde cada uno se halla tan ocupado con su móvil que no puede ocuparse de los demás. Estas personas se hablaban, se contaban, de los hijos, de los nietos, del trabajo que no hay y cuando se tiene no basta para vivir con dignidad. Escuchabas fragmentos de auténtica vida familiar cotidiana. El vestuario era ese: monos, anoraks o camisetas con frases diversas, gorras con los colores rojo y amarillo de la Roma, chavales con el pendiente y chicas con el pelo violeta, jóvenes con diversidad funcional amorosamente ayudados por sus padres. ¿Cuál era el problema? Por razones de reglamento, yo debía llevar ese

uniforme de ordenanza, que consistía en traje, prevalentemente oscuro, chaqueta, camisa y corbata. En invierno podía esconder todo ello bajo un abrigo, incluso con una bufanda. En primavera y en verano, porque los trabajos en el Parlamento se prolongan hasta la primera semana de agosto, quedaba al descubierto. He aquí la desazón, el embarazo, si no directamente la vergüenza. Tal vez no era verdad, pero me parecía captar miradas hostiles o al menos desconfiadas. Me encontraba bien entre ellos, pero ciertamente no era percibido como uno de ellos. En realidad, precisamente como alguien que está de la otra parte. Me llevaba conmigo el problema al interior del Palazzo Madama y allí intentaba más o menos bien, no representarlo, no tenía ni la autoridad ni la fuerza para hacerlo, pero al menos, a mi manera, comprenderlo e interpretarlo. Debe leerse también así esa experiencia mía contestada por tantos amigos y compañeros. Entendámonos, estoy convencido de que los representantes del pueblo deben cuidar y honrar, exteriormente e interiormente, la dignidad que se espera de las instituciones. Considero justo que el Senado mantenga todavía la obligación de llevar chaqueta y corbata. La obligación ya no existe respecto a la corbata en la Cámara de diputados y el panorama no es grato de ver. Estas concesiones no son otra cosa que míseras concesiones a un malvado populismo antipolítico. Togliatti reunió a los electos de los grupos comunistas en el primer Parlamento republicano para decirles: ahora, antes que nada, id a compraros un par de trajes y no os olvidéis nunca de la corbata. Alfredo Reichlin, de buena escuela togliattiana, me dijo una vez: yo la corbata no me la he quitado jamás. No solo desde este punto de vista, que puede parecer un asunto sin importancia,

he podido verificar después personalmente diversas formas de degradación tras la conclusión de la Primera República. En la legislatura de 1992, contemplé la llegada de los pintorescos primeros *leghisti*, vestidos de modo extraño y hablando una lengua propia no precisamente impecable. Nada respecto a lo que me ha tocado asistir en la legislatura de 2013 con la llegada en masa de la devastadora orda *grillina*. El lenguaje, más que extraño, llegaba a tocar extremos de grosera vulgaridad. Y en cuanto al modo de vestir, especialmente entre las mujeres, con frecuencia correspondía a aquella. Mi compañero de bancada, el inolvidable Sergio Zavoli, murmuraba cuando veía entrar en aula alguna de ellas llevando en sus pies, decía escandalizado, chanclas. No digo esto al azar, sino para subrayar un punto que me parece realmente importante: la alta tradición popular del movimiento obrero, subversivamente destituyente en los contenidos, me ha enseñado el gran respeto de las formas, de todas las formas, de las privadas y de las públicas, y, por consiguiente, *in primis* de las institucionales. Frecuentar estas con seriedad, dignidad y honor, lo he considerado como un deber revolucionario.

Pero aquí el discurso no se simplifica, se complica. Repito, solo para subrayarlo, lo que ya he dicho. Verdaderamente, dolorosamente, siento no haber dado a mi parte cuanto merecía y cuanto yo habría podido dar. Y los errores en la elección de la posición externa, pública, están ahí para recriminármelo. Es fundamental dónde se coloca uno en el campo de la lucha, que es siempre relación de fuerza. No debes ir donde te encamina el cerebro o, peor, como se dice, donde te lleva el corazón, sino por el contrario

calcular fríamente el lugar en el que un actuar menos riguroso puede ser, sin embargo, más eficaz. Lo he aprendido después, cuando entonces el fuego en la mente había quemado el leño retorcido de una practicabilidad posible. En *Noi operaisti* hay un pasaje, oscuramente autobiográfico, como debe ser todo pasaje de este tipo, que invitaría al lector inteligente a que intentase descubrir. En otro orden de consideraciones, puede encontrarse una argumentación diferente: quizá ha sido un defecto este cultivo excesivo de uno mismo, que ha acabado por hacer sofisticado el discurso en un estilo de lenguaje, literariamente cuidado, demasiado exclusivo para hablar a los muchos. Quizá hacía falta mancharse más las manos del pensamiento con las palabras comunes. Saber descender al nivel del actuar práctico desde las amadas alturas teóricas es un arte que, como método, debo decir, lo tenía presente, pero en cuanto a los contenidos con demasiada frecuencia no lo he sabido practicar. El choque, o el resbalamiento, de la contingencia no debe ser solo comprendido, debe ser actuado. Cuando veo el estado de sometimiento en el que la gente pobre vive su existencia cotidiana, aquí en el jardincito florido de Occidente y allí en los desiertos desolados del mundo, me pregunto: ¿todos estos años y todos estos decenios pasados, han sido invertidos correctamente, podrían haberse invertido mejor, tal vez con menos inteligencia, pero con más fuerza? Mientras escribo, se me humedecen los ojos... Existe el dolor político.

Siempre me ha gustado frecuentar los discursos sobre el arte de la guerra: de Tucídides a Maquiavelo, de von Clausewitz, Sun-tzu y algunas partes de Lao-Tse referidas al tema al Bhagavad Gita, pero

también los contemporáneos, paz y guerra de Aron, la polemología de Jules Freund y de Gaston Bouthoul. Existe la guerra entre los hombres y la guerra en el hombre. El ser humano, tras la caída, es interiormente un campo de batalla. A este respecto, resulta esencial la frecuentación de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola, una figura a un tiempo de místico y soldado, como debería ser un político de los que una vez se decía que eran «caballos de raza», consciente de tener dentro de sí la lucha sin cuartel entre «su divina majestad» y el «enemigo de la naturaleza humana», con independencia de cómo se quiera determinar estos históricamente. Aconsejaba San Ignacio: *in actione contemplativus, in contemplationes activus* [en la acción, contemplativo, en la contemplación, activo], con la precedencia del apotegma dominico: *contemplata aliis tradere*, transmitir a los otros la sabiduría así alcanzada. Si existe, como es el caso, contraposición entre *praxis* y *theoria*, también como filosofía, entonces la *contemplatio* se convierte en la más alta forma de acción. *Vita contemplativa* no se opone a *vita activa*. *Contemplatio* viene de *templum*. Contemplación es la operación de *ta mystikà*. Es apertura al verdadero tercer ojo, como dice Ugo da San Vittore, siendo los tres ojos sentidos, razón y espíritu.

Hoy, en biopolítica, está de moda el deseo: una reivindicación femenina muy intensa, que no debemos infravalorar. Prefiero manejar esa categoría de lo político que es la intención, no simple voluntad, sino voluntad orientada a un objetivo con medios escogidos y ponderados. En suma, querría terminar mis días en la política activa, pero en el modo y en el sentido ahora explicados. Es difícil. El destino,

como se ha dicho, no está en nuestras manos. Escribía Montaigne: querría que la muerte me sorprendiese mientras cultivo en el huerto mis nabos. Mis nabos son los conflictos entre los hombres, libre y antagonísticamente organizados, o para conservar el mundo tal como es o para transformarlo de arriba abajo. La política, en este sentido, es cosa, no compleja, pero, sí, complicada: y mucho. Por ello, en sus momentos altos, no casualmente en el siglo xx, se ha aplicado a ella la forma de la profesión además de la figura de la vocación.

Una metáfora de la estúpida ligereza de nuestro tiempo es este abundantísimo culto de lo joven en la política. La metafísica de la juventud puede expresarse eficazmente en tantos lugares y en diversos modos, en un mundo que corre detrás de sí mismo, cegado por lo mísero nuevo que avanza. En política, no, porque el corazón de la política está antagonísticamente dentro del cuerpo de la historia. Siempre, y de todas formas, el pasado no pasa. Debes cargarlo sobre las espaldas, como hizo Eneas con su padre Anquises, para llevarlo fuera de la ciudad devastada: y depositarlo, superado y conservado, en tu futuro. Yo pienso, y lo pienso verdaderamente, que se comienza a comprender algo realmente esencial en política solo después de los sesenta años. Antes, se trata solo de pruebas de orquesta. Para los políticos rige lo contrario que para los matemáticos. Para estos la estación creativa es precoz y fugaz. Para aquellos es tardía y tenaz. Enésima demostración de que la política no es ciencia y no es filosofía. La política es una práctica pensante y un pensamiento practicante, dependiendo desde donde se coja el hilo. Y tiene sus reglas, que no se aprenden de una vez por todas,

sino que debes ponerlas continuamente al día en el cuerpo a cuerpo con la contingencia, en divergente acuerdo con el eterno retorno de lo siempre igual. Experiencia más inteligencia es la cifra que define en sentido propio, específico, la acción política en su autonomía respecto al resto de disciplinas humanas. Al hombre político moderno le habla más Jerusalén y Roma que Jerusalén y Atenas. Es difícil hacerlo comprender precisamente hoy, pero más que el *agora* es actual en realidad el *senatus populusque* [el pueblo y el Senado]: si se quiere ofrecer verdaderamente medida práctica, y no cháchara consolatoria, al anuncio de nuevos cielos y de nuevas tierras. La sabiduría en política llega tarde, muy tarde, porque tiene que ver con el *secretum* del ánimo humano, personal y colectivo, insondable si no es a la luz del largo conocimiento de las cosas pasadas y de la imperturbable comprensión de las cosas presentes. Sin estas dos conquistas interiores, la acción política se hace dependiente del curso del propio tiempo.

Esta subalternidad produce la crisis de la política en las formas de lo apolítico y, peor, de lo antipolítico: la condición que estamos viviendo desde que se ha enterrado el pasado sin generar futuro, ganando un invivible presente. Solo si se viene de lejos se puede ir muy lejos. Si se viene de cerca, no se va siquiera muy cerca, simplemente se permanece parado, allí donde se está. Y si se viene de la nada, como hoy se prefiere, se es nada. Escribía Goethe a los cónyuges Herder el 13 de diciembre de 1786: «Es preciso, por así decir, volver a nacer, y mirar a las propias ideas pasadas como a los zapatos de la infancia». Este es el modo justo para ser modernos y antiguos al mismo tiempo: espíritus libres contra el presente, armados

de la memoria de todo cuanto ha sido subversivo en el pasado.

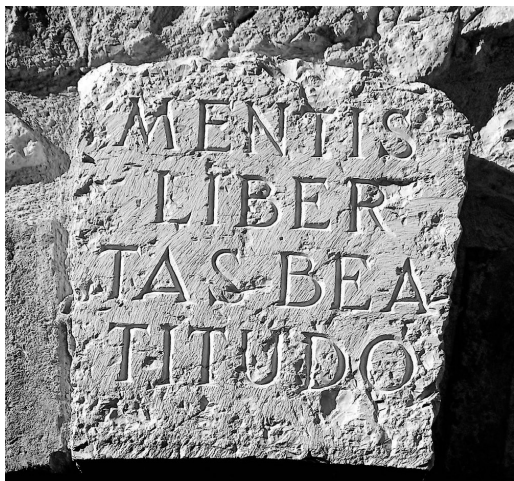
Si se quiere encontrar un centro para esta dispersa producción mía, quizá deba buscarse en este desequilibrio de la relación de fuerzas entre la potencia objetiva de la historia y la debilidad subjetiva de la política. El sujeto moderno, para poder liberarse de los vínculos objetivos, cargados como nunca antes de ideología dominante, tiene necesidad de potencia. Pero precisamente de esta ha sido privado por sus intérpretes destinados, los herederos, lo hemos visto, despilfarradores de las revoluciones del siglo xx. En realidad, solo cuando la política se ha elevado a la potencia de la historia ha vencido, aunque sea provisoriamente. Porque vencer se puede vencer solo provisoriamente. Es cierto que cuando esto sucede irrumpe en la parábola humana la dimensión de lo trágico. En el enfrentamiento entre fuerzas de magnitud similar, recíprocamente irresolubles, no hay sitio más que para la tragedia. Es el precio que es preciso pagar para que el mundo, sustancialmente y no aparentemente, sea transformado. La sabiduría, en política, está hecha de los signos de esta conciencia. «La política consiste en una lenta y tenaz superación de duras dificultades, que debe efectuarse con pasión y discernimiento». Nunca jamás como en esta amarga contingencia es necesario weberianamente «forjarse ese temperamento de ánimo capaz de soportar el hundimiento de todas las esperanzas». Cultivarse, *cultiver son jardin*, dentro, es el imperativo categórico para el hombre de acción y de transformación. De nuevo Goethe, a Boisserée. 11 de septiembre de 1820, en palabras en las que me reconozco: «[...] yo nunca he trabajado ni por la tarde

ni durante la noche, sino siempre por la mañana, cuando me descremaba, por así decir, la leche de la jornada, dejando que el resto del tiempo acabase por coagularse y convertirse en queso».

Bien, cuando llegue «el momento de enrollar las velas», espero poder decir con Pablo en la segunda epístola a Timoteo (4, 7 y 17): «He combatido la batalla buena, he terminado mi carrera, he conservado la fe [...] y así fui liberado de la boca del león». La boca del león es esta forma de mundo y esta forma de vida que devora a sus hijos. Del extremo posible, repetiré hasta el final: ¡no se puede aceptar!

Lo hasta aquí leído quiere ser un discurso de agradecimiento a tantos amigos y amigas, que, al cumplir 90 años, me han hecho sentir calurosamente su proximidad.

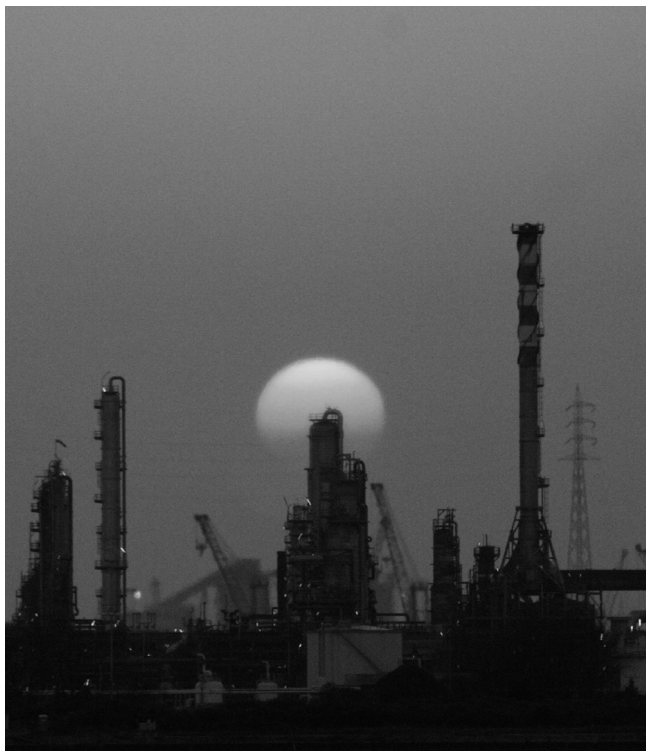
Cuanto sigue son imágenes ilustrativas del discurso, localizables en sus pliegues. Figuras simbólicas, que me hacen compañía en el pequeño estudio de mi retiro umbro. Elocuentes por sí mismas, no tienen ninguna necesidad de explicación. A cada cual el libre placer de interpretarlas.



Mentis libertas beatitudo [La libertad de mente es la felicidad] (Spinoza) |
Inscripción colocada sobre la puerta de entrada de mi casa umbra.



Golpea a los blancos con la cuña roja |
El Lissitzky, 1919.



Puesta de sol en Porto Marghera |
Foto de Stefano De Santis.



El pensador | Auguste Rodin.

Corillo
 Infinito



Ampre car mi fu quest'ermo valle,
 E questa siepe, che da tanto parte
 Del ~~ultimo~~ ^{l'ultimo} confine il guardo esclude.
 Ma sedendo e mirando, ^{interminato} un infinito
 spazio di là da quella, e sordidissimi
 silenzi, e profondissima quiete
 Oh mi nel pensier mi fingo, ove per poco
 Il cor non si smarrisce. E' come il vento
 Che stormia fra queste piante, io quello
 Infinito silenzio a questa voce
 Va comparando: E' mi sovrien l'eterno,
 E le morte stagioni, e la presente
 E viva, e il suon di lei. Così ^{tra} fra questa
^{Infinita} ^{annega il} ^{mi si.} ^{annega,}
 Incomparabile il mio pensier ^{annega,}
 E l' naufragar m'è dolce in questo mare.

L'infinito, manoscritto | Giacomo Leopardi.



Melancholia 1, 1514 | Alberto Durero.

El yo marcado
He pasado por tantas formas,
por el yo, el nosotros y el tú,
pero todo quedó circunscrito
por la eterna pregunta del ¿por qué?

Pregunta pueril,
sólo tarde has aprendido
que solo existe una cosa:
sea razón o locura, o leyenda
soporta ese destino
que viene de lejos: tú debes.

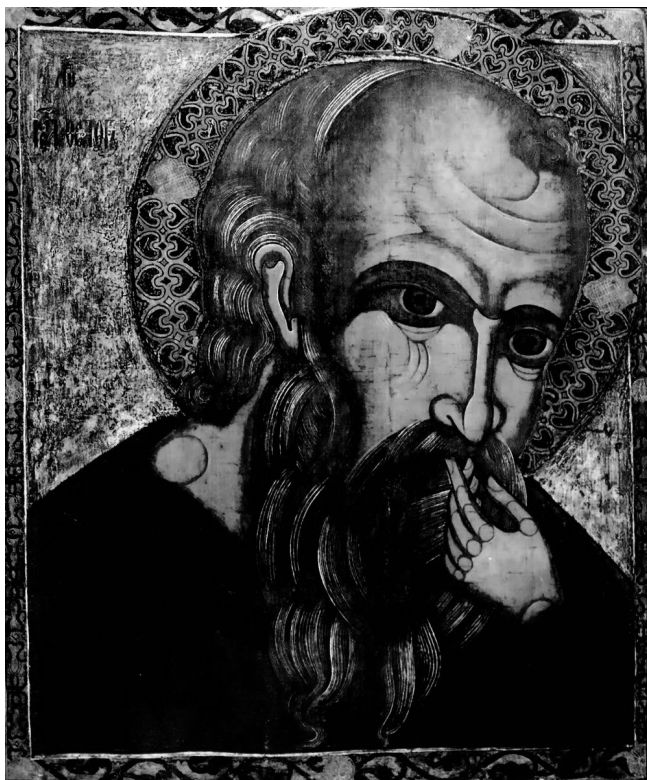
Rosas nieves mares
todo lo que floreció marchitado;
solo hay dos cosas:
el vacío y mi yo marcado.

Gottfried Benn

¡Es un eterno misterio!
Lo que somos
y buscamos, no podemos
encontrarlo; lo que encontramos,
no somos.

¡Ay el eterno secreto!
lo que somos y buscamos
no podemos encontrar;
no somos lo que encontramos.

Friedrich Hölderlin, *Empédocles*,
versión de Miguel de Unamuno.



San Juan, el teólogo del silencio | Icono ruso, 1694.

Libres de destino, como el lactante
en su sueño, así alientan los celestiales [...]
Más a nosotros nos ha sido dado
no hallar descanso en ningún lado.
Desvanécense, caen
los hombres sufrientes
ciegamente de una
hora a la siguiente,
como agua de peña
en peña arrojada
rodando año tras año
a la sima de lo incierto.

Friedrich Hölderlin, *Hyperions Schicksalslied*,
Poesía esencial, edición, traducción, prólogo y co-
mentarios de Helena Cortés Gabaudan, Madrid,
La Oficina de Arte y Ediciones, 2017
(edición bilingüe).

